

JUAN B. ZALAZAR



**LA TIERRA
CONTADA**

COLECCIÓN
«LA CIUDAD DE LOS NARANJOS»

TOMO I

Obra Poética - *José Martiniano Paredes*

TOMO II

Facundo - *Elías Ocampo*

TOMO III

El hombre que olvidó las estrellas - *Angel María Vargas*

TOMO IV

Mitre y el Chacho - *Dardo de la Vega Díaz*

TOMO V

Biobibliografía de César Reyes - *Cáceres Freyre*

TOMO VI

Del Solar Riojano - *Nicolás González Iramatín*

TOMO VII

Crónicas riojanas y catamarqueñas - *Salvador de la Colina*

TOMO VIII

Mis montañas - *Joaquín V. González*

TOMO IX

El pozo de balde - *Rosa Bazán de Cámara*

TOMO X

Un lancero de Facundo - *César Carrizo*

TOMO XI

La tierra contada - *Juan Bautista Zalazar*

Si habíamos de enorgullecernos por el lugar que en el ámbito de la cultura han llegado a ocupar nuestras letras, no es menos cierto también que, sabedores del valor de las mismas, nos dolía profundamente la imposibilidad de darlas a conocer, con el agravante y riesgo de la pérdida de algunas obras, desaparecidas ya de las bibliotecas más importantes de la provincia.

Pero he aquí que un inesperado impulso en el cuadro de estas preocupaciones -sin estridencias y con la firmeza de los gestos que atan a la tierra natal- vino a hacer posible lo circunstancialmente imposible.

... Y, es así que aparecieron una treintena, o más, de obras que revisten en la categoría de Clásicos Riojanos (de ellas fueron seleccionadas doce) que se imprimirán a razón de una por mes e integrarán la presente Colección bajo el título de «La Ciudad de los Naranjos» con todos los hondos significados que, para las vidas personales y colectivas, esta nominación evoca.

Y en cuanto a los autores de hoy, estarán presente mediante concursos sucesivos en los distintos géneros. De hecho se prevé también, con el producido de las obras a publicar, la creación de un fondo permanente de largo aliento al servicio de la cultura de nuestro pueblo.

Sin lugar a dudas constituye un hecho único en la provincia, y quizás en el país, que una Biblioteca popular independiente, centenaria ya -como lo es la Biblioteca Mariano Moreno- se lance a una aventura editorial tan importante.

Figurar en la Colección «La Ciudad de los Naranjos» será un orgullo para el más exigente de entre los mejores escritores riojanos.

Pedro A. Maldonado

JUAN BAUTISTA ZALAZAR

LA TIERRA CONTADA

POESÍAS Y CUENTOS

COLECCIÓN

LA CIUDAD DE LOS NARANJOS

TOMO - XI

EDITORIAL CANGURO
BIBLIOTECA POPULAR MARIANO MORENO

© Copyright 1999.
I.S.B.N. 987-9047- 96-6

Diseño de tapa:
Pablo Biolatto

Ilustraciones:
Jorge Ponce

IMPRESO EN ARGENTINA

PRÓLOGO

Catamarca lo acogió desde que vino de su San Blas de los Sauces natal, en la provincia de La Rioja, para cursar los últimos años de la escuela primaria en la Normal de Varones, donde concluyó también el ciclo secundario. El mismo histórico edificio lo recibió en el Instituto Nacional del Profesorado, de donde egresó como Profesor de Castellano, Literatura y Latín.

Se inició como docente dictando Latín y Literatura en el Liceo Militar Gral. Espejo de Mendoza. Pero pronto retorna a Catamarca para desempeñarse en el Instituto Nacional del Profesorado. Y ya no se va.

Aquí constituye su hogar y es justamente a su esposa y, a través de ella, a sus cinco hijos, a quienes dedica la mayoría de sus obras. «A mi esposa, compañera y amiga, por nuestras cinco espigas», reza una de las dedicatorias.

En el Instituto del Profesorado ejerce durante varios años la cátedra de Latín, la que abandona después para dedicarse exclusivamente al dictado de las asignaturas referidas a la teoría literaria.

Creada la Universidad Nacional de Catamarca, es profesor de expresión idiomática durante 1973. Cuando dicha Universidad incorpora las Licenciaturas Extraordinarias, Zalazar egresa en 1976 como el primer Licenciado en Letras.

Fue en la Universidad Nacional de Catamarca, profesor titular en las cátedras de Introducción a la Literatura, Teoría Literaria y Seminario de Análisis Literario, correspondientes al Profesorado en Letras e Investigación Literaria, perteneciente

a la Licenciatura en Letras.

Su preocupación por los temas en dichas asignaturas lo ha llevado a investigar permanentemente. Así lo ha demostrado no solo en la cátedra, sino también a través de libros publicados y de numerosos cursos y conferencias que ha dictado tanto en nuestra ciudad, como en La Rioja, Tucumán, Jujuy, Mendoza y Buenos Aires.

La obra de Zalazar se orienta en tres sentidos: La creación literaria, la investigación literaria, y en menor escala, la publicación periodística. La primera está constituida por libros de poemas y de cuentos, según en siguiente orden de aparición:

Poesía: Mis pálidas tardes (1947); Senda de trece curvas (1948); La voz en el canto (1963); Detrás de las raíces (1965); Donde quedan mis días (1972); De pie sobre la luz (1980); Cosechas de rocío (1982). Esta última obra aparecida el 20 de Setiembre de 1982, incluye cuatro poemas que fueron leídos por su autor y aplaudidos por el público de pie en la Feria Internacional del Libro, realizada en Buenos Aires ese mismo año. «Las brújulas brujas» (1986).

Cuento: Cuentos de Valle Vicioso (1976), Cuentos a dos voces (1979), La Tierra contada (1989).

Investigación literaria: La enseñanza de la composición (1960); La obra literaria de Juan Oscar Ponferrada (1968); La enseñanza de la lengua (1970); El método de análisis semiológico en dos obras de Cortázar (1975); Tres estudios de análisis literario (1979); Ensayos de interpretación literaria (1981).

En cuanto a publicaciones periodísticas, Zalazar fue fundador y director de la revista cultural Tensión, en 1967. Y ha colaborado en diversos órganos periodísticos no solo en Catamarca, sino también en Córdoba, Mendoza y Buenos Aires.

Poesías y cuentos suyos han sido incluidos en Antologías de nivel nacional y en manuales de EGB de circulación nacional.

Sería largo mencionar aquí los premios que ha obtenidos por sus obras. Nos limitaremos a decir que suman más de veinte y que han provenido de Catamarca, La Rioja y Buenos Aires.

CUENTOS DE VALLE VICIOSO; UNA COSMOVISION MAGICA

El nombre Valle Vicioso, topónimo de origen hispánico significa superabundante, provisto, deleitoso. En la obra connota encantamiento, magia, «mi pueblo mágico», lo llama Zalazar en la dedicatoria, en la que alude también a su «simple mitología».

Valle Vicioso connota, por otra parte, pasado remoto, pues es el hombre que, como dice la dedicatoria, «en otros tiempos» tuvo San Blas de los Sauces, con lo que se anuncia un tono conmemorativo, del que son indicios también «aquella infancia callejera, matadora de pájaros», mi padre que ha labrado sus acequias, mi madre que todavía se desvela a la sombra de sus noches innominadas.

La dedicatoria alude, además, a su total geografía, su historia, el agua, el aire y la tierra que ha mamado en sus frutas, su vino y sus vientos, es decir, todo lo que constituye la realidad de ese lugar. Sin embargo no hay intención descriptiva en la obra, hay más bien remembranza amorosa del medio: «dedico esta obra como testimonio de mi profundo y eterno amor». Las dos únicas descripciones no son de lugares, sino de fenómenos de la naturaleza: la tormenta y la creciente, llenas de movimiento exterior e interior, pues dichos fenómenos abrumaban a los personajes y desencadenan la acción. Podría decirse que son descripciones activas. Mas que espacio hay tiempo;

más que geografía, dimensión interior de la provincia.

Ubicado en ese contorno, La Rioja cerca del límite con Catamarca, se desarrolla el nudo temático cual es el del hombre creando magia y ésta dominándolo para su bien o para su mal. Realidad con magia, entonces. Dialéctica entre un universo concreto y otro fantástico, entre dos realidades: una tangible y la otra transitada de fantasmagorías. Es lo que en literatura se ha llamado realismo mágico.

Lo mágico pareciera ser recreado por cierta oscura memoria. Cuentos de Valle Vicioso pertenecería al «tipo visionario de creación literaria, es decir supera los contenidos conscientes e individuales para dar lugar a la aparición del inconsciente colectivo».

Este es un atributo universal del espíritu, aparece tanto en las generaciones pasadas como en nuestros contemporáneos y es reconocible no solo en las sociedades primitivas, sino también en las desarrolladas. La motivación en lo arqueotípico-mítico permite así, a Zalazar, incorporar la temática regional a un contexto universal y de permanente vigencia.

Con esta vuelta hacia las mitologías los autores contemporáneos buscan llenar el vacío que, con frecuencia ha padecido la cultura occidental en cuanto a subestimación de lo inconsciente, de lo onírico. Mediante la utilización del realismo mágico, el escritor trata de producir un efecto más allá de la conciencia. En el realismo mágico personajes, cosas, acontecimientos, son reconocibles y razonables, pero como el narrador se propone provocar sentimientos de extrañeza desconoce lo que ve y se abstiene de aclaraciones racionales... Entre la disolución de la realidad (magia) y la copia de la realidad (realismo) el realismo mágico se asombra como si asistiera al espectáculo de una nueva creación. Recrear un mundo mágico es pues, en Zalazar, asignar al cuento un carácter eminente-

mente poético.

DE PIE SOBRE LA LUZ
UN CANTO A LA VIDA

La lírica es el género literario que responde a una actitud espiritual de ensimismamiento, de intimismo, es el género de contenido esencialmente emocional y de forma apretada, sintética. En el poema titulado «La Poesía», Zalazar la define así:

Es una transparencia./ Un temblor en la luz, un pulso de azucena. /Anda siempre desnuda, /más doncella que el alba,/ descalza de hermosura.

Concibe a la poesía como luz, palabra esta que aparece en el título de la obra: De pie sobre la luz, y que se reitera en muchos de los poemas que la componen. Y cuando la luz no es nombrada directamente, está sugerida por otras palabras cuya presencia es obsesiva alba, agua, lágrima, alma, que aluden a la luz, a la transparencia, no solo por su contenido semántico, sino también por su valor fonético: predomina en ellas la vocal «a», de la sonoridad más clara.

La palabra «luz» tiene por otra parte, un sentido temporal, según lo dice el poema Viaje de la luz, en el cual aparecen descriptas: el alba, la mañana, el mediodía, la tarde y la noche. El día es una muestra sintética del tiempo. El hombre, que es tiempo, es comparable al día en cada uno de sus momentos. La vida del hombre se corresponde con los momentos de la luz: así, el alba es el nacimiento; el mediodía la madurez; la noche, la muerte. La palabra «luz» nos revela el porqué del título y el sentido de la obra toda. Hay en ella una concepción del hombre como tiempo.

Si la noche, negación de la luz, es muerte, la luz es vida. «De pie sobre la luz» equivaldría a decir: De pie sobre la vida,

o firme, inquebrantable sobre la vida.

Todos los poemas son un canto a la vida, concebida como un milagro. Dice... ya en el mediodía me repito:/ segundo tras segundo y hasta el último instante me negaré a morir. Y grito:/ vivir es el primer milagro.

Rebeldía frente a la muerte y optimismo frente a la vida, optimismo por el simple hecho de estar vivo, de poder asombrarse, de sentir la felicidad en compañía de otro ser humano. Dice: Con la mirada llena de preguntas/ voy caminando largo cada cosa./ Mi paso libre simple de llevarse me descubre feliz ingenuo y ciego. Por el contrario, es el optimismo maduro de quien ha conocido todos los lados de la vida. Por eso afirma entre los hombres.

Pero no se trata de un optimismo... y creo en la vida que es una fiesta herida. Y en otro poema: Diréis tal vez: estuvo entre nosotros./ Viendo pasar tan solo su ternura/ nos dijo casi toda su alegría/ (En el «casi» los seis hambres de Lucía).

La mención de Lucía nos hace volver a su libro *Detrás de las raíces* que contiene un poema titulado *Lucía Sánchez*, evocación dolorida de la niña que murió de hambre a los seis años de edad.

A pesar del dolor, se decide en última instancia por la vida. Pero nos ha dejado intranquilos. Todos los días vuelve y vuelve el día./ ¡Decidme por favor, ADENTRO DE LA MUERTE HAY OTRA VIDA!

María Elena Hauy de Segura

Licenciada en letras. Docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca. Ex discípula de Juan Bautista Zalazar.

o firme, inquebrantable sobre la vida.

Todos los poemas son un canto a la vida, concebida como un milagro. Dice... ya en el mediodía me repito:/ segundo tras segundo y hasta el último instante me negaré a morir. Y grito:/ vivir es el primer milagro.

Rebeldía frente a la muerte y optimismo frente a la vida, optimismo por el simple hecho de estar vivo, de poder asombrarse, de sentir la felicidad en compañía de otro ser humano. Dice: Con la mirada llena de preguntas/ voy caminando largo cada cosa./ Mi paso libre simple de llevarse me descubre feliz ingenuo y ciego. Por el contrario, es el optimismo maduro de quien ha conocido todos los lados de la vida. Por eso afirma entre los hombres.

Pero no se trata de un optimismo... y creo en la vida que es una fiesta herida. Y en otro poema: Diréis tal vez: estuvo entre nosotros./ Viendo pasar tan solo su ternura/ nos dijo casi toda su alegría/ (En el «casi» los seis hambres de Lucía).

La mención de Lucía nos hace volver a su libro *Detrás de las raíces* que contiene un poema titulado *Lucía Sánchez*, evocación dolorida de la niña que murió de hambre a los seis años de edad.

A pesar del dolor, se decide en última instancia por la vida. Pero nos ha dejado intranquilos. Todos los días vuelve y vuelve el día./ ¡Decidme por favor, ADENTRO DE LA MUERTE HAY OTRA VIDA!

María Elena Hauy de Segura

Licenciada en letras. Docente de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Catamarca. Ex discípula de Juan Bautista Zalazar.

HOMENAJE

A la memoria de Juan Bautista Zalazar
En el primer aniversario de su muerte.
(Pidió ser sepultado en tierra -1994- 7 de Abril- 1995)

Merecías dos madres.
Por eso es que la tierra
Te ofrecía su vientre
Con jazmines, rosales y trigales
Y el ritual de las fuentes.
Te has quedado en el llanto de los sauces
Para escuchar el agua de tu río
Desde esa lágrima de hechizo
Eras un río de auroras
Por eso no te has ido.
Tu latido golpea sobre el tambor del tiempo
Y en esa aurora toro de tu sangre
Tu paloma se eleva hasta tocar el cielo
Así era tu verbo:
Un toro enrojecido y una paloma blanca
Que anidaba temblando en una lágrima
Así era tu trigo.
Las espigas repletas
Generosas de darse hasta la siembra.
De ese pan comía tu poesía y quedaban en tu gloria
La belleza sin tiempo.
Circulaban las piedras por tus dedos.
Y allí, entre esa dureza
Un árbol se ahuecaba en una cuna
Y te doblaba la ternura.

Y volvías y volvías por un pájaro.
El, que te conocía,
Te entregaba su canto.
Era lo mismo un niño.
Y era lo mismo el canto de su llanto.
Un poco de relincho amanecido
Sumaba a tu caudal para la vida.
Pero abría cien puertas
Y no las cerraba nunca
La mano larga de la poesía.
Allí todos tus sueños
Y con ellos
Las cinco espigas de tu sangre
Y la de ella: María del Valle.
Te has quedado a vivir para la gloria.
Más allá del recuerdo.
En la tierra, en la sangre
y en las cuatro estaciones del calendario de la literatura.
Juan Bautista te has quedado
Sin tiempo.
Y en una de tus madres
Tu corazón florecerá latiendo.

María Emilia Azar de Suárez Hurtado

Villa Dolores - Valle Viejo - Abril de 1995.

María Emilia Azar de Suárez Hurtado es una extraordinaria poetisa catamarqueña a quien Juan Bautista Zalazar profesaba una profunda admiración.

Senda de Trece Curvas

-1948-

A ti, que no tienes nombre...

MADRUGADA

Se hunde el latido terco de los grillos
con un reclamo inútil que me duele.
El canto con un vértice de íes
va al encuentro del este.

Se embotella en los huecos otra noche
y su temblor el cielo ya decrece.
En las ramas comienzan los caminos
mientras los ojos vuelven.

Madura de violines su alegría
la alondra necesaria desenvuelve.
Sacrificando umbrales cada rosa
ha coronado el aire como siempre
y en su balcón caído está esperando
las alas que merece.

DOMINGO

La mañana descende en los gorriones
En un triunfo plural los campanarios,
desde el vuelo anulado de las cúpulas,
publican su viaje suburbano.

Piropea los ojos una rosa
desde el jardín trajeado de gitano
y en un espejo mono toda niña
se pinta un corazón entre los labios.

En el aire me mima una ternura
que no se si es de madre, novia o angel,
pero que sube siempre en entusiasmo.
Siento mi juventud calzada de alas
y realizo en silbos mi alegría
para gastarme en pájaros.

VIOLÍN

Con una espina mansa y bienquerida,
peina livianamente,
la herida semanal del pentagrama.

Una mano de miel
suelta en un ademán desheredado
sus altos ruseñores.

La soledad penúltima se afila,
en su viuda música
y a la orilla de un aire superado
desovilla en aristas
el hilo de un perfume
siempre recién nacido.
Es un casi consuelo,
que distribuye en todos los oídos.

DEL AGUA

La nube que en enero será fruto
regresa a la raíz.
Su vuelta alegoriza una melena
y alza una letra i.

Distrae su destino en travesuras:
del alambrado cuelga algunos ojos
y como siempre es niña va descalza
por la gambeta seca del arroyo.

Si no cae en corbata del molino
dobla en la fuente curvas para un cuello.
En víbora de risa por la acequia
ciega y curiosa, baja en cada hueco.
Después alquila un dique su reposo
donde un brío de ritmo enrula el viento.

SALINA GRANDE

Aquí la geografía que se acuesta
para abrazar un cielo familiar.
Un cielo que la mira (o la recuerda)
con amistad de mar.

Tiene todos los rumbos
y en caminos se entrega.
Adonde el casco muele sus galopes
llama al viento un reclamo de carreras.

Allá, lleva los ojos hasta el fondo.
Su mentira de plata me convence.
Mi asombro endiosa entonces una idea,
pero ve como sufre un labio ausente,
sobre su hipocresía,
una sed que no bebe.

NOCHE

Cuando se callan plumas y campanas
va volcando los huecos con pereza.
Para humillar paisajes y distancias
su caudal de rincones desinquieta.

Curiosos y altos pájaros embrasa
para llamar los ojos del poeta,
en cada ciego párpado abre un ala
y un abanico denso de quimeras.

Persiguiendo una tarde se hace anciana
y a menudo medita una tristeza;
disimula secretos y esperanzas
que algunos grillos tercos silabeen.
Para su azul de siglos ella guarda
las desdichadas lunas lavanderas.

TARDE CAMPESINA

Mientras apaga estrellas con su paso
el esdrújula perdiz cose en el aire
con la aguja silvestre de su silbo,
la cinta de su sed hacia el estanque.

En una voz pastora y campesina
se levantan los gritos en pedradas
Se aburre un algarrobo en el camino
mientras aguarda su cosecha de alas.

Con un sabor de nubes en el pico
los pájaros regresan al alero,
el cielo alegoriza su evidencia
distribuyendo albricias en su hueco,
mientras la tos de vidrio de los grillos
reparte en pedacitos el silencio.

LLUVIA

Un chaco de piadosos alfileres
me agujerea el aire de los ojos.
En la escoba salvaje de los vientos
se despide el otoño.

Se acerca la distancia;
allá los veinte pasos le hacen fondo.
Advierto que las cosas desenvuelven
un rezo que yo no oigo.

Hay alguien que me llama desde lejos
sabiendo que estoy solo
y que jamás podrá tenerme cerca
porque no lo conozco.
Ahora el alma huérfana de un sauce
se derrama del todo.

SERENATA

Se prometía el alba alzando sueños
y unas cuerdas prestaban sus calandrias
para leer un llanto de crepúsculos
que silenció en sendero el pentagrama.

Una voz florecida de cristales
desandaba ágilmente las escalas
endicheciendo el aire claroscuro
y embelleciendo todas las gargantas.

En honor de un «entonces» descendía
una emoción antigua sin palabras.

Cuando volvió la luz
un día diferente despertaba
y era más hondo el nido en que amanece
el peso de mis sueños en la almohada.

ZERENATA

Se prometió el día siguiente
y una vez más se prometió
para ser un día de
que al menos se pudiera

una vez más de
dando lugar a
entonces de sus
y embelleciendo

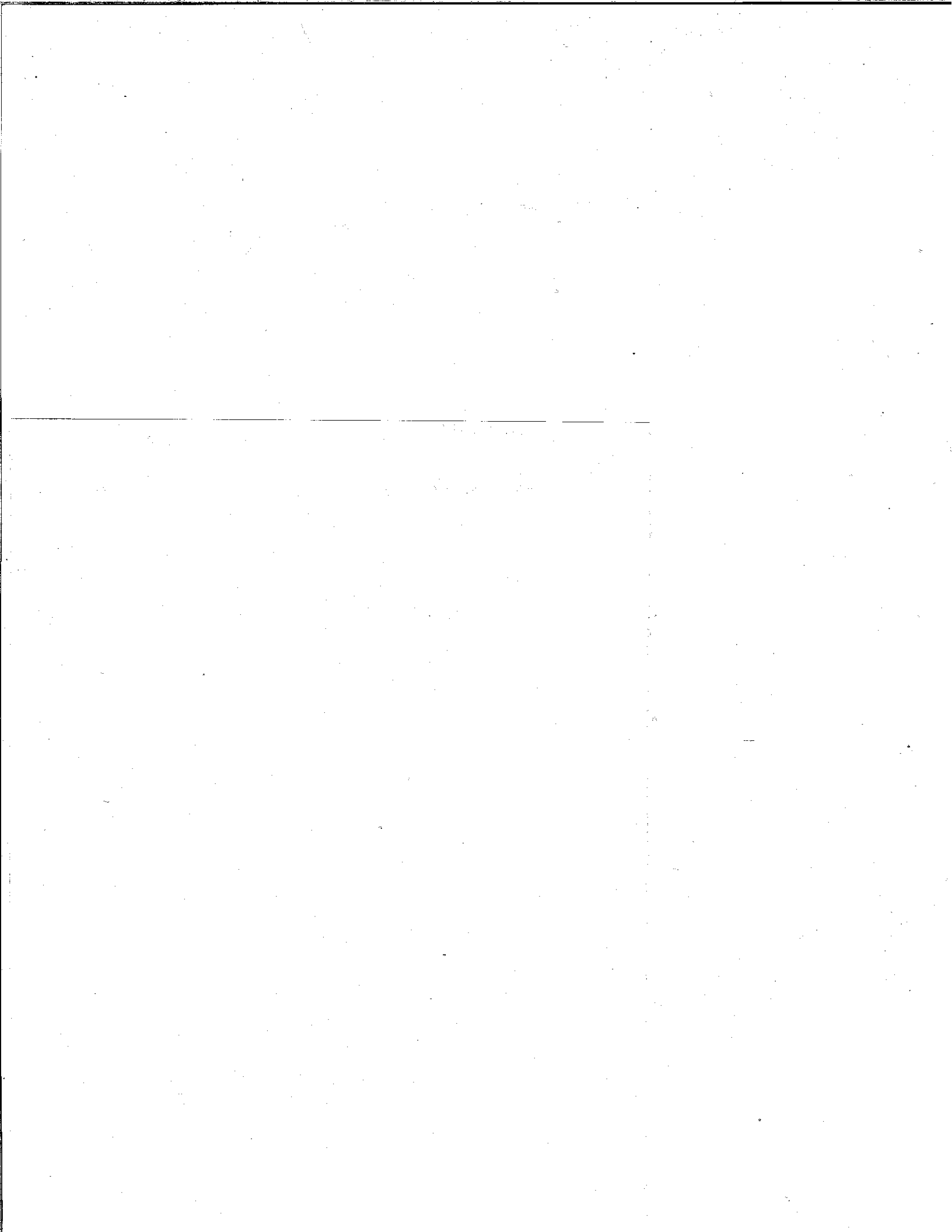
la forma de un
una vez más en

una vez más
un día de
una vez más
una vez más

LA TIERRA CONTADA

27

BIOGRAFÍAS



¿Quién sabe qué secreto desde niño
lo acostumbró a querer cosas lejanas,
ni qué duelo de orillas ha querido
lloviznar en su voz, de madrugada?

En un adiós nacieron siempre sus caminos;
por eso adolescente regresaba
y le tocó llorar a los veinte años
su respectiva lágrima.

Solamente los límites le duelen
tiene suelas de viento su sandalia.

Se cuentan muchos años en su rostro,
pero tiene diez años en el alma.
Esa sonrisa suya tiene meses:
ahora ya no existe su distancia.

II

Detrás de las palabras de una flauta
y con la voz penúltima del rezo,
desmayado los ojos, desanduvo
a solas su pretérito sendero.

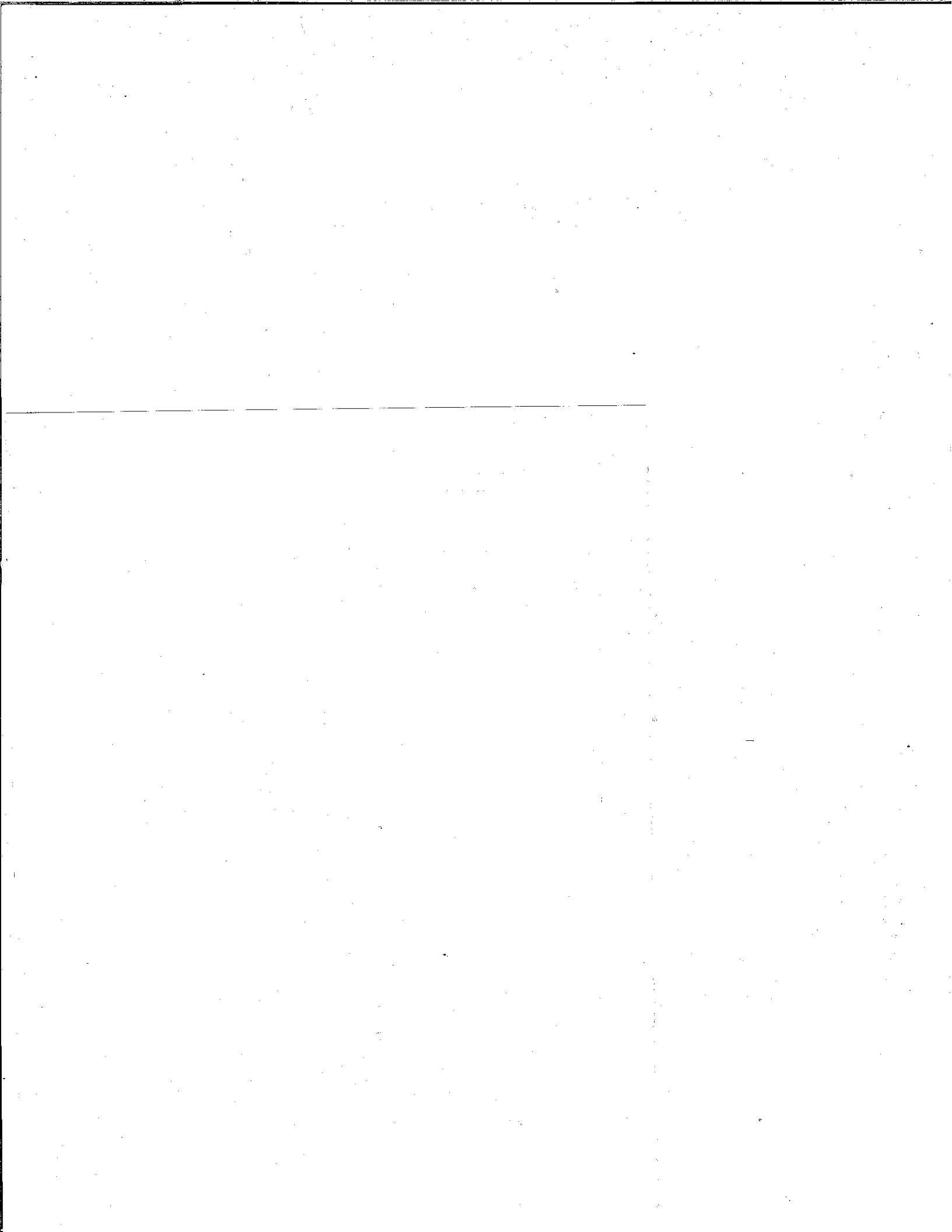
Tuvo los ademanes que propone
para decir adiós todo pañuelo.
Un corazón perdido e imposible
buscó penosamente y a lo lejos.

Hoy con la boca llena de preguntas,
mientras cae la arena, ara su verso
en donde ahora ahorra su alegría
y el tiempo en que refugia sus recuerdos.
Necesita la marcha.
No le importan los PEROS.

LA TIERRA CONTADA

31

DESPUES DE NUESTRO ADIÓS



Te pienso desde aquí. Soy una herida.
Desde el sueño me llamas para verte
y un recuerdo pregunta por tu nombre
y es poco un corazón para quererte.

Hoy mi horizonte cabe en el pañuelo
que, en las aristas mismas del ayer,
bebió el adiós ahogado por las lágrimas,
donde quedó tu grito sin nacer.

Supone lo que acaso no dijimos
mi voz que se educó para nombrarte.
¡Recuerdo cuando aún bajo la sombra
de la lluvia cautiva de los sauces,
mi beso te cerraba las palabras
pues quedaba la astilla de una tarde!

II

Nos resignaba un poco un sin embargo.
En tu afán de engañarte habías dicho:
-Ya de mi corazón no te irás nunca.
No me digas adiós. ¿Porqué decirlo?

Se ha quedado en el tiempo aquella tarde,
pero duele pues nada hemos podido.
No fué una tarde más, no pudo serlo,
aunque nosotros tanto lo quisimos.

Escribirte es también una manera
de acercarme y acaso reunirnos,
pero es inútil todo.
Aunque nosotros tanto lo quisimos
no fue una tarde más, no pudo serlo,
y se repite en todos los latidos.

III

Esta necesidad de verte que me duele
me dice a cada hora que te quiero.
Ayer era feliz entre tus brazos.
¡Ayer era feliz! ¿Feliz? Lo creo.

Pero ha pasado todo. Como siempre
me sigue una bandada de pañuelos
y una tristeza viene por tu nombre,
femenino del mío aunque más bueno.

¡Si al menos compartieras esta angustia
aunque estuvieras triste y a lo lejos!
¡Si al menos otro amor la amortiguara
o te olvidase un poco por momentos!
Perdóname esta voz, tu que eres santa.
Perdóname estas cosas que te cuento.

IV

Desde que te conozco ya no me siento solo;
pero a veces, es cierto, cuando más te recuerdo,
se ahonda este vacío de tu mano distante
y entonces se hace ruego mi posible regreso.

Hoy, por ejemplo, llena mi corazón tu ausencia,
tengo un deseo extraño de inclinarme en tu pecho
y consolar un poco tu pálido destino
de amar, por culpa mía, callada y desde lejos.

Hay alguien que me dice que tú me necesitas
y que tu voz me llama
debajo del silencio;
pero no puedo nada, y apenas sé decirte
mi lírica tristeza
con estos simples versos.

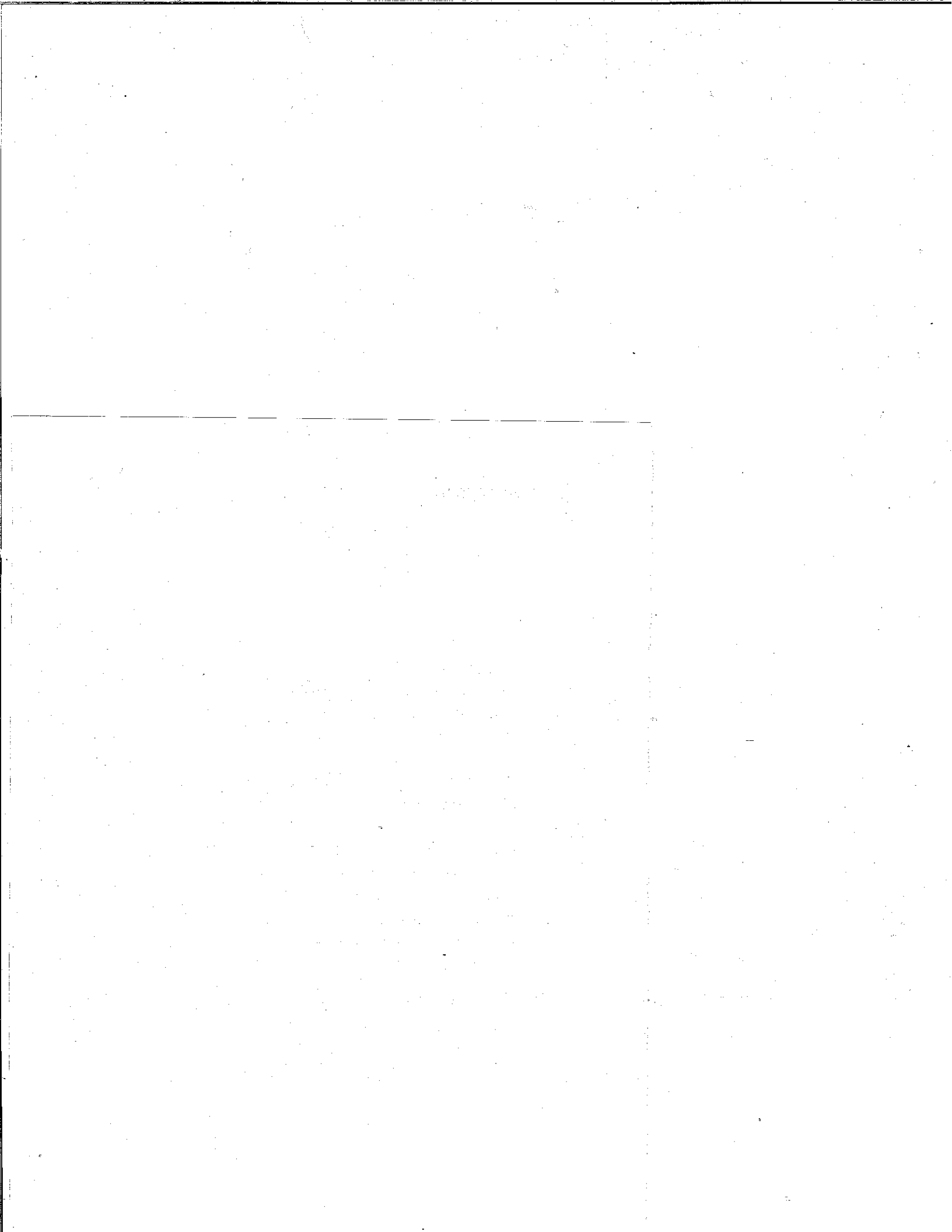
V

Tu camino me espera,
deja que el tiempo siga gozando de su huída.
Pensando en el encuentro
acerquemos un poco nuestro día.

Se quedaron las tardes y acaso envejecieron.
Pero ahora imagina...

Poblado de guitarras y el corazón de pájaros,
los labios ya formados en sonrisa,
sin tratar de buscarte,
me oirás ese día:
-Ya no recuerdo cuando estuve triste,
si lo estuve algún día.

Borradas las preguntas
te cansará la boca mi caricia.

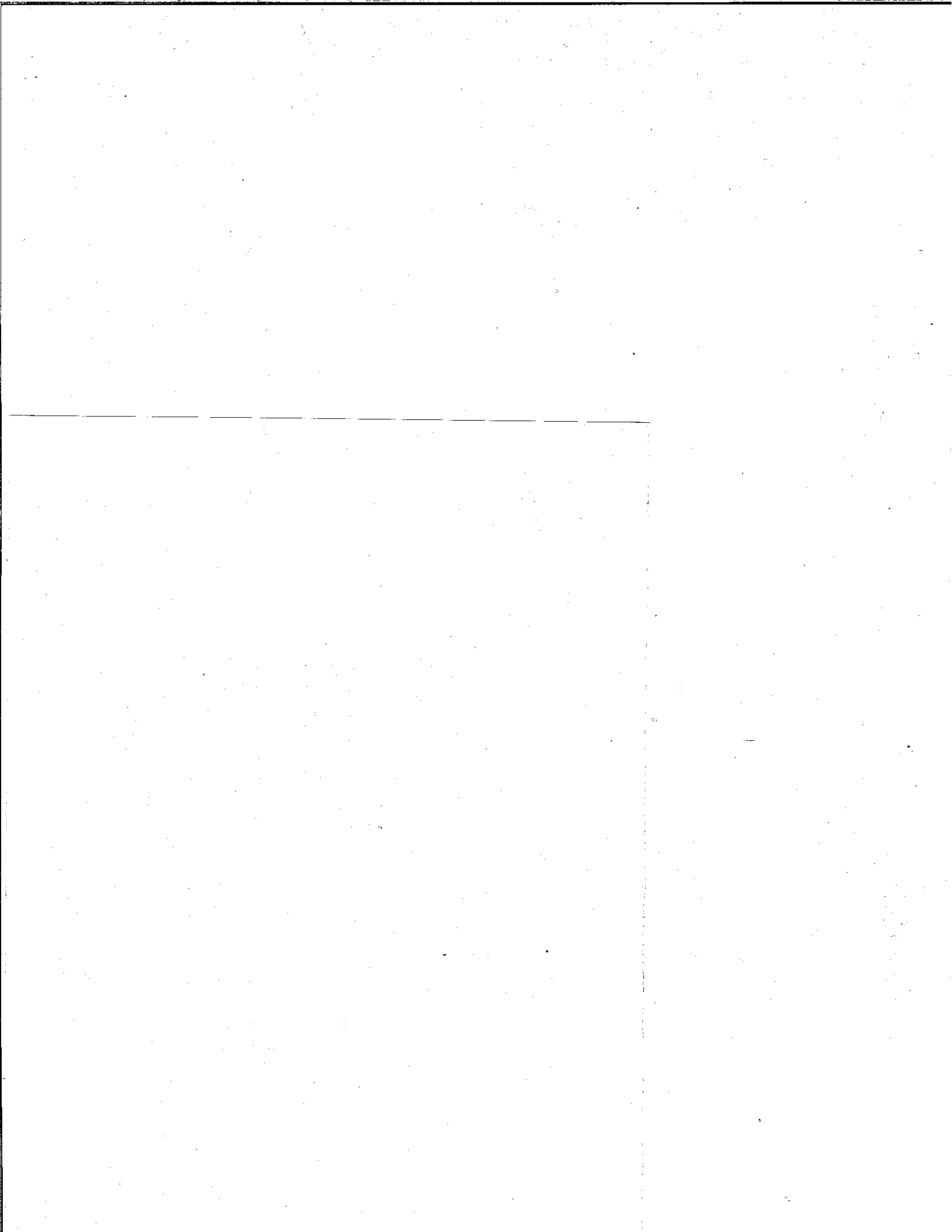


VI

Ahora que no existe ya la espera
y estás aquí entregándome otra tarde
para que la convierta en un recuerdo
y la admitan mis versos y la guarden.

Ahora que me quemas tiernamente,
pues me rozan las curvas de tu carne
y en mi mano tu seno se desborda
cuando crece el latido de tu sangre.

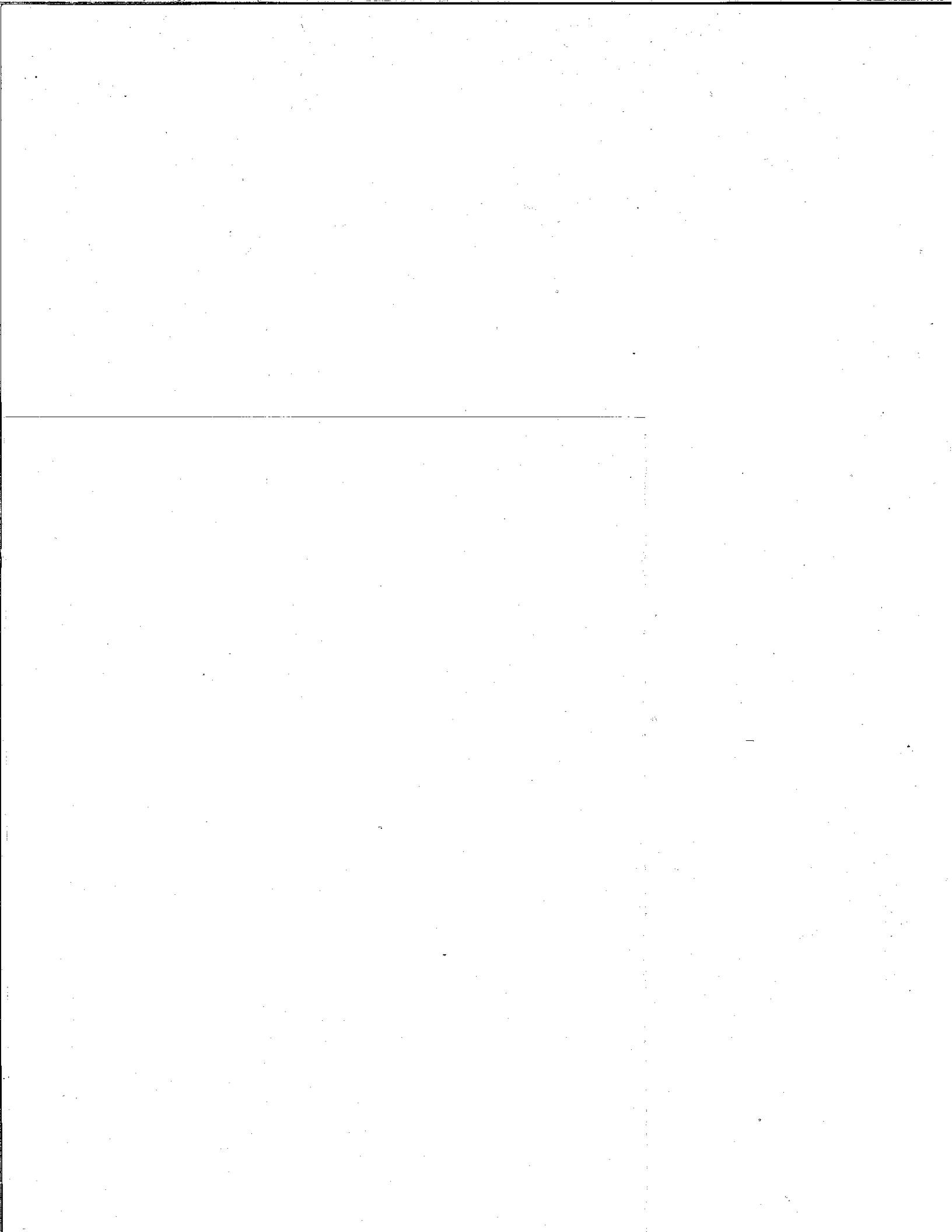
No creas que soy otro porque ría.
Ahora estoy pensando que más tarde
ya no estaremos juntos,
y volveré a esperarte. ¡A esperarte!
Yo no tengo la culpa de estas cosas.
Tu puedes comprenderme y perdonarme.



LA TIERRA CONTADA

41

SENCILLAMENTE



Fue demasiado tuyo el sentimiento
para que lo merezca.
No sé qué nombre tuvo,
pero no fue cualquiera,
y sin decirnos todas las palabras
nos separamos al nacer la senda.

Las horas cumplen su destino
mientras el alma espiga una tristeza
sintiendo haber logrado.
como si conociera,
ese deseo extraño de tener
alguna novia muerta.

Fue demasiado mío el sentimiento
para que lo merezcas.

II

¡Qué no haya una mirada que traicione
mi corazón baldío y te lo entregue,
que te desnude un poco mi secreto
o al menos te pregunte si me quieres!

Maldigo este silencio que a tu lado
me clausura la boca extrañamente.
¡Para qué necesito las palabras
si tú no sabes nada, ni presentes,
si ni siquiera alcanzan a nombrarte
y todo queda en mi alma como siempre!

Quiero engañarme a veces y me digo
que es posible encontrarnos, aunque espere.
Sólo la incertidumbre me repite
que acaso sea tarde cuando llegues.

III

Si nunca has de volver a mi abandono,
si nada del pasado te persigue,
puede ser que te busque y que te ruegue
porque ya no es posible que te olvide.

Tendrá que ser así. Después de todo
hay algo entre nosotros que persiste,
acaso es el adiós no pronunciado
o acaso algún perdón que nos resigne.

¡Ahora para quién he de guardarle
palabras que no puedo ya decirte!
No importa que me creas ni me quieras.
Hay algo entre nosotros que persiste.
Para mi lenta voz queda tu nombre
si acaso no hay perdón que nos resigne.

LA TIERRA CONTADA

47

ÚLTIMAS SENDAS

ROMANCE PARA UNA ROSA

Iniciada en la trasnoche para un elogio del día
se quema sola en el aire sobre un andén de varillas.
Yo la consigo en mis ojos. Los ojales la caminan.
No me convence la culpa que está en su vergüenza química;
puede que sea del agua que quiso ser golosina
y equivocada de tallo trepó por varias espinas.
Más creo en la juventud que en su afán se desovilla.

Si las cosas no se fueran no se harían despedidas
y ya entonces el perfume, aunque es voz de poesía
donde el silencio viaja y las voces se arrodillan,
no se iría de su copa, dejándola así, vacía,
aunque el viento se lo cobre para hacer útil su dicha.
Si acaso tomara nombre yo la llamara María
aunque ese nombre se muera con las aristas del día.

SONETO

A pesar de su carne y de su pena
el hombre es dueño siempre de un encanto:
flor en el verso y pájaro en el canto,
su vida va contándonos la arena.

Alguna vez su mano ha sido buena
y alguna vez acaso ha sido santo:
gigante en el soñar, niño en el llanto,
su brazo no consiente las cadenas.

No digamos entonces BARRO o LODO.
Todas las cosas tienen su tristeza
y hay en el mundo otoño para todo:
La melodía tiene alguna herida,
la flor tiene una tarde que la reza
y en todo amor hay siempre despedidas.

LA TIERRA CONTADA

51

Detrás de las raíces

-1965-

DETRÁS DE LAS RAÍCES

Detrás de las raíces
se me educan los ojos
desde que miro el mundo por su mitad de asombro.

Admiro a las hormigas
acarreado el otoño.
Cuando toco la lluvia
es el peso del cielo el que conozco.
El agua que los álamos se llevan
sube al mejor sollozo.
Vuelan los días que comió la oruga
y espero mi retorno.

La claridad más trigo
viste de oscuro a veces.
-Aprenderé ese modo-

Soy un río de auroras.
Con mi sangre respondo.
No por el grito,
por el suspiro me oigo.
Y me sorprende un ala más alta que la lluvia
cuando me busco un poco.

El beso es piel errante
y el ángel un luchado
de niño y de paloma. Y son hermosos.
Puede que por orilla sea triste la tarde.
Se me trepa en mi sombra y soy más hondo.

Lo que calla la flor lo dice el pájaro.
Más allá del silencio
nunca el aire está solo.

II

No sabemos el ángel que llevamos,
y se miran las cosas por el lado que mueren
o viven sollozando.
Nos dice la tormenta que hasta al hombre
lo está dejando el canto.
Que el corazón no escucha ya ni el grito
-y eso que el grito es alto-
Y que el cuchillo, solo,
aún sigue cortando.
Que el pan viene de lejos
y ya no duele nada en el costado.
Que una luz castigada se entierra en las raíces
y a la alegría sólo
descalzos la encontramos.
Más allá de esa noche
oigo el día que nace atropellando.
Por el lado que sufre

le sale el fruto al árbol.
¿Quién puede dar al aire más luz que una sonrisa?
¿Qué puede frente a un niño el calendario?
Entre todos los días siempre hay uno
caído del milagro.

Que cada canto busque su pájaro en el alba.
Aunque pierda los soles voy cantando.
Mientras la vida salte
por la paloma toro del relámpago
no se podrá caer mi Primavera
sin levantar el mundo por un tallo.

EL CANTO PADRE

Golpeando las ventanas más altas -la del sueño-,
por la orilla penúltima del aire,
hacia los ocho vientos de la rosa
sale a nombrar la luz el canto padre:
Subiendo desde el pájaro más gaucho,
el que mira detrás de lo más lejos,
el que alarga los días con su paso,
hincándose clarín en el lucero.
Viene dando alboradas desde siempre,
despertando los siglos.
Vio el andar esperando de las lunas,
supo guardar la estrella en cada trino.
¡«Oh semilla de sol»!, por tu milagro
se ve campana y campanario el árbol,
tiene reloj el cielo,
mide su andar el tiempo.
Por tu perfil de cumbres,
venteador y estrellero,
puedo lavar al alba la mirada
y hasta beber las brisas más de beso.
Aunque pongas el mundo a las espaldas,
aunque derrumbes todas las estrellas,
te alabo, surtidor rojo de llaves
para un tiempo de abrir lleno de puertas.
Me educaré en tus siembras de futuro,
tu desatar la lengua de los pájaros,
recordaré por siempre que los días
comienzan con un canto.

NUESTRO TRIGO

Si de este permanente querer estar en otro día
uno queda de todos los rostros que hemos sido,
te dejaré a la orilla de mi tiempo
mi modo de milagro: nuestro trigo.

Ayer el que soñar, mañana la ceniza.
Pero este sollozar largo de río
sube la aurora toro de la sangre
para verter la suerte de un camino.

Y un día todo es alma en un puñado,
¡Tanta primera vez cabe en un grito!
Polen mi toda voz para tu nombre
por tu mañana de ponerme trino.

Paloma de mirarlo y de mirarnos,
guitarra de escucharlo y de decirlo.

PREGUNTAS

Bajo el mirar eterno de las eternas rosas
oigo pasar los horizontes.
Miro lejos y adentro
por sorprender el último ademán de las cosas.
¿No enseñan más las cosas que los hombres?
Mi raíz me averigua:
-¿Qué recuerdan los álamos?
La dimensión exacta de la noche
tus tres años de luz me la dibujan:
-¿Qué miran las estrellas?
-¿Qué hay dentro de la luna?
El aire de la noche contesta con jazmines.
No importa. Guarda siempre
tu asombro de raíces.
Golpéate con ellas,
cava tu encrucijada.
Adonde apunta el trigo se hace el alba.

Vamos buscando el sueño
perdido en tus preguntas
y un día, por el mundo,
tal vez un arco iris destejaremos juntos.

DELANTE DE LOS RÍOS

El tiempo es esa calle que se pierde,
ya tantas veces sola,
que por eso la quieren de vuelta las palomas.
El viento se demora
porque oye una guitarra.
En las viñas el agua comienza a ser vidala.
El mundo estaba así,
frente a una misma tarde:
para todas las puertas tu amor trajo una llave.
Verdad que en los gastados días
he muerto de algún modo.
Hoy te camino adentro y me parece
que nunca estuve solo.
Oyeme el corazón:
su latido galopa sobre el tambor del tiempo.
Hasta me alumbra el pecho.
Los álamos esconden su viaje
sólo por no dolernos.
Y voy así delante de los ríos,
todo por tí, por tí... nombre sin grito el tuyo.
Sólo podrán hacerlo de mi voz
y desde ahora por un aire
donde tan sólo rosas
hayan pasado, y trigos, y palomas.

LA OTRA LUZ

Tanto buscar, buscar
esa tan otra luz de cada cosa,
me hice capaz de oír la primavera
cuando julio y no cuando las rosas.
(Tiene la altura adentro
y es tiempo de raíces
el invierno).
Mirar con todo el cuerpo
-lo enseña la naranja-
para ver que es el oro
quien llora en las campanas.
No sólo ver la lágrima
-un poco cuerpo y otro poco alma-
donde la voz se dobla,
sino donde la herida en la guitarra-
Y oírla en su caudal de grito
donde el adiós más dura.
(Es en el río).
Saber cómo el silencio
siempre por decir algo está en la rosa.
Sí. Su ternura cuida a las palomas.
Cómo el cielo comienza en nuestro frente!
Cómo el día despunta con un canto.
-¡Y con el canto padre!-
Cómo todo los hombres
comienzan en un beso
Y el beso es inmortal
pese a la carne.

TODAVÍA LAS COSAS

Regreso de las cosas todavía
calzado como para el alba.
Sé que los árboles no duermen
Pero pueden venir
hasta una cuna. Y callan
Que al recordar la luz sale en las rosas
el agua cuando quiere
tener un rostro de alma.
Y aquella espiga que tocaba en rubio
se vistió de limpio
y esta paloma con la sal en casa.
En el año de amor en donde jura
la casi luz del oro
circula entre mis dedos la montaña.
Sabiendo su destino de pañuelo
vino lo mismo el lino.
-Por la ausencia y la lágrima-
Se ha bañado la noche y en las fuentes
el agua sigue clara.
Ahora estoy aquí, entre los hombres.
Y me siguen las cosas y me abrazan.
Me enseñan que anda suelta la ternura
-palabra tantas veces alta-

EL GUITARRERO

Ella le oye al abismo,
la guitarra.
Su modo es de agua poca.
Sigue callando el indio en su palabra
como si un pozo enorme le cavara la boca.
Con él estamos siempre en otra orilla.
Nunca sabrán qué sueño
le acaudilla los días.
Pero abrazando su árbol...
Nadie
tiene voz de más aire.

Palomea la mano,
reclina la cabeza
como oyendo el recuerdo que en el fondo le tiembla.

Se le acuestan los ojos
en olvido de huellas
cuando suelta la voz enredada en las cuerdas.
Mientras el aguardiente lo viste por adentro
el canto lo va dando
y alzándole el destierro.
Confieso, guitarrero,
que en la sangre me estudia tu silencio.
Yo escucho en tu garganta
la oscura voz del cerro

Tal vez tu soledad tiene más días.

Pero se nos parece
un poco la alegría.

EL ÁRBOL

Pedes in terra ad sidera visus

Palabra de la tierra: te oigo el aire.
Desata tu caudal de cielo adentro.
Vivir abriendo puertas. Y debiéndose
Aprendo en tu silencio.

A terminar en lunas sube un tallo.
Otro que guarda el alba sueña cunas.
Este, moreno y nuestro, acaba en vainas.
Y ese que esconde el trino, a la guitarra.

Aquel viene del tiempo. Es el patriarca.

En el álamo, de vuelo, un alma.
Y en el verde cayendo de los sauces
cambia de llanto el agua.

-Hay que callar- recuerdan los cipreses.
Raíz que oye la muerte.

CANTO AL ALBA

Risa joven del tiempo a puro cielo
y ala de luna el alba se desnuda.
Crece el trigo en el sueño de los pájaros
y en la garganta el canto nos madura.

En su lengua de luz les nombra el vuelo
y ya el pájaro es casi todo el aire.
Sale una flor a recordar su nombre.
Todo es venir, volver de todas partes.

¿Quién apaga la aurora, alta de patrias?
¿Quién me besa la voz, me empieza el alma?

Lleno de nacimientos ni siquiera
recuerdo qué es un paso hacia la muerte.
La vida me atropella los caminos
y en los labios de adán silba la suerte.

PARA UN RECUERDO

Amor que pudo ser y nunca ha sido
y se quedó -pedazo de camino-
suspiro sobre el último recuerdo
y llanto sobre el filo del olvido.

Por dónde andará el aire de su nombre,
las tardes que apretaron nuestros ríos!
Tamaño el de la voz que lo devuelve
y que no alcanza ya para decirlo!

Quién sabe lo que calla un todavía,
lo que ha muerto esperando su destino?

Oigo un venir de lejos en la sangre
desde lo más ayer de lo perdido.
Llena eres de tiempo y alto sueño.
Y un alma de distancia. Y un latido.

CON MI TIERRA

En la mitad de un grito, la vidala,
oigo mi tierra.
En la alegría herida de una zamba,
el tiempo de mi tierra.
Por donde vaya va, y en la tonada
a cuestras con mi tierra.
En su nombre de sal todos los días
como mi tierra.
Y así voy caminándola -mi sangre
con la sed de mi tierra-
hacia esa ausencia entera,
la de tierra.
¡Cómo quieren que calle!
¡Que no lo diga fuerte,
a los que vengan
a repartir al fin mi última suerte,
cuando el adiós me nombre
CON ESTA TIERRA TAPARÁN MI MUERTE!

POR LA VOZ DE FACUNDO

Fuera del tiempo estoy, porque a la historia
le he gritado mi nombre.
Mi voz soltaba miedos.
Mi nombre ya es de bronce.
Fue zurda con mi suerte esa patriada
que me ganara el lado de la noche.
Porque mi sombra sigue en esta tierra!
vengo siempre del norte.
Tal vez porque en el cuerpo
no me cabía el hombre
y le mojé la oreja a los peligros
y siempre desafiando desde joven
dicen que fuí de tigre
para taparme el nombre.

¡Lugar a mi palabra! Todavía
puede oírse. Y se oye.
De pie. De pie los que repiten.
Aquí. Quiero mirarlos. ¿Dónde?

No me abrirán el puño
ni la tormenta me pondrán en «orden».
Soy lo que voy. El del valor mirado.
Mil zondas desbocados y de golpe.
El ganar va conmigo.
Ahora como entonces.

CANTO I

Van y vienen las lunas con su sueño.
El agua continúa su naranja.
Los ríos van llevando... el grito dándose
mojado de silencio en cada lágrima.

Antiguo de llegar el tiempo viene
del este. Y a la tierra nos devuelve.
¡Nuestro subir tan poco en tantos años
para medir la altura de la muerte!

Con el llanto y el tiempo. Y muerte adentro,
espéreme la arena copa arriba.
En repartir mi voz hasta el olvido
seré un amanecer desde la víspera.

Morir siempre después quiere el camino.
Porque el amor lo llama hacia la vida.

PRIMAVERA

Te quiere bien el aire, desde el nombre,
y te ciñe la piel -la más de luna-
porque le sobra voz sobre tu cuerpo
para jurar tres veces la ternura.

¿Quieres sentir el peso de mi sueño?
Quédate en labio toda
que aquí donde lo digo está tu beso.
Mi beso tuvo siempre la altura de tu boca.

Engaños los del pájaro y el árbol
creer que el tiempo anuncian.
La primavera viene cuando el viento
te sigue la cintura.

LUCÍA SÁNCHEZ

yá para siempre niña

Era un rostro el aire de la espera,
lejano su mirar el pan ajeno.
Descalzos caminaron sus seis años.
Fue el hambre que los trigos desoyeron.

No preguntó su culpa ni su sitio.
Se fue sin decir nada -y sin saberlo-
para buscar un nido en las estrellas
porque han de ser más buenos en el cielo.

Para qué la luciérnaga en su nombre
si una sombra la hablaba por el ruego?
Hacia qué primavera iba su paso?
Para qué la distancia de su tiempo?

Por el enorme olvido de los hombres
con mi voz más de llanto la recuerdo.
Y muerde mi alegría su tristeza.
Su mano abrirá siempre su deseo.

El mundo está más huérfano en tu poco,
Lucía, niña toda de silencio.
Llevaste tu camino de este mundo,
pero dejaste el hambre... y anda nuestro.

INFANCIA

a mi hermano Chacho

Por qué zorzal nos buscan las mañanas
que suben desde el sud de nuestros días?
Desde entonces se abrazan nuestros sueños!
Cualquier cosa fundaba una sonrisa!

Ellas me quieren toda la memoria
y están trayendo siempre un todavía.
Allí todos los rostros de la sangre
y el nombre que ya nunca más se olvida.

No sé por qué me sigo en este asombro:
escogiendo lo más pájaro del día.
Y el miedo que se asusta en las palomas
entra a temblarme... el niño no termina...

Puedo elegirme el tiempo y hombre adentro
levantarme en mi arena más orilla.

AURELIO ZALAZAR MONTONERO

La voz de más camino habla en el hombre
preguntado en el hueso:

«Desde adentro era toro. Y lo recuerdo
para avisar por qué cierras los puños
cuando te late el pulso montonero.
Vengo a medirte el hombre
pues que te tientas por llamarme abuelo-
Porque la sangre sabe entre los gritos
cuál es nuestro hasta el colmo de lo nuestro.
Y voy por el atajo de mi nombre
para toparte el miedo.

Con la legua y las noches
no trepidé los precios
y sin querer se me iban los galopes
cuando pedía rienda el entrevero.
La huella fue mi suerte
y el hambre mi cuatrero.
Caballo y tercerolas.
Fue mi ejército.
Cuando para matarme preguntan «quién vive»
era al menos hacerme de silencio.
Y atropellaba lanzas y puñales
¡Tan me sobraba pecho!

Enterrando mi sueño con el rastro
al amor de mi tierra fui cayendo.
¡La tierra es un amor que duele tanto!
Por ella fue mi lucha. ¡La llevé tan adentro!

Color de libertad tuvo mi sangre
cuando a mi tiempo le gritaron «¡Fuego!»
No me mataron nombre ni bravura.
La muerte es lo de menos.
Somos los que dejamos: un peso de bandera
valga, cerca tu paz, mi guerra lejos.

EL TIEMPO

Dicen que el tiempo pasa.
Yo siento que sus modos se nos quedan adentro.
Contesten los recuerdos.
-La estrella que caía en nuestro miedo-
Y esa espina tan filo, la nostalgia?
Es la punta del tiempo en nuestro pecho:
forma de arrodillarse la distancia
para no estar tan lejos.

Todavía pregunto.
-Señal que no regreso-
El tiempo está delante. Y es tan poco
para perder, mañana, este destierro.
Los días son pequeños pero siempre
bautizan algo nuevo.
Al que me queda afuera
porque vendrá lo espero.
No olvido la otra orilla,
adonde mira el miedo.
Todo lo vende. Es cierto.
A la ausencia de tierra, a la más larga, vuelvo.
Con tanta senda y sin ninguna marcha.
-Porque andariego soy, pero en el tiempo-
Cuando los gritos vengan por mi nombre
con esta voz lo seguiré midiendo.

ODA A LA NARANJA

Desde la sed me bebe. Y desde el día
en que el agua tomó cuerpo de seno.
Todos los rumbos juntos
iban abriendo un vuelo.
El árbol se buscaba para pájaro
por su ombligo y su sueño.
Rodaba su viaje al horizonte
dando espacio a mi tiempo.
Por su sola frontera
todo andar era encuentro.
Pero sus cuatro edades
ha caminado el cielo
y su perfecta forma
pone al aire contento.
Nunca subió más alto
su caminar el río sobre el viento.
De tanto recordar
olvida por la lágrima su vuelo.

Sobre mi mano estás, mundo sin puertas:
todo corazón adentro.
Luna tu luz, hermana:
la tarde que se dobla en despedida
por tus curvas recuerdo.
Y aunque siempre son tristes las orillas
tu sola orilla entera estoy queriendo.

CUARTO CIELO

¡Oh, cómo no creer en el milagro
si alcanza un corazón para quererlos!
Creciendo del olvido!
¡Cómo me reconozco y me recuerdo!
Los empecé a nacer desde los sueños.
Por ellos sé que vengo todavía.
Con voz de toda edad y todo nombre
te llamaron Marita.
Dulce es decirlo siempre
hondo de madres.
Eres mirar palomas y recordar el ángel.
Y tú, sueño solar y sal de mi destino:
me llevas la semilla,
del devenir me traes,
todas las puertas saben tu camino.
De tanto haber mirado con tus ojos
me ha quedado el asombro.

Anda en el aire el beso
cuando tu boca gana mi alegría.
A media lengua, Olguita:
alcánzame ese beso
que llevas en tu risa.
Busca tu forma el aire
para llamarse Alicia:
la rosa se ha esmerado en tus mejillas.

Por estos cuatro cielos
anda ahora mi tiempo.
Prolongan en el mundo
los brazos de mi madre.
Me voy muriendo menos.
Ninguna soledad podrá apretarme.

LA ZAMBA

Oye el aire una ausencia, demorada y lejana.
Su voz casi desnuda le presta la guitarra.

Con su alegría herida,
pausa y andanza,
viene de la nostalgia
¡ay! la zamba.

Donde me tiembla el eco me está naciendo
yo no sé qué distancia:
Para sufrir su hondura necesito otro pecho...
y otro costado el alma.

¡Cómo me calza el cuerpo!
Y ella descalza.

Una señal de azahares
le quiere al vuelo
su bienandanza.

Cuando el adiós se nombra
¡ay! sin palabras,
vuelve el regreso y anda,
desanda y anda,
golondrineramente andar el del pañuelo
en la zamba.

Por la orilla del aire va muriendo su huella,
ni perdida ni hallada,
sí sollozada.

Ni la olvida el silencio,
menos el alma.
No acaba de irse nunca
¡ay! la zamba.

LEJANO EL ADIÓS

Yo no te alcanza el grito,
¡tan lejos va el adiós!
y en el andén distante se nos muere
mi parte de tu voz.

Como a través de un alma te recuerdo,
-recordarte es tenerte todavía-
y me acompaño un poco con nombrarte
para ponerle orilla a tu partida.

Siempre se va tu nombre y
viene de esa otra mano -tu pañuelo-
un tiempo hecho de bocas
que se llamaba nuestro.

Llueve de tu mirada
cada vez más amada, tal vez por más lejana,
y ya no te pronuncio porque es triste
quebrar una palabra.

¡Cuesta tanto luchar contra los días
y acaso no hay perdón para clavar la culpa!
Estas son las palabras indecibles:
JAMAS y PARA SIEMPRE, NUNCA.

CANTO AL CHACHO PEÑALOZA

Ardido capitán,
centauro de varón y potro nuevo:
pongo de pie mi voz a tu costado,
-te habla mi llanero-,
porque también reclamo que tu nombre
sea ya menos nombre y más recuerdo.

Viene verde el laurel y desde Guaja
se apura tu sendero.
En tus ojos se cae
partido en dos el cielo.
Para todos los días te pronuncian
desde entonces los ecos.
Te llaman los caminos el coraje
todavía creciendo.
Se alerta con Facundo
tu gaucho arrojado ciego
y en Tama el corazón alza la espiga
que velará tu sueño.
Y oyen tu galopar todas las leguas:
el llano está latiendo.
Con el sol en el poncho
y el viento en los cabellos,
sobre un potro de noches
te ven pasar los médanos.
La tierra de las pardas tolvánicas
detrás de tu perfil de trigo al viento.

El Tala y el Rincón,
-tu corazón sin miedo-,
Oncativo, Amilgancho y Ciudadela,
-el grito sube hecho hombre en el desnudo-
tu Algarrobal dos veces Grande
y el Rodeo del Medio,
oleajes de cargas y de lanzas
desatando los tigres de tu pecho.
El Manantial prestó su nombre
para la sangre impar de tus lanceros.
En Chile te atropella la nostalgia.
-La gleba está doliendo-.

Miran pasar tus noches las estrellas
cuando el sol anda a pie sobre los médanos.
Destino de viaje, tu río fue de llanos,
-un retemblor de cascos y de frenos-.
La muerte estaba en Olta y esperando
sentada sobre el sueño.
El alba por los cielos de noviembre.
Por la greda cabalga la sorpresa
cálzada de silencio.
No se dobló la lanza ni el cuchillo
para acostarte el tiempo.
¡Tanta última vez te perseguía
en el filo caudal del entrevero
para cerrar así, de madrugada,
tus ojos tan de cielo!

Sobre los llanos solos
se abre de par en par por un llanto inmenso.

No se enterró tu andar
y a tus caminos los llevamos adentro.
Para querer la vida menos límite
viene dando banderas tu degüello:
el bienquerido incendio de tu sangre
siempre se vuelve nuestro.

Clarín y capitán,
señor de montoneros:
nosotros con tu sed, tú con el agua,
venga a nos tu lucero.

Donde quedan mis días

Primer Premio Quinquenal de Poesía

MARÍA

Era dieciocho veces sola.
Miraba como oyéndose.
Antes que triste era alma
y estaba entre las cosas que no llegan.
María era de barco.
Lo iba dejando todo.
Más alta que su voz
su mano despedía no sé cómo.
Hoy cae de su nombre.
¡Qué fiebre de abrazarlo Todo!

COLORES

En el pan es de día. Están los blancos
repartiendo palomas. Y veranos.
Revienta su estación cada semilla.
Sale el verde. Me mira. Y me respira.
Veo la sangre y hallo
que el color es más grande que su espacio.
Las hojas, de este lado del olvido,
lo escriben desde muchos amarillos
En la luz tan maría me regreso
azul de descubrir otro aire para el tiempo,
¡A LA MUERTE LE DIMOS TODO EL NEGRO!

ANTEO

El aire -esa otra sangre-
es de los pájaros.
El agua -esa muchacha-
es de los árboles.
El fuego -ese animal urgente-
puede ser del verano.
La tierra es lo que queda.
Inseparable.
Y nuestra.
Me quiere largo a largo.
Entre mis dos ausencias
quisiera merecerla.

DISTANCIA ADENTRO

Tan con el alma
bajan
esas
hojas
que a uno le derriban el silencio,
Todo
duele
siguiendo.
De puro triste el aire se hace sangre,
¡A tanto oírme llevo!
Es la caída
con la lluvia adentro.
Y en el fondo del tiempo,
SOLO,
tu RECUERDO.

BONIFACIO RAMÍREZ

Lo vi ceder, caer desde un cuchillo
ladearse con su siesta para siempre.
Sobre el último rostro junta puños.
Y duerme para afuera su bravura.

Un niño lleno de ojos lo soñaba.
(Lo vio quemando el tiempo en el tabaco).
Lo recuerda también con su buen lejos
cuando montaba en bueno los domingos.

Era un callar que hablaba a lo facundo
cuando tomaba... (Soles a su grito).
Con el camino al hombro amanecía.

Bonifacio Ramírez; gaucho entero,
pedazo de esta tierra compartida:
sólo esta muerte y media lo valía.

DONDE QUEDAN LOS DÍAS

De gallo en gallo y hasta la otra puerta
somos un llanto a dar.
Oírlo duele.
El sur es amarillo y en su norte
siempre se van los trenes.
¿Y a quien pertenece la alegría?
¡Cuánto reír se pierde!

Ponedme en cada mano tres pañuelos.
Voy a voltear el tiempo hacia mi frente.
Si hay que dejar los días
quedando será el modo de llevarme
donde quedan los días
llenando su color están los verdes

AUTORRETRATO

Soy este cuerpo y lo termino en beso
con esta piel que a medias me limita
la sangre. Soy el hueso que oye el tiempo.
Con su color mi madre en la sonrisa.
A veces soy también lo que me duele:
el miedo que da vuelta en los relojes.
Pero mi altura es joven. No se mide
con doce lunas ni con veinte soles.
Soy un estar adentro de la tarde
que viene. Le pongo mi alegría.

Y un siempre estar de pie sobre una víspera
Soy una sed. Un niño la camina.

Soy el que vuelve siempre por un pájaro
Soy a más no poder hijo del canto.

ELBA RUTH

cuya estrellita se asusta con los truenos

Te señala la luz Y canta a cántaros
mi voz. Y se me va detrás de casi
todo. Que el aire es alma cuando pasa
por tu nombre -cielo de canto sólo.

Hay tanto corazón para encontrarte
que en mi desvelo aprende a regresar
el alba. Y viene en tu tamaño el mundo
a llenarme de madre la mirada.

¡Que me vea la vida! ¡Que me vea
otra vez! En tu regreso digo: «Buenos
días». Queda del otro lado el tiempo
Creo en mi sangre y creo en la alegría.
Pida mi copa el vino. Estoy en lo que
vienes. Ya soy surco, no un camino.

CARTA DESDE EL AYER

Voces que vienen hondas por la sangre
-sin aire y sin memoria y sin olvido-
se ponen a vivirme y me repiten
esto que aquí y ahora
-después del llanto y antes del suspiro-
quiere ser y... está siendo mi destino.

-Tu pasar entre todo lo que pasa
sea un pasar quedando. Como el alba.
Del lado de la aurora estaba tu alma.

Llena el aire de oídos el silencio:
pueden nacer la noche y los recuerdos.
A tu noche le gusta tener miedo.

Hay un gajo de cielo y despedida
a quien miras más solo y más orilla:
es la lluvia llorándose a sí misma.

Todo grito te llama. Sin tu nombre.
Es un viento que pasa por el hombre.
Otros gritos se ven, pero no se oyen.

Y a punto de volver -de cara al día-
junto mi andar y digo ante las vísperas
tengo las cuatro esquinas de mi esquina.

CARTA AL HIJO

Hijo: niño por ir al hombre
Demórate en las cosas. Óyeme
Hasta en lo más pequeño hallarás algo.
La luz canta su pájaro.

Tiene su sed el agua. Y es el trigo:
corazón tan pequeño llena el mundo de oídos.
Casi toda de cielo es la paloma:
llave del cielo, suma la luz... y colma.
La raíz?. Alza el agua a la más alta
dulzura de la tierra: la naranja.

Para subir más alto baja el árbol:
sabe las dos memorias. Sobre el canto.
Desde el ubre la hierba en risa baja
es la infancia del agua.
Por la luna y el sol miran los siglos
y también el futuro -ese otro olvido-
Le prende fuego al alba
con su cresta y su canto,
solo,
el gallo.
Su modo de nacer nos deja el día.

Llega la rosa -el cielo en carne viva-.
El color del adiós lo da la tarde.
Lo que tiene de ayer le tiñe el aire.
Mirar, mirar, puro mirar, la estrella.
La brasa no da cielo... pero quema.
Agua en pena, esa lágrima.
Dirás que es cierta el alma.

CHUMBICHA

Años de lluvia mojan
tu mañana asustada.
Con los senos al aire en los limones
la tierra se levanta.
Y el cielo ya no es padre y nuestra tierra
sedienta, ya sin sed en la garganta
ya no se sabe el río y se nos viene...
rodando...atropellando... traigan...
cierren... vengan... las puertas... hijo...
Adónde...todos... Dios mío... Aquí... el agua...
un grito para todas las gargantas-
No. Sí, la de los pie de plata. El agua
tuvo guampas. El agua
tuvo puños. El agua
ciega de barro... ¡Ay, es una lástima!

Los extremos del tiempo,
tres niños y una abuela,
-los sueños y el recuerdo-
nos faltaban.
Lo escribo desde el fondo de una lágrima.
-Carta del hombre al corazón del agua-

MEMORIA DE LA SANGRE

Patria del tiempo, digo. Y la distancia
se me viene crecida desde adentro.
Yo soy tu fuego desbocado y vengo
-el hombre viene siempre de un camino-
para ponerle voz a tu recuerdo.

Un día fui en el indio.
La tierra puesta de hombre.
la «tierra que anda»
caminando mi sueño.
Vine hincando en el cielo el alarido
-puño del primer viento-.
Yo le he medido al grito su tamaño
de sangre.
Y de silencio.
Dejo venir su orilla hasta mi suerte.
Soy río con regreso.
En soledad y música y latido
lo voy.
Lo permanezco.
Un día fui en el gaucho.
El hombre más de huella.
Tierra de andar callando
la legua entre las piernas.
Anduve jineteándome la patria

y arriándome el destino con la espuela.
Raíz de sur y norte
llevé mi encrucijada y mi frontera.
¡Tanta huella me daba nuestra tierra!
Cuando empuñaba el golpe hasta el galope
se me iba por el alba,
sacándola mi apuro a los atajos,
naciéndole un camino a mi llegada.
Y atardecía el aire y era el tiempo
de demorar el viento en la guitarra.
Ponía mi puñal en la palabra
Acuchillar a veces la pregunta
-ni pedazo de llama-
me queda de aquel rastro.
Corto de voz y largo de silencio
su sangre me atalona para macho.
Con este vino ardido lo consagro.

El mar traía todos los caminos
al mundo del encuentro.
Desde los ocho vientos de la rosa,
sin saber que se hablaba para lejos,
de allende el agua vino
la sangre a dar aumento.

Caminaron al aire muchas veces
los colores del tiempo.
la noche de voz baja y de luz alta
aquí soltó los soles de mi cuerpo.

En la piedra de pie donde se escucha el cielo,
donde la pampa sube
y con color a luna nace el viento,
donde las nubes pisan
el pan que irá en el río rumbo al trigo,
donde la voz va y vuelve en la vidala
este modo de oírnos desde lejos.

Para tu ahora sea
semilla mi viaje.
Quiero cantar con fruto,
fundar tu día grande.
Mis sueños son más altos que la noche.
Color de Libertad tiene mi sangre:
mi trigo de sembrarte.

CELEBRACIÓN DE LA JUVENTUD

Viento de luz
que llevo y llevaré en la punta de los días.
Ahora como ayer estás aquí.
«Aquí», es mi sonrisa
y esta voz que se va donde el amor la llame
y de tanto de ser tuya ya no es mía.
Sé que soy siempre joven
porque me cansa ser el mismo todo el día
y cuando el aire se cuelga de las rosas
salgo por ver no más qué me limita.
Porque soy la mitad y adquiero todo el hombre.
Que lo diga
la vertical batalla de meterme
cada vez más adentro de la vida.
¡Muchacha que es la sangre
de andar abriendo brisas
sin esperar el rumbo
y sin saber siquiera
si es el alma o el cuerpo el que palpita!
Todo de beso el sueño.
Brasa que me delira.
Sólo un camino atrás, cien adelante;
y este milagro hermoso que es la vida.
Juventud, juventud:
bébeme el primer fuego,
me partiré en tu boca de alegría.
‘Tallos de sol’
No tengo despedida.

PIEL ADENTRO

Haciendo lo que quiere con el aire
el frío afuera canta. Es la calandria
lleno de lucha adentro y escapando
profundo de panteras el verano.

Bruja de tanto grillo afuera toca
la noche. Ciega y grande.
Adentro un día lleno echa sus luces
y en años de recuerdos me reparte.

Dos mundos y dos tiempos. Otro cielo, otra tierra
Mi piel. Sólo mi piel es la frontera.

LAS COSAS

Nos miran en silencio. Con el nombre
en los labios. ¡Y ya desde hace tanto!
¡Es una lágrima que callen demasiado!
El sol nos la señala
y uno les ve la muerte. Sólo la muerte.
Nunca la vida.
Las vemos como siempre: despedidas.
El nombre que las viste y las desviste
se queda en sus orillas.
Amigos: oigamos las semillas!
Hay cosas que nos siguen: los pañuelos.
Otras que van delante: son las llaves
en la punta del viento.
Este nos mide el tiempo: es el espejo.
Unas que llegan antes nos esperan
y cuando ya son viejas se hacen alma.
Por eso da al recuerdo, la ventana:
Nos esconden su luz las más profundas:
el hueso y la raíz. Dos cosas tan desnudas!
A veces nos preguntan. O nos hablan.
-Soy el agua más grande- dice blanca
esa pequeña muerte que es la lágrima.

A TU LENTO VOLVER

Me doy a regresar, a verme adentro
siempre es primera vez la primavera
donde para vivir me sobra suerte:
este besar veinte años de azucena.

La tarde de encontrarte todavía
te pone tanta voz en la mirada
que empiezan a venir tus dos palomas,
mi puerta a adelantarse a tu llegada.

Vamos de nuevo al labio que nos llama
y a la dulce costumbre de morirte...
(Por darle cuerpo al alma te nombrara)

Todo se vuelve ahora tan camino
Soy un irse por junio hasta decirte
dame tu sed que puedo darte un río.

ALABANZA DEL PONCHO

Cuerpo de cielo y cielo de mi cuerpo:
pido tu vuelo más aquí, tu sombra;
quiero habitar tu abrazo en ancho y alto
y entro a tu corazón: un peso de paloma.

Peina tu luz el aire; hebra por hebra
tu dar un poco al otro se derrama,
-cuelgas de amor, te caes de ternura-
llama tu espacio, póneme tus alas.

Las cumbres te flamean todavía,
oh luchado de cerro y sol, caudillo:
toma mi sangre, dame tu verano

tan de venir volviendo. Soy un hijo
Mía tu piel y nuestro tu silencio:
mi modo de llevarte es este grillo.

FELIPE VARELA

¡Quien tuviera tu pelea
con una zamba
Varela!

Aquí, donde le viento se cansa de ser viento.
Noche de dos espaldas
y de siete recuerdos.
Tiempo de ser dos veces.
Por lo menos.

Ardiente el agua trepa
de Huaycama a su sangre.- Digo incendios.-
Y se le acuesta un aire enloquecido
de leguas en el pecho.
De largo andar lo calza ya la suerte,
la vida afuera y el verano adentro.

No le cabe lugar
y en el primer galope montonero
-una sola la senda y su caballo-
se nos fue Catamarca por el norte:
sujetar en el sueño.
La huella quiere andar tras de su paso.
La cruzada es de pueblo
Puño de pie su grito
y se vuelve bandera todo el viento.

Pavón, Las Playas, Lomas Blancas...
pedazos en el eco.
Y aquella agua de Vargas... todavía
taja la suerte en duelo.
Al sol le presta sol aquella siesta
mientras la sed escoge entre sus muertos.
Y en el pulso del aire un poco de antes:
la zamba con el duende del misterio.
Llenando de futuro se presente
fue ganando su suelo.
Sin miedo de acostarse con la tierra
vivía en un morir en cada riesgo.
Y cae su regreso
donde el tiempo trabaja su amarillo
para moderle el hueso.

Quiéren decir -no dicen-
(les pone un dedo el miedo):
Viene pegando a todos con su nombre.
Su voz vuelve de cerca
y se oye en nuestros gritos en silencio:
-Dejen venir los odios.
Yo no les quito el cuerpo.
A mi pasión de patria
-mi lápida hasta cuando-
pregúntenle mis horas verticales.
¿Qué ha muerto con mi muerte de lo vuestro?

Déjenme a mí que vaya
con mi encuentro
de gallo en gallo por el alba
a ponerme en el sitio de su fuego.
Me quedaré no más hablando de mi tierra,
su camino aprendiendo.
¿Amalaya tuviera tu pelea,
con una zamba,

Varela!

«Poesía comunicativa que va dignamente al encuentro del lector. Un mundo poético enriquecido por el valor que acuerda al entrañamiento de la tierra y al sentimiento de la naturaleza a partir de los cuáles Juan Bautista Zalazar asume todos los tiempos del hombre desde su raíz. Su hombre es el hombre del Noroeste, pero universalizado en la profunda experiencia poética del autor.

Su intuición-emoción es activa. Al obrar las palabras, a la vez como objetos y como signos, las cosas no son sólo lo que son, sino que tienden a trascender de sí mismas. Juan Bautista Zalazar logra imprimir esa trascendencia y se pone en comunicación con el mundo».

Dora Fornaciari, San Miguel de Tucumán, Dbre. 17 de 1968. (Integrante del jurado que otorgó el Premio Quinquenal de poesía. El fragmento transcripto fue enviado con su voto).

LA TIERRA CONTADA

111

De pie sobre la luz

1er. Premio a la Producción Intelectual y Artística
Catamarca - Año 1978

DE PIE SOBRE LA LUZ

Me viene el corazón y con el alba
recién despierta y hasta la cintura
salgo a mi voz, al sol, salgo a mi suerte.
Soy como nunca toda la vida al aire.
Con la mirada llena de preguntas
voy caminando largo cada cosa.
Mi paso libre siempre de llevarse
me descubre feliz entre los hombres.
SOY EL NUEVO CAPAZ. Y porque quiero
tomarle el gusto al mundo es la mañana:
una alegría llena de ventanas.

Desenvaina su marcha el día. ENORME.
Todas las voces se reparten mi alma.
En el vuelo de VER, ciertos los ojos,
entra y sale el asombro en toda cosa.
Mi corazón adentro de su cambio
en delirio de polen se desborda...

Hoy me he poblado tanto de la vida
que ya en el mediodía me repito:
segundo tras segundo y hasta el último
instante me negaré a morir. Y grito:
«VIVIR ES EL PRIMER MILAGRO, AMIGOS».

EL CÁNTARO

Canta la forma. Sube dibujándose,
dándole como un ala a la mirada.
La línea se aventura, ya desnuda
y tensa, casi se va por la manzana.

La greda en caracol y torso acaba
y en su perfil va y vuelve una guitarra.
El hueco de la llama queda en curva
y en el cóncavo pulso duerme el agua.

En cuencos de hermosura y en la ausencia
empieza el aire y anda que se encanta.
Corazón de la hondura que se cava
donde tiembla penúltima la gracia.

¿Dónde una voz más honda, más sonámbula?
POR SU ORILLA SE VA MIRANDO EL ALMA.

CREDO

Creo en mi sangre toro que arrepuja
mi cuerpo hacia los vértices. Y creo
en la vida que es una fiesta herida.
Creo más en la tierra que en el cielo.

Creo en mi corazón que es tuyo y ama
tanto que por amor icuesta tenerlo!
Creo en las cinco espigas de mi trigo.
-Ya estoy sobre la muerte y sobre el tiempo-.

Creo en el sol, el pájaro más gallo.
Creo en el grito, que hace brujo al viento.
Así en la lluvia donde llora el agua,
como en las cosas donde el mundo es ciego.
Creo en el canto, mi temblor más alto.
Creo en mis sueños, donde voy despierto.

ESA CASA

Ya no estamos adentro de esa casa
que aprieta nuestra infancia, madre larga.
Hoy me están caminando sus momentos:
la CASA está llenando su palabra.

La ausencia es como el tiempo del espacio.
Y soy el que se abraza a todo tiempo.
La calle que no vuelve da a la tarde
¿Y adónde va la tarde sino adentro?

¿Dicen adiós sus puertas? ¡No cerrarlas!
Me echo la noche al alma y me despido.
Lo digo con la voz llena de lágrimas.

Hecha de nueve vidas y una muerte.
nadie quiere dejarla que se vaya.
¡ADENTRO DE NOSOTROS VA A LA CASA!

HERMANDADES

Esa guitarra de agua: la lluvia inconsolable..
Y el viaje que vuelve, sollozando, en el sauce.

Llave de cuatro puertas y niño ciego, el viento.
Y ese pasar cargado de auroras y de huecos.

Cambia de cruz el tiempo donde dobla la tarde.
El gallo y el adiós las campanas que parten.

Donde acaba la sangre la luz está de espaldas.
Para salir del mundo el alma usa las lágrimas.

El llevarse del álamo: al cielo siempre el río.
Y este irse hasta la punta del grito y de uno mismo.

VIAJE DE LA LUZ

Abren las brisas. Arco de palomas
viene perdiendo párpados el ALBA.

El aire me respira. Hay una hermana:
ventana, la más ancha, la MAÑANA.

La vertical mitad y el sol en las semillas:
es alto y toro blanco al MEDIODÍA.

Sombra hermosa del alma donde dobla
su pregunta el adiós: «TARDE campana».

El llanto de los ángeles se acuerda
del olvido... Un rojo arde en sí mismo.

La NOCHE es un color y cruza el hombre:
llora en el ciego, roba los ladrones

Los huecos se reúnen.
Hay que bajar del hombre.

Lleno de anillos negros me cierro por los ojos.
El OLVIDO se queda, al fin, con todo.

ELEGÍA I

El día se nos cae de la tarde...
Está todo callado y en su sitio.

Siempre se van los trenes.
Y siempre hay una lágrima en el grito.

¿Quién inventó la espera?
¿Quién nos clavó el gemido?

Uno se va cayendo
adentro de sí mismo.

¡Hasta dónde es posible ser un sueño!
El sueño es un exilio...

Esperar será siempre como verse.
Toca su noche el grillo.

Esta es mi voz, aquel tu nombre.
¡No hay tiempo en el olvido!

ELEGÍA II

De parte de las lluvias

Es huérfano mirar que ya no vuelves...
¡Ya no se puede estar dentro del alma!
El aire ya no cabe en el silencio
y el grito es la mitad, mitad la lágrima.

Donde se está más solo te repito:
¡No me dejes morir de no tenerte!
Hay días que no pasan... ¡Quién diría!
Detrás de ser asombro ya no hay verte.

Uno solo al adiós, dos en el llanto.
Soy el que ya no espera y ya no busca.
¡Sólo un alma puede ahogarse en la lluvia!

Nunca podrán sacarte de mis ojos.
A tí siempre -luz y el siempre- cielo,
hoy que no sé ni dónde andas doliendo.

LA VOZ HACIA TU NOMBRE

Por un oír me voy... me voy
hasta el origen,
al hueco ensimismado del aire antes del aire,
a tu NOMBRE: la historia de un viaje.

Salió desde un aroma,
por la orilla del rezo entró al silencio,
para doler pasó por un sollozo,
quebrado fue en el eco,
enloqueció en un grito,
un viento fue en el viento.
Te oiría venir por una música,
tal vez nombró un recuerdo.
Entró en mi corazón por un suspiro,
se estremeció en un ruego.

El aire está latiendo entre los labios:
parte ahora de mí con sed de calles.
Mi voz quería ser y era tu NOMBRE.
Me sigo en su viaje.
Anda sin boca un beso
dándole piel al aire.
¡COMO VUELA LA SANGRE!

A QUIEN ES UNA LÁGRIMA

Sosegaba en sus ojos la ternura.
Pudo llamarse Bruma.

Se fue con una lluvia de la mano:
su pétalo, tu párpado, mi pájaro.

Hoy es un entre párpados
más triste que Maríallanto.

Apenas hay lugar para su nombre.
(Quien no se pone triste es pobre-pobre)

Todo nos hace jueves.
Los dos somos camino que no vuelve.

Todo se torna vuelo, sólo porque lo trae
la tarde color verte, tono oeste.

ADIVINANZA

Es el alma del agua.
El cuerpo de la niebla. Y en el tiempo
las dos de la tristeza.
A veces una llega.
Moja los dos silencios
de una misma palabra.
Es el agua del alma.

ESTILOS DEL AGUA

Esa agua grande -el mar-
Esa agua viento, el río.
Agua triste, la lluvia.
Esa agua loca, el vino.
Esta lágrima nuestra, una agua al fin,
saca del hombre todo, todo el grito.

NOCTURNO

La hora entra en su número.
Tiene una sola calle: un túnel
y es de miedo.
¡Cuanto más solo más hondo!
En el dolor no hay cielo.
Vuelven a pie las alas
donde se cae el viento.

DETRÁS DE LOS SENTIDOS

I
La música nos oye para hallarse.
El silencio nos dice que no existe.
Ponen de pie los vientos nuestros gritos.
SIEMPRE SERÁN MÁS ALTOS LOS VIOLINES.

II
Tiene siete colores la sonrisa.
Viene siempre de adentro: y amanece.
Alumbra más que el sol. Descubre el aire.
ES LA INFANCIA PASANDO POR SU LECHE.

III
Hay cosas que no caben en un día:
las catorce caídas.
Hay cosas que no caben en su sitio:
SEMILLA ENAMORADA Y EN DELIRIO.

LA POESÍA

Es una transparencia.
Un temblor en la luz, un pulso de azucena.

Anda siempre desnuda,
más doncella que el alba, descalza de hermosura.

Vivo su cielo brujo,
destino de llevarme por donde más me busco.

EL INSTANTE

C P
 IS
H A
que muere cerca.

A
RE
NA

LI
MI
TE

VER
TI PU
CAL RO.
DESPUÉS DE TÍ SOY OTRO.

EL AQUÍ

Hago pie en el AQUÍ para saberme.
Soy su porción de canto.

AQUÍ es el espacio de mi tiempo,
un destino de pie, largo relámpago.

Todo el cerro en la voz la piedra sola
-mi patria levantada- está rezando.

Un río de tres días, río ciego,
y un viento cien por ciento viento largo.

Con su leche de tigre -una agua en guerra-
Los coyuyos del lado del verano.

Con El lleno los ojos y me marchó
para ocurrirlo así bajo los párpados.

Como sobre lugar para estar solo
su olvido cabe en todos los tamaños.

¡A un paso de uno mismo,
el TIEMPO se parece al HOMBRE. Y tanto!

INDIO

Me miro sueño adentro de mi sangre,
me busco bien el árbol... y te encuentro.
Son mis leguas salvajes. Me torear
detrás de la memoria. Un puño terco.

Tu grito suelta el mundo todo el hombre
por darle viento al grito -ese otro viento-.
Tu silencio valía mil palabras.
Siempre te oír venir por mi silencio.

Mi pedazo de guerra en largo y ancho,
mi soledad de pie, mi toro ciego,
te he sentido galope, y en lo oscuro
tu música me llora hasta en los huesos.
A tu tristeza voy para medirme,
si me metí a ser hombre: un hombre entero.

POR MI GAUCHO

Poniéndome capaz,
para decir mi pájaro más alto,
hermanos, voy a hacerme
la señal de la sangre: ¡por mi gaucho!

Vuelco en su nombre el aire,
subido a su bravura lo replanto!
Si al lado de mi paz hay una guerra,
lo sé, lo debo al árbol.
Andan en mí, queriendo repetirse,
los VIVA que llevaba y no gritaron,
y el gusto de estar uno y de acabarse
-los caminos comiéndole el caballo-
la suerte de ganarse lo que somos,
ser bien adentro un ojo
y un VAMOS ADELANTE, VAMOS!

Si lo siento venir por mi silencio
sin avisar me llega el canto.
El hueco oye su pulso de guitarra:
lo aprendo en largo y ancho.
Mi bandera es de tierra, hebra por hebra.
Y así voy a llevarlo.

MÁS ALLÁ DE MAÑANA

En la hora de dar la espalda al alba
me quitaré de mí. Y en ese día
que no querrá esperarme, por mi nombre
se treparán los gritos. Y desde aquella orilla
me olvidará la luz. Por otro tiempo
que quedaré en las cosas todavía.

Diréis tal vez: estuvo entre nosotros.
Bautizaba las cosas que quería.
Viendo pasar tan solo su ternura
nos dijo casi toda su alegría.
(En el «casi» los seis hambres de Lucía).

Yo quiero haber venido para siempre.
¿Por qué debo morir, si amo la vida?
Caminando mi suerte, no es posible,
andar por esta vía
viviendo el corazón siempre al oeste,
los días empeñados en ser vísperas,
llegar hasta la punta de uno mismo
para perder, así, nuestra semilla.

¡Qué puñado de amor,
sabéis amigas,
qué puñado de amor se morirá conmigo!

Todos los días vuelve y vuelve el día.
¡Decidme, por favor,
ADENTRO DE LA MUERTE HAY OTRA VIDA!

Cosechas de rocío

-1982-

*A mis amigos poetas:
Juan Oscar Ponferrada
y Alfonso de la Vega.*

*A la Memoria de
Manuel J. Castilla
y Jaime Dávalos.*

LA LLAVE

Lleva en la punta al viento. La que vemos.
En la ausencia del ojo halla su forma.
De tanto oírme adentro y ver dos veces
mi VER que va más hondo ve las OTRAS.

Es llave de la tierra la semilla.
Y para entrar al cielo, la paloma.
Para la vida, siempre, la alegría.
La de las ocho puertas es la aurora.

Flor de la piel el beso es llave-brasa.
La sonrisa, esa luz, las abre a todas.
Tu nombre viene abriendo los recuerdos,
llave de amor para cerrar las sombras.

Llave del alma, a veces la palabra.
¿Con qué abrir el silencio de las cosas?

LA CUCHARA

¡Qué sorpresa tan grande es una cosa!
¡Cómo un metal se habita de ternura!
Esta tercera mano -todo entrega-
Esta forma de amor, forma de cuna.

Destino de llevar y sólo darse
y en el lugar del beso hacerse curva.
En su dedal de luz sube hasta el hombre
su viaje la sal o la dulzura.

En su pequeño cuenco mide el hambre,
¡Quién diría! Por su porción de hondura
pasa un sorbo de mundo hacia la vida.
Nada toma su olvido, nada y nunca.

Al lado del cuchillo -herida y lucha-
su silencio de paz, su paz que alumbra.

DEFINICIONES

Ojo por donde el fuego mira:
la brasa es una rosa que delira.
Es un río de gallos cada aurora.
Y una puesta de sol la rosa roja.
Es un grito mojado toda lágrima.
Un día de juguete nuestra infancia.
Recordar es andar por uno mismo.
¿Y estar triste? Llorar por uno mismo.
El hombre es como un ala atada al suelo:
La vida una limosna que da el tiempo.
El tiempo es travesía de uno.
¿Y el amor? Un lugar para que estemos juntos.

LA LLOVIZNA

El cielo está cayéndose en pañuelos.
Pañuelos de llorar por todas partes.
Es la piel de lo lejos. Y de un sueño.
A ratos hay un alma por el aire.

Duele oír el silencio. Es un sollozo
que se aprieta en las cosas. Se reparte.
El grito está matando los colores.
A la orilla del hombre hay un viaje.

En su lenguaje de ala y despedida
dicen adiós aquí todas las tardes.
Veo lo que no hablo. Sin memoria.
En el cuerpo hay más lágrimas que sangre.

Apoyo la mirada en la ceniza.
¿Que aquí es el AQUÍ donde no hay nadie?

DIMENSIONES

«Nadie acaba en sí mismo». (O. Paz)

Yo vengo, como todos, de un relámpago.
Y voy pisando el tiempo con mi incendio.
En los fuegos de junio abrí mi grito.
Y lo voy apagando hacia el silencio.

Más joven que mi edad, soy sol y toro.
Soy siempre la mitad, siempre me crezco.
No termino en mi piel. Ni en mi lugar.
Ocupo más espacio que el que tengo.

Ya me enrolé en la luz por cinco veces.
Y con la suerte al hombro aquí me siembro.
Por un lado me nombran las palabras,
por el otro me viven los recuerdos.

Hijo del mediodía y de la estrella:
soy un vuelo de trigo. Y de sueños.

ECOLOGÍA

Digo tres veces gracias a mi tierra,
madre de sal y de agua que me trepa.
Llevo sus estaciones. Me caminan.
Voy levantando el hombre cuesta arriba.

De su silencio entero a sol y sombra
su hierro sale en jugos, sale en hierbas
y halla frutal mi boca, la sedienta.
Uno se vuelve sed sin darse cuenta.

¿Adónde llega un árbol cuando sube?
Su verde crece al fin para mi sangre
y por mi cuerpo pasa a mi tonada,
la voz que trae y lleva casi el alma.

Mi corazón es nuevo cada día,
milagro de raíces que me gritan.

LA SEMILLA

El tiempo encerrado en su delirio
puede pensar un árbol y pararlo.
Llena de lucha elige tierra adentro
su futuro de luz lleno de puertas.

Lento su pie, pequeña en su grandeza,
va dejando de ser... El verde sueña.
Por el lado raíz se van sus ímpetus
y hacia fuera desvela su silencio.

El sol trae las lluvias y las llaves.
Sube a pagar su pampa con el trigo,
su cerro con las vides: toda al agua.

El pan está desnudo en las alturas:
la rubia fiesta rubia de la espiga.
En su sonrisa hay dos. O tres sonrisas.

DESDE EL NIÑO

Soy la mitad que va a contarse en junios,
el otro que era ayer y lo he perdido.
¡Cómo quedan mirándonos los años!
¡Y es tan de vuelo un niño!

Comienza la pregunta con su asombro:
¿El sol no tiene sueño?
¿Adónde aprende un niño la sonrisa?
¿Por qué desde un pañuelo llega el miedo?

El tiempo va corriendo a su ventana
y ve que las palomas andan siempre
como cuidando un sueño. Y que la lluvia
trae su corazón del cielo.

¿El pájaro está hecho de violines?
¿No oímos por su canto el aire triste?

LAS PALABRAS

Abren un tiempo, un pulso y un espacio.
Por ellas uno escapa de sí mismo.
Yo soy lo que les digo: estas palabras.
Y también lo que callo. -Por el indio-

El nombre es mariposa o sólo viento
que está sobre las cosas. Su latido.
Es como piel que trae lo que llama,
con su silencio a medias, un vacío.

Por el lado de hablar me voy oyendo
las futuras cosechas de rocío.
¿La muerte no es estar SOLO en el nombre?
Lo escribe con mayúsculas el grito.

Hay que cavarse hondo para hallarlas.
¿Y si esto que decimos fuera el alma?



EL POTRO

Su piel un aire bárbaro. Lo tiembla.
Lo habitó una tormenta, un salto invicto.
Las distancias errantes que lo calzan...
Por todo su perfil lo trepa el brío.

Clarín se alza la oreja. Y lo flamea
su bandera de crines, zonda arisco.
De pronto estalla pólvora en su sangre
y el viento no le cabe en el relincho.

Se pone vertical y se avalancha
y el campo no es camino ya, ni sitio.
¡Qué vértigo de espacio su carrera!
La flecha desde el ojo... Y ya es un mito.-

¡Qué fiesta de horizontes su galope
para beberse en cielo el infinito!

PARA EL HIJO

Serás un poco más. No sólo un irse.
Mirarás como quien llena los ojos
con todo lo que nace. Se pregunta
aquello que no cabe ya en nosotros.

Vivir es caminar hacia uno mismo.
El futuro comienza adentro de uno.
Ver con el alma. Es ver como dos veces.
Estamos esperándonos en todo.

A veces uno va como encontrando
cierta canción perdida en un recodo.
No es cierto que el olvido -tiempo negro-
se quede al fin con todo.

Tienes la luz más joven en tu canto.
Abre tu sangre en él y serás hondo.

MIRADA AL ARCO

El sol suelta la luz más ancha -el día-
para que el hombre vea. Y veo:
El ROJO arde en sí mismo. ¿Arde? Hierve.
Viste el temblor del fuego el que le sigue.
El AMARILLO cae del olvido.
Me enseña a ver, a ver y a verme, el VERDE.

Desnudo anda el AZUL por sobre el aire.
Y el ÍNDIGO se hunde en el silencio
y se aquieta y se pierde en el VIOLETA.
En el NEGRO se callan todos. Mueren.

¿Será el color el ojo, y sólo el ojo?
Porque hay dos que se rezan y lloviznan,
se mezclan a la sangre y dan al alma.
¿No suma el arco iris la sonrisa?

LAS COSAS Y LAS COSAS

«No hay una cosa en la que no me encuentre». (Rilke).

Cerradas en sí mismas y en su sueño
las cosas tienen nombre y se lo olvidan.
Son un espacio ciego que se acuesta
y que a veces nos sigue de rodillas.

Hay unas que nos hablan y hacen señas.
Hay otras que nos miran. (Las que brillan).
El nombre las levanta de su ausencia.
Llenan su casa y a ella se retiran.

Las puede conversar quien sabe oír las.
Preguntar por ejemplo a las semillas
por la mitad que tienen de silencio,
por la porción que llevan y delira.

El alma va agarrándose a las cosas.
Démosle nuestro pulso. Hay que vivirlas.

PADRE

En la fuerza que trepa por mi cuerpo
mi hueso oye los pasos de su sangre,
Creciendo por su trigo y por su vino
vengo de su silencio, padre amigo.

Mi infancia son zorzales y calandrias.
Repitiendo los modos de su sueño
vine entrando en las cosas, renaciendo.
¡Hoy me siento en la vida tan adentro!

Cerro por el silencio -modo nuestro-,
río por el rumor -el río nuestro-.
Soy su tiempo en la tierra: nuestro pueblo.

Se oyen llegar raíces. De su nombre.
Las mismas que alimentan mi camino.
¡Oh, nada es más difícil que ser HOMBRE!

CAPULLITO

Hoy vuelves por el sueño y me devuelves
aquella casalinga de mi infancia.
Me alumbra el corazón tu nieve-nieve,
tu luz diez veces blanca, blanca. BLANCA.

La pequeña hermosura de tu nombre
es un aire parado ya en el alma.
Mi casa es un sonido y tú un pañuelo.
La fábula del tiempo se hace un ala.

¡Desde qué cielo y cómo me mirabas!
En tu mirar hablabas...

Desde un andén viaja todavía
aquel tren que me trajo a Catamarca.
Detrás tu trote fiel y ¡ay! la distancia.
Por ello el agua sola de mi lágrima.

EL BESO

Los ojos tan de cerca ya no miran
y la mano se acuesta sobre el seno.
Toda la piel se cita en este vértice,
la más alta palabra del silencio.

Sabiéndonos dos veces labio a labio
crecemos dos espacios y tres tiempos.
Me guardo en el pasado que se ensancha,
te aprieto en lo más mío del recuerdo.

Esta tarde se queda para siempre.
A este roce temblor lo pongo adentro.
Por la señal del alma, te lo juro:
a mi sangre le queda chico el cuerpo.

Siembre el amor su sol, su fuego largo:
boca sin tiempo es siempre el primer beso.

LA TIERRA CONTADA

155

Las Brújulas Brujas

Catamarca - 1986 -

LAS BRÚJULAS, BRUJAS

Son las preguntas que abren
los dos o tres costados de las cosas.
Las cosas van y vienen por sí mismas
y cada cosa encierra muchas otras.
Porque nombre y color sólo es la piel
ellas se nombran solas
hay que hallarles el alma
con las brújulas brujas.
Descubrir por ejemplo
¿Por qué andarán descalzas las palomas?
o ¿Quién lo mueve al viento?
¿Por qué la tarde es una mariposa?
¿Y cuál es la canción del arco iris?
¿Y el por qué de la música y su aroma?
¿Y no camina el árbol?
¿Dónde nace la sombra?

Cuando uno se acostumbra a las preguntas
aprende a oír detrás de las palabras,
a ver en el rocío un agua con dos alas,
asalto de jazmines en el alba,
la tormenta que cae en una lágrima.
¡Cómo el amor
alumbra el cuerpo con el alma!

TESTAMENTO

Aunque la vida siga como cinco
cada día se va cerrando mi hombre.
Dejo mis hijos para bien del mundo
y en alguien un retazo de mi nombre.

Dejo mi voz en siembra de palabras
cenizas de mis sueños y mi sangre,
mi fundar estaciones de futuro
donde me quedo un poco cada tarde.

¡Cómo parte el adiós cuando uno parte!
Le dirán a las lluvias que me entierren,
que me llore la luz en el otoño.
Será en el mes más verde de la suerte.

Ahí queda la llave... y un camino
para seguir llevando otro delirio.

EPIFANÍA

¿Dónde termina el agua?
Es en la lágrima.
¿Dónde se acaba el aire?
Es en el grito.
¿Dónde concluye el fuego?
Es en el canto.
La tierra más se trepa hasta mi sangre.
Y se corona en beso.
Por los cuatro caminos
el mundo viene al hombre.
Viaja al centro de nosotros mismos.
Por eso yo me siento hijo del sol.
Oídme bien, hermanos,
oíd mi epifanía:
«FORMO PARTE DE DIOS».

MACAUSA

Hombremente vivir. Esta es mi causa
 Mitad soñar, mitad pasar umbrales
 Adentro está la sed, afuera las maneras
 Vivir es ensancharse.
 Es un venir del blanco al negro,
 entre el último pan y el primer hambre.
 Seguir hecho pedazos a pesar de los pedazos
 y a partir de ese llanto abrir la sangre.
 Porque hay niños que comen sólo el pan
 del padre nuestro: un puño por el aire.
 Los sueños nos duplican este mundo.
 Pisar hacia adelante,
 caminar hacia días que nos llamen.
 VIVIR mirando siempre lo que NACE

«FORMO PARTE DE DIOS»

AL ABUELO GAUCHO

Pongo de pie mi voz para nombrarlo,
ABUELO,
hombre de pocas puertas, y de puño
cerrado, lleno a veces de truenos.

Por el lado de hablar hoy lo recuerdo.

Manos de largo dar,
boca de menos ruego,
con un rezo en el rostro
vivía estando a solas con el tiempo.

Con su silbido arriaba los caminos
por esta tierrapatria, tierrasueño.

A su galope,
abuelo,
le queda chico el viento.

Ganando lo que somos,
con la guitarra adentro
y el galope afuera.
¡De su nombre nos crece una bandera!

LA ESCOBA

Baila. Baila besando el suelo.
Nadie advierte su danza.

Su cuerpo es de cadera y cabellera,
su palo es el galope de la infancia.

No la miréis así que en sus orillas
las cosas que se van duelen su lástima.

Nunca la uséis de noche porque trae
la muerte a la mañana.

Si hay algo por encima de la noche
es su viento con alas:
por un vuelo de miedo la cabalgan
brujas y carcajadas.

El cuerpo quiere ya tener más ojos,
para encontrarle el alma. ¡Y abrazarla!

ODA A LA SONRISA

Ventana de cristal, cristal del alma,
esta mitad de un beso la SONRISA.
Hace más transparente el aire,
limpia la luz y se arde en la alegría.

¡Qué claridad más honda nos inunda
con todos los colores con que mira!
Aún ajena parece un poco nuestra,
luciérnaga inmortal y sin orillas.

Es una flor de leche y de rocío.
Nevando mil palomas la caminan.
Ennoblece la piel y tiende puentes:
nos pone tan adentro de la vida.

¡Cuánta canción reparte y no se oye!
¡Digo vivir, VIVIR y todo el día!

ADIVINANZAS

Abre su espacio el tiempo
y con la piel del alba
entra al aire una forma
borrando todo el aire.
Mira sus propios ojos,
nos reparte su nombre
y en su lengua de luz nos dice apenas:
¡Hay un poco de Dios en cada cosa!

LA TARDE

Doblan la luz, la flor y la paloma.
El aire tiene un ala -sólo un ala-
al fondo de una lágrima.
Un beso mariposa baja en sombras...
El cielo se desmaya... Cae el tiempo...
Se hace el ayer adentro.
¿Quién se demora tanto, tanto, tanto?
Una orilla camina en cada cosa.
La voz se queda sola.
Es un volver que vive de morirse.
Y el alma es un sollozo largo a largo.
¡Nos quiebra una agonía sin costados!

Una campana, sola,
SOLA,
abre al temblor un ángel:
¡NO HAY UN ADIÓS MÁS GRANDE QUE LA TARDE!.

EL PAÑUELO

En su ademán nos llama el horizonte.
Es la tercera mano. Casi el pájaro.
Cuando muere un viaje, aquí, en la sangre,
suelta su adiós al viento... y el viento se hace largo
Pone un llanto en el aire en su silencio.
Un silencio con gritos y mojados.
La tristeza que viene más de lejos
se nos mete a crecer... No tiene lados.
La ausencia, allá en el fondo,
descubre mis pedazos. Me parte los pedazos.
Su color, que se mira con el alma,
es un temblor de blancos y de blancos.

Oigo el sollozorezo de las cosas
que sangra de algún modo en su retazo.

LOS SIETE PUNTOS CARDINALES

Al Norte están los sueños. Delirantes.
Al Sur queda el recuerdo. Y llueve... llueve...
Del Este viene el sol que trae el día.
Tú, corazón, por siempre en el Oeste.

Somos una ida y vuelta en el espacio.
Arriba está la vida y su limosna.
Abajo está la muerte con su hueco.
Al centro está mi patria: es este cuerpo.

EL GRITO

¡Cuesta ser esta luz que cruza el día!
Uno nace cayéndose de un grito,
el que nombra la vida. Otros
aguardan a mitad del camino.
Sus modos se dibujan con palabras:
uno se estira largo: el alarido.
Otro es el vértice del canto
por la vidala trepa y por el vino.
Hay un grito mojado y es la lágrima.
(Se cae y se levanta adentro de uno mismo).
Alta la voz del alma,
más honda en el vacío:
es la punta del hombre
¡tan última vez descende en el suspiro!

VALLE VICIOSO

«Yo soy el espacio donde estoy» Noel Arnaud.

Si el alma es aire
y el agua la segunda madre,
tengo que ser tu sal, tu sol,
en mi hueso y mi sangre.
Cuna de tierracerro y tierrarío:
rezándonos tu piedra llega al cielo
y en leguas de serpiente
la arena sola sujetando al río.
Entra a gritos el sol en tus racimos,
carcajadas de luz en tus granadas.
El álamo plural citando orillas
en la canción más verde del verano.
Bajo un techo de pájaros
tu espacio de tres cielos.
Y es un grano de trino cada trigo:
un oído en el viento.
Vuelve tu tiempo con calandria al hombro
y la alegría llega, gajo ardido,
no se sabe de dónde.
Me anda naciendo siempre
aquella edad de luz donde la vida
es nada más que aroma.

Por sus siestas desnudas
yo soy el dueño de la llama,
y también de las llaves y las lluvias.

POEMA I

Confín de cuerpo y alma: la sonrisa
-un caminar de madre por el alba-
Mitad de cuerpo y alma esa agua viva
que saca afuera el alma: nuestra LÁGRIMA.

Los dos abren la sangre al CANTO, modo
de darle al hombre algunas alas
cuando lo ahoga dentro lo que lleva
y ya no cabe al fin en la palabra.

De los dos están hechos los SUSPIROS
esa orilla del aire por el alma;
y esa brasa sin tiempo que es el BESO
y ese abrirse a las cosas: la MIRADA.
Dos mitades en diálogo: los SUEÑOS.
¿Y qué decir, al fin, de la PALABRA?

POEMA II

Carne de tres raíces.
llenos de madrugadas he venido,
con mi ráfaga propia,
a construir el día a mi medida.
Y he cruzado este mundo -casi solo-
viviéndolo con creces
alrededor de dos o tres heridas,
con el adiós pegando itantas veces!
Ya me voy despidiendo de las cosas
en las que fui dejando un poco el alma.
**ME MORIRÉ APLASTADO NO MÁS
POR UNA LÁGRIMA.**

POEMA III

Y el sol sale a decirnos. VEAN.
Pero no vemos nada.
Sólo vendemos y compramos cosas.

Llega la noche y dice: OIGAN.
Pero no oímos nada.
Sólo entramos al sueño y al olvido.

Despierta al menos tú, amiga mía.
Mira en mi boca la mitad del beso,
oye en mi luz la música del cielo.

HAY-KU

Alguna vez tuvimos
el tamaño del trigo.
No sé si voy al pan o voy al trino.

HAY-KU

Todo árbol busca a Dios,
allá entre las lluvias.
¿Por qué regresa el sauce?

TANKA

Hay que salvar la tardemariposa.
Clavarla en el recuerdo
pájaro sur del tiempo.
Matemos el olvido.
Sólo nos basta un BESO.

PRIMER AMOR

Por Ángel Nicolás

Con el último viento de la tarde
te fuiste amor, mi amor, amor del alma.
Te estoy diciendo adiós y todavía
quebrada está la voz en mi garganta.

En todo te has quedado con tu nombre;
sobre mi piel tu sol, el sueño adentro.
Boca sin tiempo el beso lo recuerdan
mis labios que han pasado por tu cuerpo.

Me llamarás la sangre en este llanto,
te llevaré en los ojos todo el tiempo
y escucharé tu ausencia en cada paso.

Tal vez no vuelvas nunca... pero siempre
con los brazos tendidos en la vida
yo te estaré esperando SIEMPRE. SIEMPRE.

POEMA IV

Porque siempre seremos la mitad de uno mismo.
Son mucho más las cosas
que no sé y me pregunto.
Como cuando era niño.
¿Por qué nombra al sollozo la llovizna?
¿En algo se parecen el aroma y la música?
¿Dónde empieza el ayer?
¿Qué color, si lo tiene, es de la ausencia?
¿Por qué me duermo en tallos de azucena?
Pero sobre todas las cosas:
¿Qué canta en el fondo de tus ojos,
muchacha en limpio y por la voz, hermosa?

POEMA V

Después de haber cruzado el mundo
y al final del camino:
hemos visto las cosas
o sólo el verde, el rojo, el amarillo?

ESTILO DEL VIENTO

La brisa, un viento tan bonito.
Viento que ya no cabe. Es el relincho.
Viento niño: el suspiro.
Un viento toro el GRITO.

LAS CINCO ESPIGAS

Las empezamos juntos una noche.
La muerte de andar sólo fue a la vida.
Tan demasiada noche era la noche
que ahora estamos ciegos con el día.

Y en un estar contigo para siempre
pudimos ocupar sólo un latido.
Como enseñan las cosas en el mundo
debajo del dolor estaba el trigo.

Ya veo en otro labios mi sonrisa.
Hace ya cinco espigas que te quiero.
Tu nombre llevarán todas las horas.
Mi corazón está siempre creciendo.

Por aquella que fue nuestra primera
querida soledad, me brindo entero.

Cuentos de Valle Vicioso

Dedicatoria

'Y para quién, sino para vos, mi pueblo mágico'.

A mi entrañable pueblo natal, San Blas de los Sauces, en otros tiempos Valle Vicioso, pero siempre mi pueblo mágico, dedico esta obra como testimonio de mi profundo y eterno amor por su total geografía, su historia y, sobre todo, su simple mitología. Como reconocimiento de todo lo que me ha dado y llevo a través del mundo y de la vida. Soy el hijo que viene a devolverle en pobre pago, con todo su pulso, con toda su sangre, ardido de amor hasta los tuétanos, el agua, el aire y la tierra que ha mamado en sus frutas, su vino y sus vientos, en aquella infancia callejera, matadora de pájaros, en siestas de ya inolvidables callejones. Y porque sé que también así lo quiere mi padre, que ha labrado sus acequias. Y mi madre, que todavía se desvela a la sombra de sus noches innominadas. Así sea.

LA CENIZA DE DIOS

Estábamos justamente de función. Era el día de nuestro Santo. Teníamos ya todo el clima encima. El verano había llegado como rompiendo los coyuyos. Cojudo. Comenzaba recién a soltar el hervor. Yo cuento así, como usted oye. Porque yo no he tenido colegio y no he salido nunca adonde hay gente. Y ni falta que me hace. En una palabra: yo me he criado entre los sunchos.

La misa había comenzado como a eso de las once. Solalto. Y serían cerca de las doce cuando el Santo salió a la procesión. Iba acompañado de todita la gente del pantano y sus vecindades, con aquella abundancia de creencia que había entonces. Y nosotros hechos una halajura luciendo las mejores pilchas, por consiguiente. Como todos los años el Santo iba dando la vuelta a la sacha placita, dando a todos su bendición.

Y había en el pueblo un hombre descaminado. Andaría ya a la altura de los sesenta. Y muy conocido por su afición al trago. Y tan de malas propiedades que solían decir que si lo picaba una víbora, capaz que se moría la víbora, nomás.

- Ando componiendo el cuerpo- decía cuando se declaraba en chupandina. Y aquel día se había chumado temprano nomás en el boliche de los Guananzas. Y estaba tirado largo a largo en el camino por donde iba a pasar la procesión. Como si perdido por la bebida lo hubiera hecho adrede. Hubo que parar la procesión y hacerlo a un lado. Entre dos o tres se adelantaron para llevarlo a un costado. Y esta falta de respeto lo puso al padre cura fiero de la cabeza. Entonces tuvo que obra y maldecirlo.

Lo excomulgó con una voz que movía al miedo. Lo menos que le dijo fue que se iba a ver en la última ruina. La gente lo escuchó con el «Jesús» en la boca. Quedamos en sí del susto. Porque nunca lo habíamos visto tan enojado al padre cura.

Y de ahí comenzó a desfigurarse el pueblo. Ha empezado a soplar viento y más viento y más y más, hasta que la gente ha comenzado a aburrirse. De tal manera que ha comenzado a salir, a irse para Machigasta, para Aimogasta, para Los Sauces, y hasta para el otro río. Ya no era vida, sino remolinos, ventarrones, soplidos de todos lados. Y la gente tuvo que abandonar el pueblo. Se fueron poco a poco. Algunos hasta quitándose el camino. Y el pueblo se fue nomás secando para el lado de Andalgala. Al principio fue sólo por donde alcanzaba lo que anduvo el maldecido. Luego por donde éste tiraba la vista iban secándose las plantas. Pero la gente le echaba siempre la culpa al cura. Que era él el autor de esta desdicha porque había procedido de tal manera. Hasta que se quedó sin el pueblo. Con la iglesia sola. Como quien dice: con el hacha y sin el palo. Los algarrobos no soltaban el lloro ni para las primaveras más reventonas. A mí me cayó la promesa de un majuelito aquí en Los Sauces, que hace cuanta se llamaba Valle Vicioso. Y me vine.

Han pasado de esto ya tantos almanaques que ni siquiera me acuerdo las fechas. Y hoy esa tierra del Pantano, si Usted la ve, no sabe ni siquiera un árbol.

Es un pueblo que ha quedado como la ceniza de Dios.

MANDINGA, EL CONDENADO

En una de esas vueltas, la última de tanto ir y venir mudando, los últimos tiestitos ya del Pantano para Valle Vicioso, se nos dio por entrar hasta cerquita de Tuscamayo. A cargar algo de leña porque el carro venía liviano. ¡Y allá hay tanta leña seca! Sin advertencia se nos hizo tarde. Cuando cumplimos la carga y arrancamos de Tuscamayo ya estaba oscureciendo. Y es claro, al paso de las mulas pronto nos tapó la noche. A lo que Ud. tiene que agregar lo desmejorado que estaba entonces el desvío. Que de por sí ya es largo.

Cuando íbamos pasando frente mismo del Pabellón, oímos cantar unos gallos para el lado del cerro. Primero lejos, luego hacia las cumbres. Como Ud. ve allá el cerro tiene como una frente de piedra. Y todos, oigale bien Ud., toditos oímos cantar esos gallos. Y luego se fueron lejos, bien lejos. Pero al comienzo los oímos en derecera de donde estaba la mina. Porque cuentan que ahí supo haber, hace cuanta, una mina de oro. Y que un día la abandonaron sin más y nunca la han vuelto a encontrar. Y eso que han ido muchos a buscarla. Hasta ingenieros han ido. Otros con la idea de encontrar herramientas. Pero nada. Lo cierto es que la tal mina ha existido y existe. A veces suele oírse eso sí de cerca, entrándole a la quebrada, ruidos de herramientas y trajinar de gente que golpea piedras, hierros y qué se yo cuántas cosas, como si, fielmente, trabajase un montón de mineros allí. Y yo le doy fe de que allí no vive nadie ya, desde que tengo uso de razón. No falta quien cuente

que si uno se arrima de día puede verse a la distancia un caserío de palacetes blancos, de techos rojizos, rodeados de álamos bien altos. Pero a medida que uno se va acercando se van achicando, achicando, hasta que se los deja de ver. Antojos de la gente tal vez. Pero, hombre, ya me estoy saliendo de la huella de lo que quería contarle. Esto ocurrió esa noche que, como le decía, traíamos los últimos tiestitos para Valle Vicioso. Y fue cerca precisamente de la Punta, en esa parte del camino en que la huella se emborracha en quencos. Colija Ud. que a causa de la cercanía del lugar con el Pabellón yo me he puesto a desvariar con esos decires de la mina. Cerca de la encrucijada con el camino nacional nos demoramos en comer unas sardinas con tortilla, con el conque de hacer descansar un poco las mulas.

Nos quitábamos en ponderar la tranquilidad del lugar.

- ¡Tan silencio que está el viento!- había dicho una de las mujeres. Cuando en esos oímos el llanto de una criatura, chicualona nomás. ¡Era un llanto de penetrante! Lastimaba, no sé dónde, pero lastimaba. Y más que todo a uno le hacía como un 'chúmale' adentro, empujándolo para ir a curiosear. Y entonces, Jerónimo, que ya estaba medio punteado porque había venido dándole al trago desde que salimos del Pantano, no pudo sujetarse y se fue a ver lo que pasaba. Al ratito nomás ya sentimos los gritos, protestas, gemidos e insultos de Jerónimo.

- ¡Dejame, carajo!- decía entre sofocones, como si luchara con alguien. Corrimos en su ayuda, y entonces lo vimos salir de entre los montes hecho un Cristo. Y se le llevaba apacos disparando hacia nosotros. Llenos de arañazos en la cara, con la ropa en hilachas y con la macha ya pasada. Querían salirle los ojos.

- Me ha querido ramiar mandinga, carajo. -alcanzó decir mientras las mujeres le daban agua diciendo por lo bajo un «Dios nos mire en santa piedad».

- Nosotros te hemos insistido en que no te fueras.

- Pero vos sos más porfiado que macho tuerto, carajo.

- ¡Hecho el carnero de buena lana!

- ¡Hombre, y cómo es ese condenado!

Al montón de retos Jerónimo sólo contestó al último reclamo: -Petizo y ancho como botija. Pero fortacho... como él solo. Y con unas uñas... como de león. Entrecortado por el susto siguió:

- No te deja respiro alguno. Hay que rezar un padre nuestro, santiguarse y nombrar al Señor... para que se espante un poco.

Todavía hoy suele oírse ese llanto en ciertas noches, a la altura de Alpasinche. Como dicen que en las encrucijadas el diablo está repartiendo los pecados del mundo.

- He encontrado un hallar sin buscar- concluyó Jerónimo.

EL MALOGRADITO

Me lo contó el propio padre, Leoncio Zanagua, un día que llegué a su casa a dar cumplimiento a mi promesa del día anterior.

- Mañana voy a hacer un lugarcito para caerle las maderas- le había dicho acordándome de los rodrigones que me prestará en ocasión de levantar unos parrones de la viña del Bajo. Y vino a cuento porque al llegar me salió un cumplido viendo sus dos hijitos que jugaban.

- ¡Tan churitos los niños! Lástima que parecen muy arisquitos.

- No es para menos -gangozeó Zanagua-. Ya estamos medio acobardados. Hasta ellos, los pobrecitos.

Y entonces me contó, seguramente porque la mujer estaba ausente. De esto hacía ya más de un par de años. Su mujer andaba de encargo de pocos meses. Como el diablo nunca duerme, un día caído de la mala suerte amaneció enfermo el más chico, en el que la madre estaba mirándose. Ya estaba tamaño el niño, pero tenía un aire como perdido. En un tiempo había padecido de la paletilla, pero a la semana ya estaba buenito. Bastante mejoradito. Ahora volvía a caer, como si propiamente hubiera nacido picadito. Aunque la mujer parecía muy shullusca y era tan arriada, hizo sin embargo la diligencia de hacerlo ver. Lo llevó a doña Severa, que era tan mano para curar.

- Lo han ojeado- había dicho la Vacazur. Pero no dijo quién.

Y entonces comenzaron a capujar nombres. A la mujer se le puso que tenía que ser Don Ramón, el Medihora, que pasaba por frente de la casa todos los días mañana y tarde para su labranza. Leoncio no creía y en varias ocasiones le tenía dicho a su mujer.

- Pero si jamás le ha hecho un cariño a nadie. ¡Cómo va a ser él! Ni a los hijos de él los toca nunca, va a querer tocarlo al nuestro. Para ojear a una criatura hay que desear tocarlo y quedarse con las ganas. Y don Ramón se duerme todos los días castigándolos a los hijos de él. Pero a la mujer se le había puesto y andaba con la idea. Para peor comenzó a perseguirla el mal agüero de doña Bartolina que le había dicho una vez:

- Este chico no es para este mundo.

Y así vivía ya con el llanto parado. Con la preocupación de la enfermedad del chico. Como un mundo sin sol. Cada vez que pasaba don Ramón lo quería comer con los ojos. Y él, ignorante de todo se llevaba el odio de arriba nomás.

Un día tomaron lengua que había venido al pueblo un doctor. Como caído de los altos cielos. Y como por suerte se sujetó en el pueblo un par de días lo llevaron al niño una tarde. El médico les dijo que era el mal de chagas. La mujer seguía con la idea. Se le había puesto que Don Ramón lo había ojeado. Y un día se dijo -Conmigo no va a saltar la zanja-. Y se fue a esperarlo en la puerta del callejón, detrás de un chañar grande por donde el viejo tenía que volver. Lo había visto pasar hacia el Tubo arriando la tamberita chorreada, el torito durazno y llevando de tiro al rosillo nevado. Ni siquiera se comidió en avisarle que el agua se había levantado el viernes. Era la siesta, flechaba el sol y brillaban los llipis. Todo ese santo día había pasado el diablo en los remolinos. Cuando lo vio venir le salió al encuentro y sin decir agua va le echó en cara la enfermedad

del chico. No en balde se había cargado los nudos esperando la ocasión. Pero don Ramón estaba al grito para teparle la boca. Se gritaron incendios.

- Que va de vaca a sillón -había contestado don Ramón, con su voz aflautada-. Lo que pasa es que no saben cuidar los hijos. Esa es la madre del cordero. Ya se van a convencer solos. Cuando se les canse el diablo.

La mujer se enalteró demasiado. El calor. La discusión. Se le pusieron unas ganas de llorar, un hipo y cuando volvió a la casa cayó a la cama. Y esa misma noche lo perdió al chico que llevaba en el vientre. Desde entonces en la casa se lo nombra como el Malogradito.

LA FROILA

¡Ella es que era de simpática! Esto me lo contaba el marido mío. Él la había conocido cuando era joven. Muy simpática ella. ¡Y de una amabilidad de persona! Y apreciada. Otra cosa: que era distinguida porque era sociable. Y en toda clase de conversaciones. ¡Y entonces ella era tan atenta! Y única hija mujer de los padres. La madre que se llamaba Natividad Baigorri. Y el padre que se llamaba... Mercedes, Mercedes Contreras. Y la tenía tan... Como era la única hija.

Ella adquirió una enfermedad. De la noche a la mañana que andaba en un... -esto me lo contó ella- Y la madre. Yo no sé por otras vecinas la verdad. Por otros no. Por los mismos padres, por la madre doña Natividad. Ella me contó. Y por ella misma... Que había tenido un disgusto con una señora vecina de aquí. Cerca de las casas era.

Que le dijo:

- Vas a ver lo que te va a pasar- Que le dijo.

Ella no creyó. Siguió y siguió en bromas. Y es que había sido un baile en la casa de ella. Es que era su cumpleaños. El cumpleaños de ella. Y que le habían llevado una torta de regalo y un ramo de flores. Y en la noche que le dice:

- Mama, tengo un escozor en la nariz.

- ¿Y que será?

- No sé quién me mandó unas flores. Y parece que en las flores había un no sé qué y cuando he tomado el olor me ha picado la nariz.

Entonces que le dice ella:

- Ponete salmuera.

Así al siguiente día que le volvió otra vez a seguir como un hormigamiento en la nariz. Y le siguió con eso nomás. Y entre los vecinos le daban recetas. Como así sucede, a la vuelta del vecindario. Y siguió así nomás grave. Entonces tomaron la noticia que había un médico en Chumbicha. Por esos puestos de ahí. La había llevado el padre. Cuando la llevó ya iba grave. Que se le hinchó la nariz, la cara. Y cuando ha vuelto ya que le han dicho que tenía un grano... de esos ofensivos, picantes. Y se curaba otra vez. Y la han vuelto a llevar a Tinogasta, a Copacabana. Por ahí la ha tenido el padre. Y la volvió ya más grave. Ya le había ido a la pierna el escozor. Y se le ha llegado a llagar toda la pierna. Esa tenía corta. Esa, Dios me libre, ¿ve? por aquí, ¿ve? la llaga.

Se le ha quedado el pie así, ¿ve? Así que ella caminaba el pie así, ¿ve? Con la punta del pie pisaba. Porque tenía encogido. Todo esto tenía cicatrizado. Era la llaga que ella tenía. Y el brazo. Y la cara tenía bien deformada. No tenía nada, nada que podía ser de un cristiano. Porque toda la cara era cicatriz. Todo como si no tuviera carne. Así que tenía pegadito, así, la pobrecita. Pero los ojos... los dos tenía: estos párpados dados vuelta para un lado, el otro para el otro lado. Y así los tenía. Igual la nariz. Nada de nariz. Nada. Ni huesito. Nada le había quedado de la nariz. Y la boca igual, el labio de arriba, de abajo, todo no era nada. Así que por ello tenía tapada la cara, así. Y con un ojo veía poco. Y con el otro, vea, tenía un montón de carne. Yo le curioseaba. Eso sí, le curioseaba la vista. Que parecía que no veía.

- ¿Qué no veis, Froila?- le decía.

- No veo bien, si con uno veo, pero...

Y así el otro tenía como una pelota de carne, así, para afuera. Pero seco no lo tenía al ojo, sino tenía abultado. Y el otro igual lleno de una carnaza. Y ese decía ella que no veía. Pero para mí ver que tenía como hecha la adivinanza que estaba por hacer. Mire, para tocar alguna cosa, ella no miraba. Una vez una vecina me dice:

- ¡Qué lindo tu vestido!

Y cuando se ha ido me dice:

- ¿De qué color es tu vestido?

- ¿Qué no veis?

- No lo veo -dice- No veo.

No veía, ¿ve? No conocía nada de carne, pobrecita, en los labios. Y había muchos vecinos que en ocasiones llegaban a la casa y así los invitaban a tomar mate. Lo primero que uno hace, claro. Y ellos no querían. A mí me dolía eso. Mi gusto era hacerlo con ella todos los días. Ese era mi gusto. Porque, sabe, me dolía a mí hacerle ese desaire a ella. O no invitarle el mate, como había gente que lo hacía. Pero a mí no me importaba. Ella sabía la confianza que había. Como tenía el labio enfermo, para cubrirse se bajaba el velito. ¿Sabe por qué? Porque le faltaba el labio. Y así se casó, enferma... Se casó con un ciego. El ciego solía decir:

No ha habido carita más linda que la de la Froila.

SEVERA VACAZUR

Frente a doña Severa Vacazur, toruna, sottoconuda y mal engestada como su nombre, me volvieron los miedos. Había salido yo de las casas bien entradito el día. Por la lejura. Porque los días estaban muy quemados y no tenía para moverme nada más que este caballo de mala muerte. Ya hacía cuenta que mi cuñado me había entregado a Tata Vinqui y la mujer había hecho exclamaciones a la Virgen de Andacolla y hasta me había hecho tomar gracias. Pero yo no les hacía juicio. Iban ya para los cuatro meses y nada de mejoría. El curandero que le decían el Manos de Oro me había dicho: «Te ha desconocido la fruta». La mujer había sentido decir a la gente algo así como daño pero a nadie le salía la conversación como para aclarar algo la cosa.

Habíamos ya castigado la puerta con pichanas para que dejaran de llamar por las noches (según a mí me parecía, aunque la mujer aseguraba que ella no oía nada). Esta vez no había podido pegar los ojos en todita la santa noche y entonces la mujer aprovechó para terminar de convencerme. Tenía que hacerme ver nomás con doña Severa. Era muy uva amarga, está bien, pero mal que mal algo entendía. Ya ve como lo ha levantado a don Sixto después que los doctores lo habían dijuntado. Y también con aquel vecino que en todo Valle Vicioso oía de Taco. A más cobraba barato. Cien y algo. Otra cosa: la mujer se quejaba -y con razón- porque ella repechaba sola todos los afanes de la casa. Desde que Dios echaba sus

luces. Varias ocasiones la oí quejarse. «En la mañana soy mujer. Pero en la tarde no valgo un sorete. Y tengo que hacer pie, pudiendo y sin poder». La Sofía, la criadita que siempre fue el ay Jesús y -para qué decir- los pies y las manos de la mujer y de la casa, se había ido para el territorio con los enganches. Y con el adiós en el bolsillo. Así que, poniéndome la ropita que dejaba sólo para cuando truene fuerte, había ensillado el caballo con el chapado de sogas largas y me largué para el Bolsón de Yacunta.

Apenas me vio llegar ya me sobaquió con un «Yo lo hacía en el Norte».

- Nada, mama Severa. Se me dio por enfermarme y los males no me dejan resuello.

- Ah, mi hijo, la vida es un engaño.

- ¿Por qué, mama Severa?

- Porque es chiquita y somos moridores.

Me hizo pasar a un cuarto que parecía estar más hondo que el resto de la casa. Se respiraba una humedad media rara. Me hizo sentar en un sillón de tientos y me preguntó qué me andaba pasando, que no había ojos para verme. Y yo después de confesarle que andaba, en rigor, tope que no se junte, le razoné todo acerca de esas ausencias repentinas que me atacaban, que algunas noches me recordaba asustado, que por temporadas me pasaba y que al final ya no era vida la que llevaba. Doña Severa no me quitaba los ojos de encima, pero yo los sufría. Me examinaba callada el pulso, el padrón, la vista y entonces pude verla de cerca con prolijidad. Un moreno lento se enterraba en su piel. Estando al decir de los más viejos del pueblo había llegado hacía años de los altos de Belén. Pero era todo lo que se sabía de ella. Y que tenía mente para curar. Yo no veía las horas de desobligarme y le pedí al cabo que me

sacara los demonios de adentro. Entonces me hizo probar lo de uva amarga.

- Las malas lenguas dicen que haz quitado propiedades a dura y blanda cancha.

- Ocurrencia de la gente.- Y agregué para demostrar esa falsedad que si fuera cierto no andaría tan mal montado y ni qué decir de nuestro pasar, comiendo todos los días «viernes y sábado».

- ¿Quiere decir que las propiedades se han hecho noche? Y yo que te tenía por enhacendado.

- Mire quien. Los años hacen lo que quieren con uno.

Al fin me levantó la pierna derecha, me hizo descalzar y mirándome fijamente al talón me dijo:

- ¡Uf! Ya te han pillado.

- ¿Quién?

- En el rastro.

- ¿Quién?

- Ya se te va a cruzar una vuelta.

- ¿Quién, doña?

- La primera mujer que vaya mañana a tu casa.

Al día siguiente aguardé con ansia y rabia. A cada rato me decía: «Ya ha de estar al llegar». Y la que apareció primero fue mi madre.

EL SILBIDO

Al parecer mi padre venía de Salicas. Dónde estaría nunca lo supe.

- Yo he sabido que venía de La Banda. Que había ido al nacimiento del Niño, a la casa de doña Corazón Andrada. Ahí es que habían preparado un pesebre. Porque esto fue para Navidad.

- Es que venía tomado, el pobre. Venía solo y a caballo.

- En la bajada, desde que ha caído al río, lo ha comenzado a acompañar un silbido, todo el camino hasta que ha salido a la calle y lo ha seguido acompañando para abajo.

- Para mí que ha sido a la altura del arroyo de Fimango que ha comenzado a escuchar el silbido. Que iba como si siguiera la corriente del río, para abajo. No se sabe si era por el río o si era por los rastrojos esos. Y lo seguía y lo seguía nomás el silbido. Se paraba y el silbido se acababa. Empezaba a caminar y empezaba el silbido otra vez. No era un silbido así, de una sola vuelta, sino que se cortaba.

- Cuando ha ido a entrar ya por el callejón que entra a casa se le ha puesto otra vez el silbido al lado.

- No, en la puerta del callejón el silbido se le puso adelante. Apenas había pasado la casa de doña Guada ya había sentido el silbido muy cerca de él. Entonces ¡qué le ha dado tanto miedo!

- Y el cobarde que se ha vuelto y ha llegado a ese ranchito viejo donde vivía don Juan Cancio, porque ahí lo tenía de amigo

a Rogelio.

- Y los ha despertado y les ha dicho que le presten a Rogelio para que lo acompañe porque del miedo no iba a tener fuerzas para llegar. Entonces se han venido los dos. Y siguió el silbido. Iba al costado, como si fuera acompañándolos. Y el silbido ha pasado de largo para el lado del río y él ha llegado a la casa, con el muchacho, con Rogelio, que era jovencito.

- Y en la casa le había hecho una cama al lado, en el suelo. Yo no he sentido nada, nada. Mire, Dios me habrá sabido tener lástima y me ha mirado en santa piedad. Al otro día cuando me despierto lo miro a Rogelio acostado a un lado y le digo a Alberto: «Che, miralo a Rogelio» y dice él: «Si yo lo he pedido anoche». ¿Y para qué? Entonces me ha contado. Yo no había sabido.

Y le digo: «Andate andando nomás todas las noches como andás y dejame sola. El diablo te va a llevar».

Y -dicen que por primera vez en su vida había dejado la ropa así, hecha un montón. Siempre había tenido la precaución de ponerla bien acomodada en el respaldo de la cama. Esa ha sido su última borrachera. Desde entonces ya ha empezado enfermo. Hasta que ha fallecido sin tener levante alguno.

- Para peor había estado tomando grapa, y siempre tiente al diablo, no como el vino que es sagrado. Decían que por ahí, por donde ha comenzado a acompañarlo el silbido la habían bajado a la finada Benicia. Que la habían bajado en el camino, ahí, cuando no tenían que asentar el cuerpo en tierra. Y debía haber sido ella, el alma en pena la que silbaba.

LO QUE ES EL DESTINO, NO!

El chico salió a pillar quirquinchos, a quirquinchar, como se dice, y a pillar esos conejos grandes como liebres, que salen en el campo. Se habían juntado siete muchachos: Manuel Córdoba, El Leco, Lalo, Froilán Díaz y tres más, que eran este chico, el Torito como le decíamos, Cristóbal -que ha fallecido- y Alfredo. Y han salido tempranito los muchachitos. Comieron nomás y salieron. Y habían ido hasta aquí cerca nomás y han cruzado de la finquita nuestra para el río, en un campito que es monte y el chico se había parado. Como ser en esa pampita. Y los muchachos se han entrado al bosque y el chico estaba parado ahí y miraba para el lado de don José Ángel. Y entonces que ve un hombrecito. Que lo vio así, peticito nomás. Y el Torito que miraba, miraba, coligiendo que era él, don José Ángel. Pero no lo columbraba muy bien. Y el chico tenía un perro, que lo miraba a la cara y parece que el perro esperaba que él lo animara. Y el chico no lo animó. Y cuando han salido los muchachos del medio del monte, entonces que dice el Leco: ¡Velo al Diablo!

Y han tomado disparando. No han visto cerco, no han visto nada, alambrados, nada. Han ido y han parado en esa cancha, ahí del Leco para el otro lado, en ese potrero. Y la luna estaba como de día.

Y el chico ha llegado a casa. En casa no había luz, ¡cómo la luna estaba tan linda! Nosotros ya nos habíamos acostado. Y es que había sido un baile en Salicas. Y el chico me dice:

- Ay, mama, por qué no se habíamos ido para Salicas. Oiga el baile de lindo que se siente. Nos hemos ido a quirquinchar y nos ha corrido el diablo.

Bueno, nosotros no le hicimos juicio. Nada. Nada. Como si tal cosa. Y el chico empezó a ir a menos, a menos, a menos. Y cuando hemos querido hacerlo curar ya el chico no tenía vuelta. Ya estaba sin sombra en el corazón. Ya estaba mal, no había caso. Caminaba, conversaba, pero al último ya se había dado cuenta que no tenía vida. Los médicos lo curaban por diabetes, con un curandero de Tinogasta que han hecho traer -muy buen médico- dos veces lo hizo ver Domingo. Y le dijo que era susto. Pero no le hizo nada.

Parece que lo curaba como en secreto así. No le dio ningún remedio el hombre ese. Un tal Bestani. Otra señora lo curaba como curan el aire, así con remedios caseros, con sahumos, llamándolo del nombre. Pero no había remedio que le haga bien al chico. Nada. Así ha durado un año y cuatro meses. Se fue secando, secando hasta quedar sequito. Lo que se dijo sequito. Iba a cumplir los quince años, fíjese. Le faltaban tres meses. Ha muerto en agosto y él iba a cumplirlos en octubre. Pero el perro ha muerto primero que él. El perro se secó lo mismo. Y era muy bueno el perro, muy compañero, muy cuidador.

Así me lo supo contar doña Justina.

Pero todo el vecindario del Chañaral cuenta que los muchachos habían salido a quirquinchar para el lado de las Torrecitas, adonde sabían asustar. Y que les había salido una sombra, grande. Que el chico que le decían el Torito se quedó enredado en el cerco y el perrito, un cuzquito de esos caseros, se había quedado junto al chico hasta que la sombra los ha tapado a los dos. Por eso se secaron los dos. Y otro de los mu-

chachitos que había llegado a la casa, que estaba la luz prendida y que había reventado en sangre. El Lalo. Pero que sea verdad, no sé. Así han dicho.

LA CARCAJADA

Hacía ya varias noches que la carcajada merodeaba por el cielo de la casa. El miedo se agazapa a las doce de la obscuridad y a las doce la noche lo aprendía de sus perros. Toda la noche se metía en las doce.

Al día siguiente las conjeturas soltaban sus dientes: que la comadre Tal quería hacernos mal... Que a doña Rufinita le habían visto más honda la arruga de su garganta por donde se desprendía de su cuerpo durante la noche... Que había que chupar sal para espantarla... Que con la alpargata de un Juan se podía atraparla.

A lo largo del día que se me había aleccionado cuidando todos los detalles. Debía explotar el sortilegio de mi nombre para atrapar a la bruja. Acaban de cerrarse los coyuyos del lado del verano cuando las camas fueron tendidas, como de costumbre, en el ancho patio. La mía cerca de la de mis padres para vigilarme y cubrirme el miedo. Me acosté casi vestido, con un montón de duendes adentro de mis diez años. Alrededor de las once comencé a contar y calcular el tiempo. Medía la espera y los ojos escondidos de la noche. Era el tiempo sin tiempo. Pero las doce habían pasado ya sin novedad y comenzaba a doblegarme el sueño cuando un rumor de alas estremeció nuestra espera. Y la carcajada estalló su burla en las alturas. Con brazo raudo tomé una de mis alpargatas y la arrojé hacia la noche. Y la alpargata cayó de vuelta con la carcajada adentro. Cuando mi madre corrió hacia el lugar vimos salir de

la alpargata una gallina negra que cloqueaba nerviosamente. Mi madre la tomó con decisión y, sin vacilar, la llevó por las alas hacia la cocina y la arrastró por el rescoldo y la maldijo y la golpeó contra el suelo y la arrastró de nuevo hasta quemarla y... la soltó. Dejando un penetrante tufo de plumas requemadas el animal se perdió entre las chilcas y la noche, aleteando despavorido.

A los primeros párpados del alba ya se corrió la noticia.

Doña Rufinita había amanecido enferma. Nadie la había visto. Pero todos aseguraban que la curandera del lado la atendía de graves quemaduras.

EL CONDENADO

Ibamos llegando al infierno. Cuando avistamos el primer abra con sólo la mirada convinimos en descansar. Todavía claro. La marcha había pisado varias horas y el cuerpo pedía tregua. Teníamos todavía una noche de camino por delante. Desensillamos y cada cual ató su cabalgadura con lazos para que pudieran aprovechar algún yerbasal o lechetres. Junté leñas y chamizas y encendí el fuego para asar la carne. Mi compañero se había sentado en su montura, silencioso y extraño. Ya lo venía desconociendo por el camino. Se mostraba caviloso y cada vez nos separaba más un silencio inexplicable. A sus palabras les faltaba el aire. Me dejaba lidiar con las cosas mirándome como con impotencia.

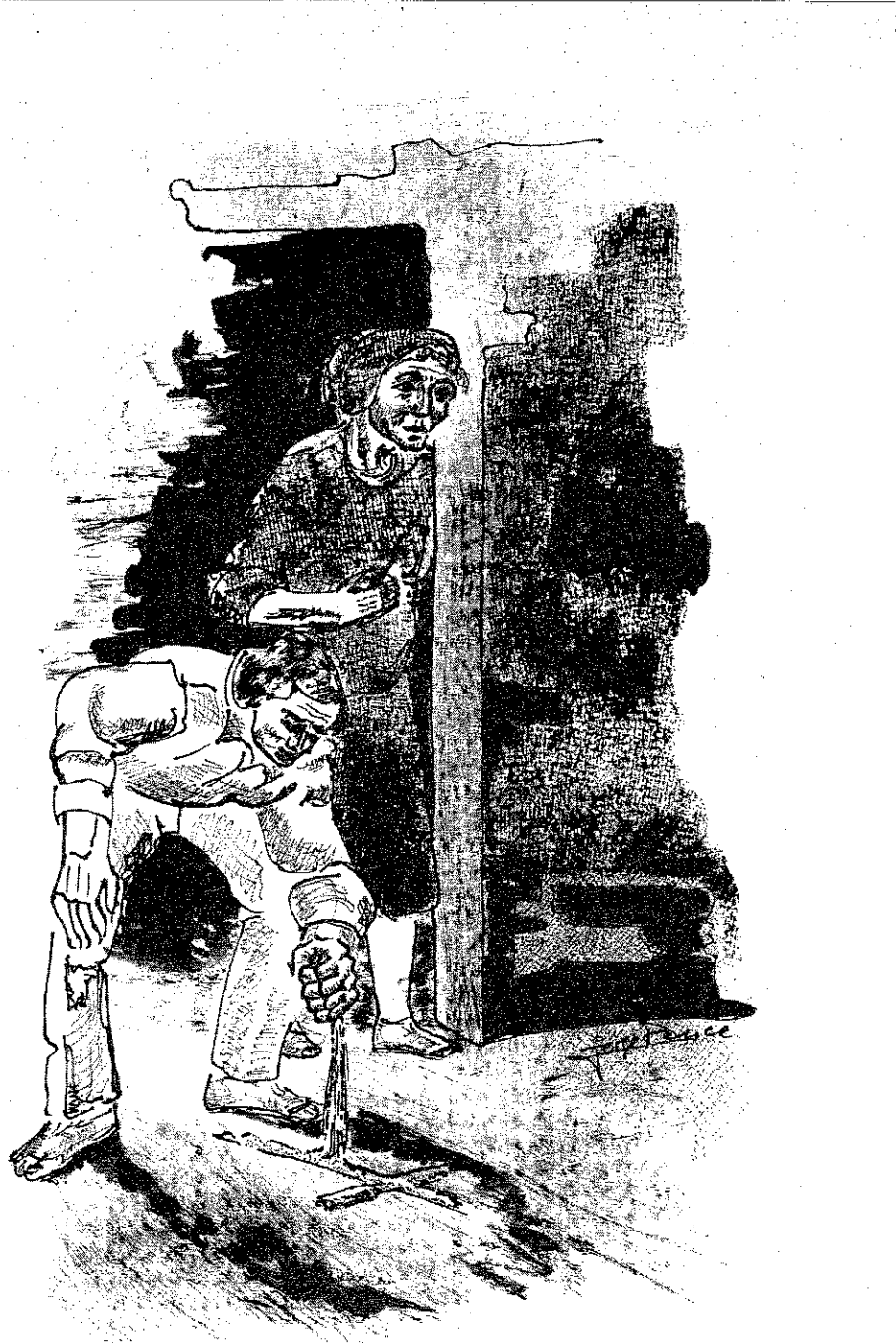
Cuando el asado estuvo a punto lo invité a acercarse. Entonces advertí con asombro, luego con espanto, que mi compañero comía con desesperación. Tragaba -o mejor, engullía- los pedazos de carne sin masticar. Después de cada bocado lo atacaba un hipo convulsivo. Sólo comía carne. Invitarlo a comer pan fue la única salida para mí, no sabía qué hacer. Sin contestarme me seguía mirando, ahora como con rencor. Su rostro pareció más oscuro, como si se lo hubieran lavado en la noche. Mientras los ojos querían salirseles desorbitados, algo se le quedaba adentro. El hombre estaba como cayéndose en sí mismo. O mejor, un pozo caía en el hombre. Y el hombre caía en un pozo y un pozo en el hombre... y así se iba, se iba adentro, se hundía, hasta que el hombre quedó ido.

Advertía que también trataba de estar lejos del fuego y se estremecía cuando salaba mi bocado o levantaba un pedazo de pan. Era evidente que estaba condenado. Los elementos sagrados lo espantaban. Volví a observarlo. La voz se le volvía sin salirle y el espanto le amontonaba los ojos. Y como vi que la porción de carne se agotaba y que los animales comenzaban a espantarse queriendo cortar los lazos, me aparté con disimulo, y de pronto, con rápido golpe de cuchillo corté los lazos, monté de un salto y escapé a toda carrera.

Sólo recuerdo un grito bronco desde la otra orilla de su silencio. Un grito diferente, un grito que era la mitad de un animal.

Al día siguiente volvimos a buscarlo. Lo encontramos tendido, sin vida. Las huellas decían que se había arrastrado sobre los últimos restos de su montura. Caronas, frenos, cincha, montura, todo lo que fuera de carne se lo había devorado.

La carne se había comido al hombre.



UNA Y POR LAS CRUCES

Era un tiempo de llamas. Un verano sin corazón. Mejor dicho, un verano con demasiado corazón puesto que parecía hecho de puro sol. Era diciembre ocurriendo entre los pájaros y parullando las hojas de los árboles. Los días salían sin sombrero y propiamente descalzos. La sed podía verse. Los hombres averiguaban el horizonte a cada rato. Eran kilos de esperanza salieron a comprar alturas. Y el agua estaba cerrada. Al fin, por la tarde de un domingo -lo recuerdo bien: era domingo y yo era un metro de alegría- sacó la cabeza una tormenta. Desde el mediodía se había ido colando trecho a trecho del cielo.

- Comienza el tiempo a vernos- chanceó Don Saturnino de pasada sacándole, sacándole, sacándole troncos a su renguera, de la viña a su rancho.

Por el lado de Pituil las nubes se caían en flecos turbios, oscuros como si el cielo quisiera arrastrarse por el suelo.

- Parece que va a llover- aventuró mi padre. Y en la distancia los relámpagos tajaban sus «z» en el horizonte pardo. Una dicha renaciente, contagiosa, compartida, se instaló juguetona en todos nosotros. Este día estaba hecho de muchos días. Sobre todo porque traías lluvias atrasadas. Fue entonces cuando escuchamos el fragor.

- ¡¡¡Es piedra!!!- dijo un reventón de sorpresas. Y en un abrir y cerrar de voces la esperanza pasó del desconcierto al miedo. La tormenta se venía. Caminaba más en el temor que en la

tolvanera de los campos. Ya estaba encima. Enloquecía el aire. Juntaba todas las bocas en un solo rezo. Al cielo se le escapaba un río. Pero de piedras. Era como si el mar volviera en el estruendo de la granizada. Era el ruido del tiempo todo en el último cielo de la tierra.

Entonces abuelita Dolores me dio la orden:

- El hijo mayor. Vamos. Vaya a hacer prontito las cruces de ceniza. Una y para las cruces, m' hijo. Y no se me olvide, con la cabeza para el lado de la piedra.

Corrí al fogón y con las manos temblorosas levanté dos puñados de ceniza y cumplí la ceremonia. Abuelita entonaba un canto monótono, bronco. Comenzaron a caer una que otra piedra. Cuando los chicos quisieron llevarse a la boca las primeras blancuras, abuelita ordenó: -Dejen eso. Es malo. ¿No ven que es el castigo de Dios? A tirarlas. Para el lado del cerro.

Así lo hicieron, porque por su boca hablaban muchos años. Entretanto la tormenta parecía vacilar un momento. Cayeron algunas piedras más, aisladas. Los truenos conversaban solos. Roncos. Torvos. -Nos espantan- fue la voz de las piedras.

Y empezó como una calma. Poco a poco el estruendo se fue lejos, el rezo quedó cerca.

Y la tormenta se fue, educando sus ruidos. Se fue nomás a traer la noche.

EL DEGOLLADITO

El día se había caído ya del cielo, rodando como una enorme naranja, cuando Gabriel movió la tropa con un silbido y un golpe de guardamonte. Los animales recomenzaron el camino lentamente, como si caminaran adentro de sus huellas. Cada tanto golpeaba el aire otro son de guardamonte y, a su zaga un silbido estiraba su vivir a lo largo, como el viento. Otro tanto un grito de Gabriel alzaba el nombre de un pelaje con intención de retrasarse y el grito se hacía voz en las piedras, rebotante.

Pisaban las primeras lomas de Los Pozuelos cuando el lucero abrió su ventana poniéndole un ojo al horizonte. Las retamas y algún algarrobo silencioso se vestían de sombra. Gabriel se dijo que bien pudo esta noche la luna salir a medir otra vez el cielo. Porque a su criterio todas las noches merecían una luna. Va, pero si basta con las estrellas. ¡Había tantas y estaban tan cerca!, por otra parte, a él le convenían algunas noches sin luna. Recordó a Eulalia. La tropa marchaba, marchaba.

El aire tibio de noviembre sólo alzaba el rumor atropellado de la hacienda. Si no hubiera sido por un grillo que quebraba sus vidrios en el silencio profundo de los campos y por el rumor de la marcha a la distancia, habrían podido oírse los pasos de la noche. Y la tropa marchaba. Alguna vez delante de ella un atajacaminos parecía dejarse aplastar ya por los animales y en el momento exacto quebraba un vuelo repentino y salva-

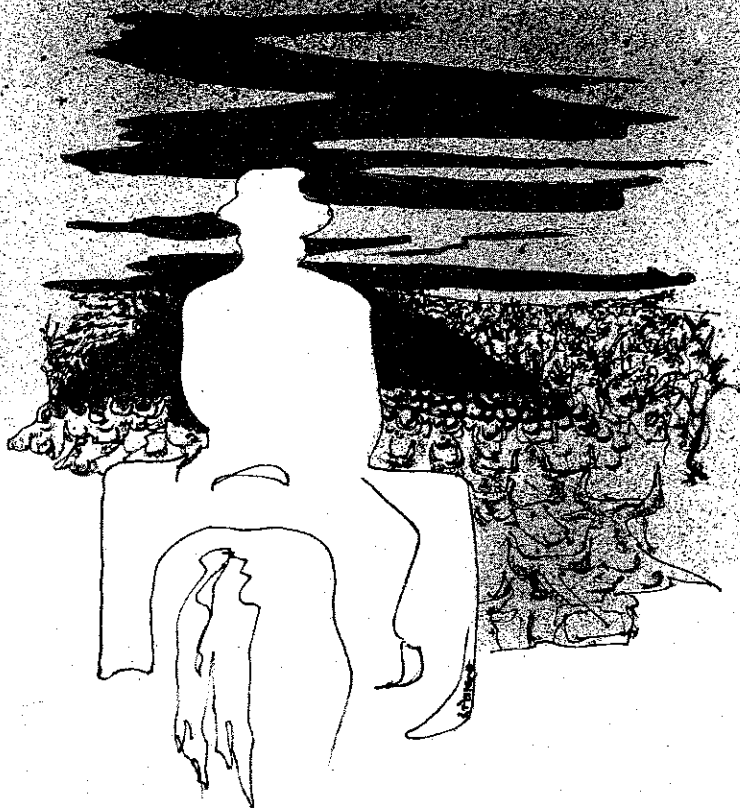
dor.

Gabriel era hombre poco ganoso de volver por los recuerdos; prefería orejear el futuro, entretejer proyectos. No era un sentimental. Hasta había osado a veces manejar su destino. Y eran proyectos los que ahora llamaban a la puerta de su corazón. Pensaba en el ocho de diciembre. Se casaría Venancio y se anunciaba un baile de proporciones. De fijo que estaría esa noche abrazando la guitarra. Y su voz, jugosa de uvas, cansada tal vez de tanto callar sobre las huellas, derrumbaría zambas sobre las cuerdas y amanecerían chacareras en sus dedos. ¡Ah, llevaría algunas canciones nuevas!

Ahora el camino bajaba a un arroyo. Volvió de sus cavilaciones y advirtió que estaba ya en El Degolladito. Al costado del camino una cruz levantaba su imploración. La sostenía un montón de piedras y a sus pies había dos tarros. Uno, listado de cebo, era para las velas. Otro, para las monedas. Allí los viajeros rendían su culto al alma del Degolladito, un viejo arriero asesinado hacía años en ese mismo sitio.

Gabriel desconocía el miedo. Tenía la estatura de su coraje. Además se reía de esos credos populares que se complacían en rastrear premoniciones. Pasaba ya de largo, sin el menor asomo de veneración, sin quitarse el sombrero ni menos santiarse, cuando su audacia quiso jugar una broma. Desmontó y con ademán resuelto tomó el tarro de las monedas y lo volcó en su bolsillo. Trepó a su cabalgadura y como para ostentar su desafío comenzó a silbar una baguala con altivez alconera. Un corto galope lo puso otra vez detrás de su tropa, que marchaba, marchaba.

El camino parecía alimentarse con el paso de las bestias. El cerro había quedado atrás, sosteniendo el horizonte con sus rocas sin sueño. Otra vez el paisaje crecía desde su alma. Pero



esta vez se volvió un poco a su pasado, a su vida más lunar que solar. Cae la ocasión de decirlo. Desde mozo anduvo por el mundo sin almohada y polvoriento. De pronto lo alertó una brusca espantada de los animales. Uno quiso salir hacia el monte. Gabriel apretó su arremetida y lo obligó a regresar al camino y al orden. Por el otro costado se apartó un segundo animal y Gabriel repitió la maniobra. Pero ahora se detuvieron dos, como queriendo volver. Gabriel golpeó el guardamonte y les gritó. Cuando aún no había resuelto la terquedad de los remisos, otros atropellaron por el campo y en opuestos sentidos. La hacienda se sublevaba. Su arrebato le soltó la lengua en un hideperra. Pero desde entonces todos sus esfuerzos fueron vanos. Como si alguien invisible los atajara, los animales arisqueaban a un costado, al otro, volvían, arremetían. Tomaban sin fruto los gritos de Gabriel, los golpes de guardamonte y los silbidos. Después de una hora estéril recordó de golpe el episodio del Degolladito y su leyenda. Sin vacilar giró su mula y tendió su carrera sobre el camino de regreso. El galope parecía apurar el latido de la tierra y de la noche. Su figura era la de un centauro agreste. Llegó hasta la cruz, devolvió las monedas, miró un instante la cruz -que entonces le pareció la forma pura del hombre con sus cuatro rumbos capitales- y volvió hacia su tropa abandonada. Esta siguió entonces la marcha mansa y sin tolveneras ni inquietudes.

Allí en el horizonte se sospecha el alba. Todo quiere ser aire sólo por no pesar. En el eco del silbido se besan las brisas de la madrugada.

LAS VOCES DE LAS VÍSPERAS

Subían ya las estrellas a la noche. Casi pasado ya el día celebrado y temido: quince de enero. Día de fiesta en el pueblo, pero un día en el que todos los años moría un hombre. El año pasado Don Salomón, víctima de un síncope; el año anterior Antenor Carrizo, cocido a puñaladas; antes Froilán Quinteros, volteado borracho por el caballo; más atrás en el tiempo, pero en ese mismo día el Negro Bulacios apretado por el ómnibus.

Este era el primer año, en el recuerdo de todos, que no se llevaba un hombre. Ninguno del grupo que conversaba quería creerlo porque el día antes la comadre Rosa había dicho:

- Mañana va a haber cuerpo.

Y Valoy había contado:

- Ya van tres noches, hombre, que la mula no nos deja dormir. Dele bufar como si viera algo. Anoche casi me corta los torzales.

- ¿Y los perros? -agregó Juancito- Se la pasan llorando todas las noches.

Y el más viejo del grupo anotició:

Hay que ver los pishcotapias como se juntan en la casa vieja de los eucaliptos.

Todas las noticias y comentarios se empeñaban en instalar la muerte en ese día que ya había perdido su nombre en la noche. La muerte maduraba en el aire.

De tantas premoniciones una sólo se constataba para mí: el aullido lastimero de los perros que, todas las noches, casi a

una misma hora comenzaban a llorar de modo tan sostenido y penetrante que los devolvía en mi memoria a su antigua condición de lobos.

Mi lado de muerte sentía ojos que venían de todos lados. Y siguiendo la línea del miedo, en esta atmósfera en que la muerte parecía rodear más de cerca a los vivos, mis veinte años salían de mi Libreta de Enrolamiento a conformarme. Los jóvenes estamos siempre más lejos de la muerte. Por ley los viejos mueren primero.

Era como si el tiempo pasara más lento. Por momentos parecía detenerse. Y yo como buscando siempre otro lugar. Y cuando todo caía al pie del sueño y al filo de las doce el grupo se disgregaba, todas las bocas se reunieron en un nombre: ¡¡Calixto!!

En una curva del camino, mientras regresaba en un camión atestado de gente, había sido despedido con violencia sobre una barranca. Entonces fue como si todas las cosas se hubieran detenido. Una vez más las noches habían hablado bien adelante.

- Hasta la vuelta, socio- me había dicho esa mañana, cuando pasaba para las Fiestas. Fueron sus últimas palabras de este lado de la vida.

LA CRECIENTE

Costeando el pecho del río el agua pasaba sus turbios toros enardecidos. Rafael aventuró, entre pregunta y sugerencia:

- ¿Lo bandiamos?

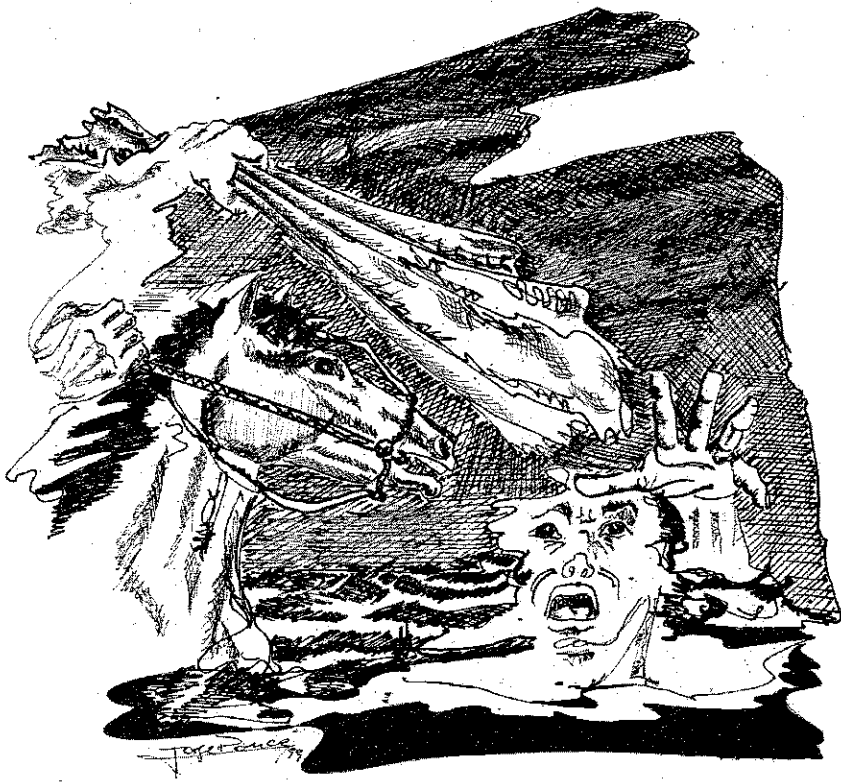
- Y... tantiamos suerte- convino Alejo.

- ¡Meta, hombre! -terció Bartolo, acomodándose en su yegüita color de «nublao lloviendo».

- Con mi moro los garanto- afirmó Alejo ostentando la corpulencia de su caballo.

Los tres jinetes entran apareados a la corriente, animando sus cabalgaduras. Ya en el centro del cruce el agua moja de lleno el vientre de los animales. De pronto, la yegüita de Bartolo se «sienta», asustada. Lo suficiente. Jinete y cabalgadura al agua. Confuso montón de hombre, olas y animal. Pero la yegüita, vaqueana, gana pronto la orilla, libre de jinete. Después de tres o cuatro tumbos Bartolo logra afirmarse. Está en medio de la torrentada. El agua le llega hasta la cintura. Sus compañeros lo miran desde la otra orilla esperando que por sus medios pueda zafarse de la situación. Pero Bartolo ha quedado en sí de la sorpresa. Se limita a sostenerse. Mira hacia delante y sólo ve en el horizonte una enorme serpiente de agua barrosa que se le viene encima, sin pausa y sin piedad. Mira hacia sus compañeros y los ve como a leguas de distancia. Procura avanzar. Todas sus fuerzas sin inútiles. La lucha es desigual. La corriente no se conforma con centrarle sus fuerzas en las piernas y la cintura; le va sacando la arena y cavándole el

sostén. Bartolo termina por ceder terreno. Retrocede uno, dos pasos. Sus amigos comienzan a preocuparse; advierten un riesgo mortal, que Bartolo ignora. Pocos metros atrás el agua se hecha brusca, boca abajo, en un remolino trágico. Allí la creciente se sumerge encrespada, con estruendo y con rabia, en un embudo de ramas, troncos y talas caídos. Reaparece más allá, loca, con una furia llena de espuma salvaje. Bartolo no siente miedo todavía. Es más bien como un atontamiento. Lo ensordece el rumor numeroso del agua. El río sigue viniendo. Es un agua de diez leguas de largo, con toda su fuerza elemental en cuesta abajo. La presión carga sobre la cintura. Y no cede. Quiere derribarlo, pero Bartolo se sostiene. En el estar de pie queda la vida. Algo como un escozor de raíces le sigue sorbiendo las arenas. Y vuelve a ceder terreno. Un temblor de impotencia lo cruza de repente como un relámpago en la sangre. Uno de los amigos se decide a prestar ayuda. Alejo entra al agua sobre su corpulento moro y con un cinto común en las manos procura acercarse para cuartearlo. El caballo se niega a arrimarse al hombre en peligro. Lo anima... y a escasos metros el cinturón no tiene cuando llegar a las manos de Bartolo. El moro retrocede con su jinete y sale a la orilla. Esfuerzo inútil. Ahora Bartolo experimenta un sacudón de rabia. Hasta entonces su confianza -o su esperanza- había sido más grande que su miedo. Ha perdido dos o tres pasos más, aunque sigue ignorando la muerte que se zambulle a sus espaldas. Mira desolado hacia las márgenes. Ve los álamos que entran en la tarde como en una despedida. Alejo repite el intento y el fracaso se repite. La suerte parece abandonarlos. El agua ciega hace retroceder más a Bartolo. Los colores traen ya la noche por el cielo del domingo. Bartolo quiere huir de todos los domingos. Una sed olvidada le seca la garganta. Un aire fresco le acaricia



la frente, sin ternura. «Ah, río traicionero». No en balde lo había soñado, de niño, en algún miedo. Pero ahora Alejo se dispone a un nuevo intento de ayuda.

Se acerca en su moro con el largo poncho belenista que siempre lo acompaña a cruzar las noches. Ya cerca, le alcanza una de las puntas. Bartolo se toma fuertemente de esa otra frágil espuma de cumbres y sale al fin hacia la vida.

- «De no hacerle caso, carajo»!

Y la obesa palabra se pierde en el estruendo del río.

Cuentos a dos voces

DOÑA CHUCRITA

Hacía apenas un tantito de tiempo que se había despedido de nosotros con un «Dios aumente sus bienes y merme sus necesidades». Agradecida por unas chucherías que le habíamos dado. Y entonces, la noticia nos cayó como balde de agua fría. Era increíble. Claro, andaba, como siempre sola su alma. 'Tan salida de todo' Y con ese su aire perdido. Cuchareando la pobre.

- Todo el día ando conmigo -era su decir- Porque el camino me lleva a mí -aumentaba con su voz de caña rajada- El camino no tiene puertas.

- Y pensar que cuando era joven y empujaban los carnavales -decían los viejos- solía andar con la vidala parada. Era guapa a morir. Contaba que no había querido casarse con el viudo Casiano porque estaba muy entrado en años. Y era muy puros hijos.

- Pero no vale la pena este saber para atrás- decía.

Ahora ya había gente que ni la veía ni la oía. Como si se fuera convirtiendo poco a poco en alma.

- Ya soy sólo un testigo -nos dijo un día. Ah, pero a mí la muerte me va a pillar parada.

Y ese momentito antes nos había contado:

- Ando enferma. Ya he tomado té de carqueja para corregir la sangre. Y nada.

He tomado té de ruda el 1º de agosto para curar los siete males y la planta se ha secado. Y nada. Ni qué decir del

palosanto para el hígado. Y nada. Parece que la muerte me anda tanteando. No ha de querer, Diosito.

Todo el mundo la estimaba. Salvo la Voschancona, que era la fatalidad caminando. Como para trasbocar. Vivía en El Cañón, como en un porongo. Por culpa de ella el Curca andaba con la idea. Que le había hecho mal.

- Más que tonto si lo cree- decían todos.

Pero el Curca insistía en que iba a acabar las lonjas en sus costillas. Quién lo diría.

La encontró Don Vicente, el hombre lindo y fiero, en el cuestabajo de La Banda, bajando para Arauquito, tendida con la cabeza hacia abajo.

Y a plena siesta. Que la había flechado el sol, dijeron algunos.

Para levantarle el alma le habían dado agua con tierra del lugar donde había caído. La culpa apuntaba para el lado de la Voschancona. Después salieron con que no era ella. A la noche empeoró. Y cuando comenzaron a llorar los perros, el dueño de casa dijo que ya estaba penando y que había que ponerle los pies para el lado del cementerio.

Al rato nomás se cortó. Los perros lloraban porque veían el ánima que andaría por las vecindades. 'Había andado tanto mundo'.

- «Mañana habrá que matar el perro -dijo el Huaica- para que acompañe al alma a cruzar la vía láctea.

ANIANO

Había un sufrimiento que tenía un hijo. Se llamaba Aniano. De una mujer vestida de regreso venía el más de lágrimas. Tenía escrita en la espalda la palabra futuro. Aniano pisaba con su piel la maldad de la tierra. Tenía un álamo en la voz. Y por adentro un león estaba enamorado de una Virgen desnuda. Por la noche bailaba con viudas blancas cuyos senos cantaban a coro las mañanas. Todo por comprender al dos. Y llegó a ser tan viejo que le dolía al tiempo.

Un día la aurora se levantó de los durazneros y como el verano anda siempre sin camisa uno se encuentra piel y abre los ojos con el día parado en los umbrales. Aniano se fue por un callejón con ala. Y encontró tres botellas parecidas. Y formaron dos silencios. Y el día se puso de doce y le tiraba con toda su fiebre. Como el corazón se cansa de ser un corazón empezó a viajar por las mil y tres noches sobre una paloma negra. Y había de pronto un corderito que conducía a la plaza. Y allá se fue a las fiestas mientras las cigarras leían el toro blanco.

Ahora hay que meter la sonrisa en un pañuelo. Los verbos van perdiendo sus tiempos y el canto hacha los árboles. Una refriega loca dispara plómos por los ocho espacios. Y una bala perdida quiere y puede que Aniano sea sólo un agujero. Y cuando faltan diez metros de tarde le dice: YO SOY TU MUERTE. El viento está pasando por el ojo de la aguja.

Se ruega sollozar sólo un instante.

LA CALAVERA

Ya habíamos vivido dos años de viento en Aimogasta. Ya no era vida. Estábamos ya por pegar la vuelta para Mendoza cuando Dios nos salió de frente y se proporcionó el arriendo de esta finca, aquí en Los Peñalozas. Según el patrón el hombre que la tenía antes era muy dejate estar. Y muy amigo que le den. La tenía en el mayor abandono. Nosotros comenzamos a trabajarla despacio. Como quien dice lento y seguro se llega siempre. Y sobre todo con la disposición de remendar nuestra suerte. Al principio el agua era muy poca y con una muyuna de agüita conseguimos hacer vivir las primeras plantitas de tomates. Y cosechamos bastantito. Pero como mucho no es todo tomamos al partir otras labranzas, unas vacas y algunas cabritas. Porque, como Ud. bien sabe, toda plata comienza por un peso. Y en ese primer año nomás volvió el precio de las cosechas.

En una de esas ocasiones en que Pío llevaba la haciendita a pastorearla en el río, para el lado de La Banda, encontró en la boca del callejón, donde cae al río, una calavera que la creciente última había destapado. A esa altura había un montón de cruces, unas cinco o seis, que al decir de los viejos eran de gente que habían degollado los montoneros. Porque, cuanta, en tiempo de las montoneras, la gente abandonaba las casas, se disparaba para el cerro llevando tortillas, avíos y otras menudencias. Otros se escondían en el monte hasta que pasaban las montoneras y la gente podía volver a sus ranchos. Al decir

de otros, las cruces eran de hombres que había degollado la soldadesca. Lo cierto es que el muchacho trajo una calavera para la casa, de puro travieso nomás. Vea, es poco lo que le cuento.

De noche no nos dejaban dormir los ruidos. Nos quitaban el sueño. Deshora la noche nos recordábamos asustados. Prendíamos el farol, buscábamos y nada. Una noche, me recuerdo y veo unas dos lucecitas así, como chispitas. Ahí, donde está la cama esa. Y le digo a la Rosario:

- ¿Qué son esas lucecitas que están ahí? -le digo.

Y se ha ido ella a verlas de cerca. Las raspaba así. No se apagaban.

Y dice:

- ¿Qué será?

Y hemos prendido otra luz más. Ya no parecían. Hemos apagado las luces de los faroles y ya estaban otra vez las dositas, así chiquititas, como fosforitos, como chispitas. Bueno, las hemos dejado. A la otra noche lo mismo. Nos recordaron los ruidos. Y cuando hemos mirado ya estaban otra vez las lucecitas esas. Ya más grandecitas. Prendíamos el farol y nada de lucecitas. Lo apagábamos y otra vez, más grandecitas. Pero ya una sola. Entonces he buscado el cuchillo y la he hecho apretar para ver al otro día que es lo que había. Y al otro día no había nada. Entonces dice la Rosario:

- Si Dios me presta vida y salud, mañana sin falta voy a llevar esa calavera a su sitio, allá en la boca del callejón.

Y como sobre el difunto debe ser el llanto así lo hizo, conforme a su gusto. Y se acabaron los ruidos y las luces.

EL HOMBRE CARACOL

Hablo por este polen. Leer a partir del susto. Lo vimos cuando íbamos a nuestro metro de mar. Dicen que fue en un día de cortar el mes. Y en un año de apretar el número y el día bajo una piedra blanca. La mañana estaba ya tomando como un color de escuela. Y un viento telegrama cruzando cuatro días. Siempre se van los trenes. Pero éste llega. Y Efraín se echa animal al aire, justo en la punta del grito. Y cae por el miedo. Pero sólo el grito estaba entre los otros. Había muchos vientos en su salto. Cava el cielo un socorro. Otro viento de gritos blancos preguntando por ventanas. Pegaban. Y otros preguntando, preguntando, qué hay adentro, qué hay adentro de este susto. Vino después el nombre. El último.

Quedamos a tres mundos de las horas. ¿Y ahora qué parte de la sangre será el alma? Lo que acaba de ocurrir es una puerta. Donde se muere mucho. Recortar la esperanza. Desde el fondo hace señas la vida. Poblada de hormigas. Y se le fueron nomás los pies, las piernas, los caminos. Y ahora es un hombre caracol que tira una lástima a la cara y le rompe la cara al ojo. Las cosas sin relojes. Rostro de Cristo, de hermoso sufrimiento. Ahí, cerquita nuestro. La lágrima tiene kilos de silencio. Y un temblor en la piel de la voz.

Nombre su rincón el grillo. Recuérdenle sus pasos los caminos. Por amor al hombre, al hombre, al hombre. Por Dios.

EL CURA AGUILAR

Había muchos libros, así. Hojas sueltas. Nos decían los padres que no levantemos. Como así dicen los viejos. Que no levantemos esos papeles porque eran de un tuberculoso. Que había muerto tuberculoso el hombre. Y nosotros, como éramos chicos, alzábamos sin duda esos papeles. Había muchos papeles por el callejón. Porque entonces había callejones que salían al campo. 'Para qué tiraría esos papeles este cura'. Lo que voy a contar ocurrió con don Roque, el padre de don Alejandro. Un hombre viejo. Estaban jugando con el cura. La tabiada era en la misma casa del cura. Solitaria y grande. Porque es muy grande esa casa.

Tiene muchos rincones, Así nomás ha sido desde que yo tengo uso de razón. Así nomás ha sido. Y el cura entendía de todo. Todo vicio tenía. Era jugador, tomador. Cuentan también que a los que le trabajaban por cualquier cosa les hacía arrimar la cabeza y les hacía moler los cabellos en una piedra. Mire Ud. Pero sobre todo era jugador. Por ahí, en una de esas se habían disgustado en la jugada.

Por qué discutirían, nunca lo supe muy bien.

El viejo Roque era muy buscaboca. A veces quiero acordarme la palabra con la que le había faltado, pero es como si él no quisiera que me acuerde. Como siempre las malas palabras salen por los nervios.

Y como suele suceder, palabras sacan palabras. Lo menos que le dijo:

- A ustecito no lo trago, carajo.

- No me venga con domingo siete.

Y ya se han trezado. Y que lo había volteado al cura y lo había pisado, dicen. Y cuando se ha enderezado el cura levantó el brazo para excomulgarlo. Y entonces uno de los Colinas, de los principales de aquí, corrió y le puso el revolver en el pecho. Que no hable una palabra. Porque si decía una palabra era para maldecirlo. Y lo habrá maldecido... Porque estaba después empiojado el hombre. Resultó empiojado, fíjese. Aunque el cura no haya hablado, pero el pensamiento tiene que haber salido y obrado sobre él. Que le lavaban la ropa, solía contar mi abuela, yo no lo he visto. Que estaba detrás de la casa sentado nomás. Que no hacía por trabajar, ni nada. Dicen que le hacían hervir la ropa y le volvían a poner y era lo mismo. Por eso decía ella que alguna palabra habrá hablado el cura. Será... Pero qué le va a valer eso. Yo no lo creo.

Cuentan también que se entendía con las hijas de Tata Manuel. Que lo había engañado al viejo. Que le dé una noche de agua para que le venda un don.

Dos hermanas eran. Después, eso sí, no les decían del nombre ni del nombre las nombraban. Cuando les faltaba el agua:

- «Y bueno, rieguen con el don que le han comprado al cura -les decían. Tenía 12 días y 12 noches de agua esa finca. Es el agua que le falta a esa propiedad.

¡Viejo ignorante! ¡Ha dado el agua para que sean dueñas las nueras!

Y lo que cuentan es que el Cura anda todavía de noche. Lindor sabía contar que lo había visto una vez. Lindor, el chico. Decía:

- Para mí que debe ser él, porque vestido de cura anda por ahí, por la casa.

Y Don Isidoro cuenta que lo ha visto varias veces en el estanque. Y todavía ahora, apenas se hace la noche se lo ve llegar, vestido de cura siempre. Y hurgar, hurgar, toda la noche. Que Dios me perdone lo que digo.

JERÓNIMO

La noche se fue muchacha, con su tregua y con su yegua. El sueño busca un hombre. Otra noche crece adentro. La culpa pasa por los ojos. Hacia ya más de un gallo que no lo escuchaba a Jerónimo. En cada palabra metía su vinagre. Y yo lo había empujado a seguir en su vida viuda. Porque otra vez había alargado el vino con el agua. En la tarde todavía en el hacha estaban llorando los gajos. En toda cosa hay una llave. En silencio sonrío. Hay que buscarse. Las horas están llenas de fiebre. Jerónimo tenía una pobreza de ventaja. Amante vieja y joven. Siempre en las vísperas. Con su promeza llena de agujeros. Le aprendí: no hay como dormir sobre la tierra para soñarla y aprenderla. Y ya en el día como siembra venía loca por desnudarse la mañana. Y me recordé. Como cuando uno está a punto de ser trigo y se despierta. Y salí de mi casa que ahora es una cosa. Pero conmigo adentro. En los algarrobos se demoraba la pereza. El miedo tiene los ojos grandes. Las golondrinas andaban. Bañándose en la primavera. Ayer nomás la lluvia, casi un pájaro, le había puesto su vestido a la tarde. Y entre los yuyos, ahogado en un charquito. Un cinco de agua. «Padecía de insultos». Dicen con la voz más de rezo. «Los sábados hacía su agosto», con la voz más de dientes. Se quedó el camino solo. Lo matamos entre todos.

‘Que le den el más nuestro de los panes’.

EL FIN DE DON GUMERSINDO

Estaba yo trabajando una puerta. Con tablas de cardón. Como allá el cardón es como palo de álamo. Como digo, estaba yo trabajando las tablas para hacer unas puertas, cuando llega Don Gumersindo y me dice, a tiempo que se dejaba caer del caballo:

- ¿Quién se ha muerto?

- El finado -le digo yo-. Velay así. Quién iba a saber lo que iba a ocurrir después.

Había llegado él de Los Sauces esos días antes con un negocito. Y ha comenzado a desparramarlo al fiado. A veces yo le sabía ayudar a vender. Y había empleado esos días en juntar lo que había dejado fiado antes, cuando vino en abril.

Y a los dos o tres días nos hemos ido a juntar la haciendita que le tenía al partir.

Ya para venimos. Como ya habíamos tenido palabra que él nos iba a traer para acá. Y además nosotros habíamos ya juntado unos pesos como para hablar de compra. Y bueno, nos hemos ido a juntar los animales de arriba de los puestos.

Muy lejos. Y había por ahí cerca un puesto. Junto a una quebrada con ala. Y al otro día ha llegado el chango éste de Anarcio, José y el otro, Braulio. Con ellos se ha ido a recibir la haciendita. Yo me he venido por otra parte a bajar una cabra que se nos había quedado. Y cuando he venido ya de doce y he preguntado:

- ¿Y de ahí, no ha venido Don Gumersindo?

- Aquí no ha venido.

Y al poco rato vienen los changos y les he preguntado.

- ¿Y Don Gumersindo?

- En tal parte se ha quedado, en el Morro. -dicen-. Cuando se nos han vuelto las cabras para atrás, nos hemos ido nosotros corriéndolas y cuando hemos vuelto no lo hemos encontrado. Y no aparece.

En ese mismo momento he mandado a buscarlo. Como no había miras de que volvieran y ya me había cargado los nudos esperando, he salido yo mismo a buscarlo, cerca del puesto, donde han juntado la hacienda. Era una loma así. Me dice entonces una de las chicas:

- Ayer la hacienda ha disparado así: han dado en la quebrada aquella y se han vuelto para aquí; así, faldeando por arribita. Y se han perdido para atrás de la loma esa. Y al rato han salido aquí dos ovejas y él no ha salido.

Que había sido que se había caído en un faldeito así. Claro se ha apunado. Tenía un cuzquito y él lo había hallado. Estaba sentado el cuzquito sobre un bordito. Y entonces hemos gastado hasta lo que no hemos tenido para enterrarlo en sagrado. Y nos hemos venido. 'Quién hubiera dicho que las tablas le iban a servir para él mismo'. Lo que es el destino, ¿no?

LA VIRGEN DE ANDACOLLA

Doña Leonor Carrión era la dueña que sabía tenerla y administrarla a la Virgen de Andacolla. Era una nube de gente la que sabía venir. Desde afuera nomás se iban de rodillas. Era una Virgen grandísima. Y una mesita, así, de velas. 'Cómo sería la fe'. Entonces había mucha gente. Tenía muchas cintas y rosarios. Estaban volando las cintas ahí bajo los algarrobos. Después murió doña Leonor y quedó en manos de un hijo llamado Gregorio, que tenía un nieto llamado Raymundo. Éste quedó finalmente con la casa y la Virgen. Pero había hecho una muerte. Un viejito que iba viajando a Tucumán había llegado detrás de la religión, a alojarse ahí, a cumplir una promesa. Y entonces deshora la noche, al quedar solos, el Raymundo le había pegado con el ojo del hacha y lo había matado. Y pensando que todo iba a quedar ahí nomás, este hombre ignorante lo largó al animal en que iba viajando el viejito. Pero cuando al día siguiente vieron volver al animal sin el dueño les ha llamado la atención. Y se han puesto a buscarlo. Y han dado parte a la policía. Y han venido y al ver que salían moscas del pozo de balde han entrado en sospechas. Y lo han largado al Raymundo con una soga para que él mismo lo saque. Y lo han sacado al finado. Y a Raymundo lo han llevado preso. Y la casa ha quedado sola y abandonada. Entonces la han comprado a la casa los Suayter. Y también al terreno. Y ellos la habían tirado a la Virgen. 'Fíjese al atrevimiento de la gente'. Por eso 'cómo han muerto esa familia'.

En la última desdicha, en la última miseria. Y luego dicen que no hay que creer en eso.

Y de ahí que la habían llevado a la Virgen para Don Estanislao, pero como era tan ajenero la había cambiado a la Virgen por una vaca. Doña Jobina la había comprado por entonces y le encargó a un hombre que la llevara a Los Baldes. Pero el hombre había hecho dos o tres enviones por pasar y no lo dejaban los vientos. Iba y volvía. En el verano siguiente abortó el tiempo y cayó una piedra tan grande que el pueblo quedó un invierno.

Y el viejo que vendió la Virgen y adquirió la vaca se le había escapado el animal y al ir a buscarla se había perdido. Casi muerto de sed había ido a salir allá en Belén, en Londres, por ahí. Lo han hallado unos camperos. Eso le pasó por incrédulo y ajenero.

LA DUEÑA DEL NIÑO DIOS

Se me había hecho tarde en El Bolsón y tuve nomás que quedarme a pasar la noche en la casa de mi padrino. Al fin era mi pariente, además de padrino. Y ya se sabe que la sangre no quiere ser rogada. Sobre todo porque la noche estaba muy cerrada, el callejón era oscuro de tupido por las talas y en el medio, a la altura de la acequia de las Albarracines la viuda solía aparecer justo en la puerta de la viña, bajo una tusca tapada por los mogotes. Ya les había salido a varios que terminaron en la primera casa reventados en sangre. Al decir de la gente a veces se la veía colgada de las cimbas, vestida de un negro que helaba el alma. Ningún animal, cuando se iba en cabalgadura, se animaba a pasar. Lo cierto es que me quedé nomás, un Juan hallado como quien dice. Y esa noche, después de la cena, cuando ya estábamos por buscar la cama, oímos la voz de Don Waldino que decía a gritos, machado y enojado:

- Vele la pata de mula a esta gran puta.

Entonces fue cuando mi padrino comenzó a contarle a su visita, un primo que había llegado de La Rioja en esos días tras de una herencia, mientras le invitaba unos tragos de esa leche de tigre que es el anís. Porque no sabía tomar mate.

- Aquí, estamos envueltos de cosas raras, pariente. A la par nomás, el caso de mi compadre Pancho. Fíjese que tiene un hijo como de 16 años que de noche se pone a veces a balar como un chivo. Lo oyera Ud. bala hasta que se desmaya. Y no le encuentran cura. Y ya van para meses. Dicen que le han

hecho mal en una breva. Al decir de Doña Severa. A la parcita nomás mi otro compadre, Miguel, que tiene un mocito muy lindo, ojos azules, medio rubiecito, a quien doña Bartolina le ha dicho:

- Este niño no es para este mundo. -Porque le ha visto ya en la frente, entre los ojos la sombra del destino. Y por este otro costado a Don Waldino, que cada vez que vuelve machado a la casa, de noche, se pone a gritar que le ve a Doña Juanita, su mujer, una pata de mula. Y ella también está chumada con patas y todo.

Porque a los dos les gusta el trago de alma. Y si Ud. sale a tomar lengua le van a decir qué eso viene de su juventud, que anduvo entreverada con un cura. Yo la conocí de moza a ella. Le decíamos la Juanita. Ya desde temprano había mucha mujer en la niña. 'Era tan pulidita'. Y trascendía como flor. Nadie le daba veinte años cuando los tenía. Yo andaba también entonces por la mitad del hombre. Y como todos la codiciaban. Se llegó a decir que uno de los orcuyanos se había trastornado por ella. Uno de los chauchas. Tenía demasiada soltura. Solía ir a la iglesia para ayudar en los arreglos del altar. A veces en la doctrina. Hasta que un día, a eso de la siesta, llegó un viento y tan fuerte que destapó la iglesia.

Y cuentan las malas lenguas que allí había estado la Juanita en vicio con el padre cura. Y como la gente ya andaba maliciando, capujando los porsí, no faltó quien la viera salir haciéndose, haciéndose la chiquita. Y claro. Ud. comprende, el cura hombre al fin, no tuvo tanto la culpa. Aunque parecía de cuantita el hombre. Como dicen que la mentira tiene las patas largas. Vaya uno a saber. Lo cierto es que años después sentó cabeza haciendo matrimonio con don Waldino pero el cura le había dejado como recuerdo un Niño-Dios hermoso.

Con unos ojos de cielo y una manito abierta para recibir a todos. Y ella le hizo hacer un altar. Allí le tiene entre adornos, cintas, juguetes, arbolitos, todo muy lindo. Y es un Niño muy milagroso. Cuando demoran las lluvias lo sacamos por los caminos y callejones para que visite las casas y las propiedades. Le regalan las primeras uvas, las primeras brevas. Y nunca se queda el Niño. Siempre ha cumplido haciendo llover. Basta con que se mande en otras ocasiones a un niño a comprarle un cinco de agua y ya llueve. No le digo nada para el novenario de fin de año. La casa se atesta de gente de los alrededores. Hasta el 6 de enero en que lo sacamos para Salicas al encontramiento con la Virgen en la plaza. Ahí se levantan arcos y la gente canta y los niños dicen versos. Una fiestita linda, linda, lo que se dice linda.

Y por encima de la voz de mi padrino volvió a escucharse a don Waldino:

- 'Vele la pata de mula a esta gran puta'.

Y la palabra tan fiera reventaba de rabia sobre nosotros. Enfermaba el aire.

EL CINCO DE AGUA

- Le he dicho hasta el cansancio a la comadre que era malo poner el pan al revés en el horno. Qué traía desgracia. ¡Y vea. Ud. lo que viene a ocurrir!

Como el tiempo estaba duro para llover lo habían mandado al muchachito mayor, a Chabelo, a comprarle un cinco de agua al Niño-Dios de doña Juanita.

Como suele hacerse aquí cada vez que el año se presenta mezquino de agua. Y ahora, como Ud. habrá visto, las labranzas estaban que daban lástima los campos y los caminos resecos. Pura polvareda. Y sin un chiquito de esperanza de lluvia. Chabelo había salido al caer de la tarde. Y ya después de entrarse nomás el sol habían comenzado a juntarse unas nubes. Lo mismo que otras tardes, pero sin fruto. Esta vez comenzaron al rato nomás a caer unos goteronès que sonaban en el suelo como cuero. Hasta que de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, se vació la tormenta. Y el Chabelo se habría entretenido en el callejón jugando con dos de sus primos a los botones. Tenía un tarrito lleno de «doschos» y «cuatro» esos botones que les sacan a los uniformes de los agentes de la policía. Y haciendo cruz diablo se había largado por el callejón a todo lo que daba. 'Para qué pensar en guarecerse bajo los talas'. Claro, al poco andar ya quedó hecho sopita.

Y en seguidita nomás ya estaban bramando las quebradas. En el cerro se divisaban ya los chorros que bajaban por las quebradas. Y cuando ha llegado al arroyo 'qué le digo'. El

arroyo banda a banda. El muchachito no podía más de asustado porque veía los bordos de la creciente y de seguro que se representaba también los gritos y las malas palabras de su padre con el chicote o el talero en la mano.

Y se animó a bandearlo. Ya entrada la noche Don Blas, la comadre, los niños y todo el vecindario de consuno lo han buscado con faroles y linternas, después que ha cedido un poco la correntada. Algunos hacían bocina con la mano y le gritaban: 'Chabelooo...' Y ni un suspiro les contestaba. Hasta que, cuando Dios echó sus luces, lo han encontrado en la boca misma del arroyo, junto al rastrojo de Diarte, metido entre unas raíces de árbol. Dicen que tenía como una sonrisa en la boquita entreabierta y que se le veían clarito esos dientecitos pocos y ralos que tenía, porque cuando niño no mamaba de la madre. Una víbora mamona se había sabido llegar hasta la cama de mi comadre, que dormía en el suelo, y le chupaba la leche del chico mientras le ponía la cola en la boca de la guagua. 'Y fíjese lo que son las cosas'. Cuentan que se había demorado un buen poco frente al altar del Niño-Dios tocándole el tamborcito para alegrarlo, como solía hacer siempre que iba.

- El Niño-Dios no vende el agua. La da -se le escucho decir a Don Tiburcio con esa voz chocante que tiene.

LA TIERRA CONTADA

241

La tierra contada

Primer Premio Producción Intelectual
Catamarca - 1983

EL ENCUENTRO

Mire, vea, ésto supo suceder talcito como le cuento en la estación de ferrocarril de Alpasinche, la punta misma del Valle Vicioso.

Voy a estar volviendo a eso de la boca de la oración -le había dicho a su marido, al salir, mejor dicho, saliendo ya de la galería. No le cabía la menor duda que en cuantito se quedara solo le iba a dar culto libre a la damajuana. Mientras ella lo vigilaba sólo tomaba unos tragos. Sobre todo, desde que se había enfermado tan fiero, le daba al vicio sólo a la muerte de un obispo. Ahora hacía más de un mes que no se entregaba a la bebida. Y entonces ella se fue a eso de la mediatarde rumbo a la estación de Alpasinche por el atajo de Encalta, calculando que a esa hora pasaba el tren de Tinogasta. Le había mentido a su marido que se iba a lo de la comadrita Úrsula para comprometerle un poco de lana de oveja que se había puesto muy escasa. No quería saber nada, que ni siquiera fuera a sospechar que iba a encontrarse con el hijo. Un hijo que había tenido en soltera y que lo había entregado para que lo criara la familia del padre. Lo había dado chicuelón, no más, tantito así. Ya andaría a la altura de los veinte y tantos años y no lo había vuelto a ver desde aquel entonces. Y era uniquito. Como cada cosa tiene su tiempo, hacía unos tres días había recibido de él una cartita a escondidas en donde le decía: «El jueves paso por Alpasinche en el tren y quisiera verla». Y a eso se iba pues, guapeándole al tirón y al repecho.

A machotalón había hecho la legua largona que iba hasta Alpasinche, que por algo quiere decir «tierra dura». Porque a la estación la habían hecho muy apartada del pueblo. Por darle con el gusto a las Colinas, según decían las mentas. Mientras hacía la cortada iba recordando que aquel día que había recibido la carta, desde tempranón nomás, un quichorío había golpeado la ventana, como queriendo entrar más de una vez, a esa hora, seguro que el tren ya estaría en destino.

Cuando llegó a la estación no había nadie. Sólo el jefe y el cambista un cabudo muy puras cosas. Nadie más. Y al ratito nomás ya se sintió el ruido del tren que venía y el pitido que daba al cruzar el puente sobre el río. Y ya asomó en la curva. ¡Corría un viento...! Como siempre en este dichoso Alpasinche. Ahora era un viento arrastrado. El corazón le brincaba como chingolo. El tren se detuvo. El primero en bajar fue un guarda viejo, gordo y soraconudo. Y de otro coche bajó un joven delgado y paliducho. Bien puesto el mozo. Y sofocando un grito, que no le salió porque venía de muy adentro, se dijo: ¡ESE ES MI HIJO, DIOSITO!

El joven miró para un lado. Miró para el otro. Y como no vio a nadie más que a esta humilde y silenciosa mujer se acercó y le preguntó con respeto.

- Perdone, señora, busco a Doña Ana...

La mujer le tendió los brazos y lo apretó contra su pecho, con fuerzas y con lágrimas.

- ¡Entonces... Ud., Ud. es mi madre! ¡Mi madre!

Cuando volvió a su casa ya a la distancia escuchó que el marido repetía en voz alta, solo, tomado ya:

- Amigo, amigo... para un viejo todo se achica... Si, si... Todo se achica... Ah! Ya veo lo que me va a decir. Que por ley los viejos mueren primero... Pero no siempre es así. Y yo le digo a

Ud. que cuando truene fuerte va a caer un chorro de plata...

Y esa noche, en la altanoche ella soñó que su hijo se caía y se despertó con un grito: ¡Mi hijo!

- ¿Qué... qué has dicho?

- Nada. Nadita. Una pesadilla. Hablo si ton ni son...

Y recordó el viento arrastrado que corría esa tarde como borrando los rastros de alguien por la tierra.

Pero ella no habría de enterarse nunca que ese hijo aquella noche había caído del tren y fue arrastrado y golpeado y mutilado. Había venido a conocerla y despedirse.

LA SUERTE DE TIBURCIO

Diciembre había llegado un domingo. En la casa de los Córdoba se levantaron cuando la luz venía cayendo del lucero sobre los palomares del alba. La noche se fue a las cinco. En el pueblo la semana conducía siempre al domingo. Había tiro y comenzaba a las ocho. En los Naranjos había al medio día asado, taba y vino. En la tarde el relámpago de fútbol. Y en la noche el truco en el saloncito de El Picaflor.

La legua de distancia había que hacerla a caballo. Allí partieron los hermanos. A Manuel le costó un poco montar su tordillo. El animal desconocía a su dueño. Cada vez que se le acercaba se tendía hacia atrás, se encabritaba y quería cortar las riendas.

No aceptaba su presencia. «Bicho loco» había dicho Manuel. Fue preciso que Tiburcio le tapara la cabeza con la manta para que lo dejara montar.

No dejó de preocuparlos la extraña actitud del animal, siempre tan manso con su dueño. Manuel se sentía desconcertado. Al peinarse no se había visto la imagen en el espejo.

Bajaron por el callejón de Los Peñalozas. Al caer al río un aire fresco le dio en la nostalgia. Recuerda el lugar donde solía asustar sus siestas con la aparición de mandinga, aludo sombrero y figura de barril. Atravesaron el río puro siglo de arena. Entre sus cañaverales se queda toda su infancia cuidando la majada. Al entrar en el callejón de El Huaico, donde en tiempos de crecida el arroyo suele ahogarse en el río, mira el ancho

hueco del remanso donde solía bañarse muchacho.

Mientras Tiburcio va por el domingo que los vive, Manuel viene por el camino como buscando con los ojos lo que vieron desde niño. Es como si se quedara un rato en cada rato. Como si adentro se le quedara amontonada la vida y le exigiera oírlo.

Ahora van por la Calle Nueva. Otrora el callejón se embovedaba aquí de talas y se podía sorprender a las urpilas y los queos con la gomera matadora de pájaros. A Manuel lo sigue apalabrando un duende de tiempo. Al pasar por la acequia de Los Albarracines recuerda a la viuda que en las noches más oscuras aparecía colgada del algarrobo negro. Y a las dos cuadras, en la curva del camino, que ya no está pero que sigue vivo en la memoria, se levanta el viejo rancho de El Camote, aquel viejo suerte de Vizcacha que solía contar cosas inverosímiles. Como aquella en que decía haber encendido su cigarro en una centella caída en el patio de su casa.

Ahora la calle principal los sigue en la tolvanera que levantan las herraduras de sus caballos. En el pueblo ya no llueve porque el administrador de La Finca ha deshecho con sus bombas las últimas tormentas evitando la piedra. El pueblo es una lástima. Y el tiempo sólo manda nombres de lluvia en la promesa supersticiosa de los remolinos.

Bordean la placita reseca, costean la vieja iglesia y llegan al Tiro Federal cuando el sol asoma sobre las crestas de piedra y soledad. «Aquí se aprende a defender a la Patria», se lee al frente. Ya a esa hora la mañana corre a tomar un rayo de sol para prender los coyuyos. Pocos primero, millares después entrenan su estridencia y cuelgan su fiesta del aire anunciando un día insoportable.

En la ancha galería del Polígono una docena de aficionados se preparan para probar puntería. Y a lo largo de la mañana los

estampidos van galopando el cerro mientras los ecos se van en retumbos tumbos, umbos de quebrada en quebrada.

Hacia las diez se hace el último relevo de marcadores. Ya casi fuera de horario el instructor pide un par de voluntarios. Se ofrecen Manuel y Zárate, el Holgao, el forastero que tiene fama de «yeta». Se acomodan en el foso de los doscientos metros, Manuel toma la bandera roja que anuncia la salida del foso y Zárate el puntero que marca. Cada tanto pasa el silbido de las balas. Bajan el blanco, lo suben y marcan el puntaje. El mediodía es ya un blanco toro inmóvil. Se produce una larga pausa. Los marcadores se lamentan de la falta de teléfono para saber qué pasa. Así están quietos, dejándose usar por lo que no ocurre. El pozo les pone cielo en los ojos. Los minutos se arrastran. Y nada. Manuel siente que está llegando a límites. Lo apura un no sé qué. Es la manera de sufrir el tiempo.

Pasa que ya es tarde, murmura Manuel levantándose impaciente y saliendo del foso.

En ese preciso instante el último disparo hace estallar el aire. La bala viene como bala y «tac» atraviesa la cabeza de Manuel.

Desde el polígono lo han visto caer. Y hay un clamor y un viento y una sensación de espacio enorme. El silencio ata las lenguas. La culpa busca un nombre. Y la respuesta cae sola y entera: el que ha tirado es Tiburcio, el hermano de Manuel. Tiburcio. Nada más y nada menos, EL HERMANO.

EL DESAFÍO

EL JOVEN había bajado por la madrugada hacia el Bordo de las Ánimas. A machotalón había hecho los cuatro kilómetros que lo separaban del pueblo.

Buscó el sitio más oculto entre los cardones, las paltas y las barbadetigre, y tendió sus veinte años a lo largo de la tierra, como queriendo desaparecer en ella.

Así aguarda ahora la llegada del viejo Agenor.

La áspera disputa de la noche anterior en el boliche de Venancio había terminado en las gritadas palabras.

- Mañana nos toparemos en el Bordo. Y ahí veremos...

En su posición domina el terreno. El viejo no puede llegar sin ser visto. Y lo mataría apenas asome. Porque no podía vacilar un instante. El viejo Agenor Campos, debía ya tres muertes. Hince la mirada en el aire, husmea, lo cava con el oído. El silbido de una perdiz se estira por el campo. Cree oír un galope. Busca, escudriña con los ojos. Pero es el pulso de su propio corazón. Se está oyendo la sangre. En el cielo se apagan las últimas estrellas.

El campo se va alegrando con la luz que baja de Dios. Comienza a dolerle el dedo que tiene montado sobre el gatillo del arma. Cada vez más tenso. Está en juego su vida. Entre los cardones quiere levantarse una brisa. Cualquier rumor es amenaza de hombre. El arma le amortigua las manos. No debía errar su tiro. Ya está tardando demasiado el VIEJO.

Pero él no tiene miedo. Lo matará de seguro. Es joven y

fuerte.

- ¿Qué estás haciendo, muchacho? -la voz del viejo Agenor Campos suena detrás como la trompeta del juicio final -Dejate de tonteras. Vamos a tomar unos mates en mi casa.

LA LUNA DE TRES MUERTES

Este mes va a haber muchas muertes -había dicho por ahí, agorera, doña Úrsula Zacayán- Porque la luna ha venido muy puntuda y con las puntas así para arriba.

Y el dicho de doña Ursula salió cierto, no más.

Nos ha tapiado. Se cumplió con el fallecimiento de tres vecinos de Valle Vicioso. Nada menos que tres en un mes solito.

Esta vuelta se ha muerto gente que nunca se había muerto -llegó a decir el tontarrón del Coroscho, Félix.

El primero fue el hijo de Abelardo Navarro pues deshora la noche se ponía a balar como un cordero cuando le venía el mal. No dejaba pegar los ojos en toda la santa noche, a los de la casa y a su vecindad. Y ya era madurito. Vivían todavía en Chuñahuasi. ¡Era de elevado! De día andaba como cortado en verde. De noche tenía por lo menos una hora larga de cordero. Cerraban las puertas con llave para que no entre el miedo: Todos los afanes por calmarlo caían en vano. En su desesperación parecía atabanarse a las orillas del hombre. Hasta que se descomponía. Se desmayaba y quedaba como muerto.

Contaban que siendo chicuelón solía entrarle a la higuera de doña Teodomira, a la siesta, junto con Fabián, Pedro y otros. A robar brevas y uñigales.

La vieja ya les había jurado varias veces con esa boca de apagar fósforos que tenía. Hasta que le hizo daño en una breva. Y ya nada se podía hacer aunque la madre se había ensu-

ciado la boca con siete insultos para doña Teodomira. Su gesto enfermaba todo el aire. Otras ruinas había en la familia. Fabián tenía una mancha en forma de mora en el cuello porque su madre había deseado una mora cuando estaba de encargue. Al Pedro le había entrado un huesito de sapo en la creciente y quedó medio rengo. Pero el caso más grave era el de este pobre que se volvía cordero. El padre lo había llevado en infinidad de veces para la curandera de la Aguada. Y nada. Ahora pensaba llevarlo para el médico de Aimogasta con unos pesos que el domingo último había ganado en las carreras a las patas del Vientito. Peor. Porque al último ya el muchacho ni quería hacerse ver. Y por eso lo reñían mucho sólo cedió cuando la abuela Dorila había puesto en oración esta necesidad y le dijo con sabiduría:

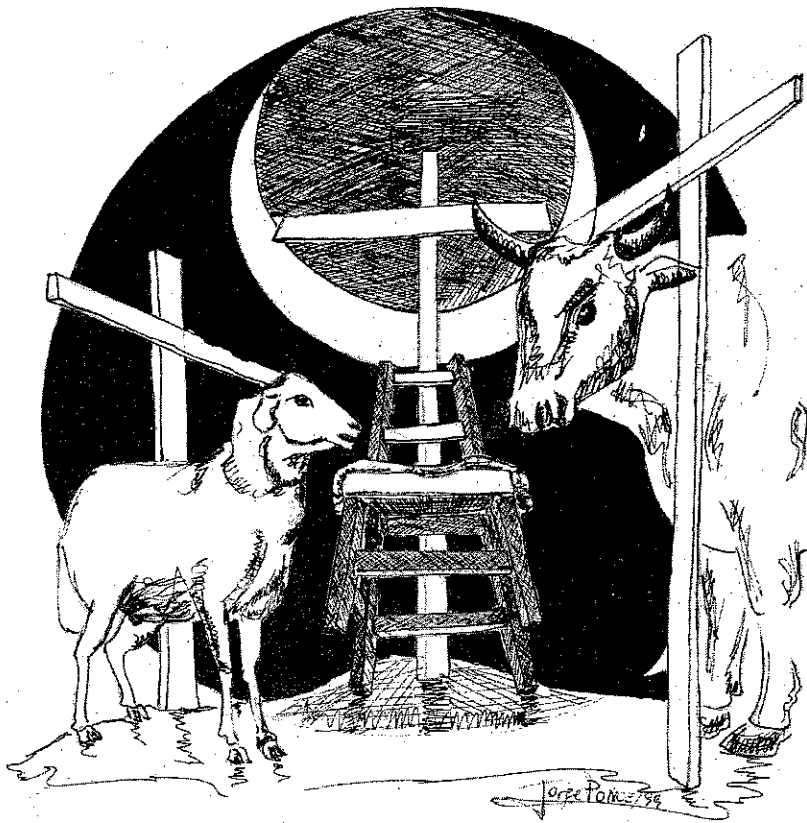
- Ve, mi hijo, bótese a las buenas que va salir ganancioso.

Y en aquella madrugada, de bienestar no más lo encontraron muerto.

- Bienhaya así se acaba un padecimiento -comentó una de las vecinas.

La otra muerte fue la de don Custodio, orcuano del otro río. Andaba ya vecino a los 100 años y venía como setenta hijos, al decir las lenguas. Contaban que usaba un pellón negro en una de las sillas que tenía siempre en las galerías para algunas visitas.

Mujer que llegaba a su rancho y se sentaba en esa silla, mujer que se quedaba ya a vivir con él. Dormía en un catre de tientos y la muerte lo pilló sin perros, como se dice. Un día cayó enfermo. La noticia la trajo el Gallito de Arrope, como solían decirle al peticito Orlando. Don Custodio no se levantó ya de la cama. Unos decían que lo había golpeado el mate. Otros, la carne de animal cansado. Lo cierto es que estaba con



vómito y desarreglo de vientre. Sin más y sin fin. Veá, toda ponderación es poca. Los quejidos uno tras otro. Hasta que una noche, después de una semana, le comenzó a hervir la olla. Le tartajeaba como leña con rabia. Y a la madrugada pasó al otro mundo.

La tercera fue la de la Adelaida, que era medio chinitona y saltajarillas. Le sobraba la vida. Una vez se había subido a la higuera andando con la menstruación y la higuera se secó al poco tiempo. Era muy vecina nuestra. Vivía al otro lado del arroyo con una criada de los viejos. Le gustaba hacer la contra. Nosotros le decíamos que no era bueno hacer fuego con caña y no quería entender. Porque la caña tiene sus propiedades. Es la única que las desmaya a las víboras. Fíjese Ud. aquel día yo sentí desde temprano que me perseguía un olor a velorio.

Era Agosto, el mes de los brotes, cuando la muerte anda eligiendo. Durante el día habían pasado muchos remolinos, esos vientos redondos, por el patio. A eso de la siesta iba por el callejón cuando traían arriando unos animales para el matadero. Y uno de los toros la arremetió, la estrechó contra el cerco y la levantó en sus astas tirándola lejos sobre unos montes.

EL VIAJE SIN REGRESO

Cuando la Catalina y tío Joschi se casaron, en medio del verano, todas las malicias de Valle Vicioso se hicieron lengua. Hasta el mudarrón de Don Sixto soltó su comentario:

- Macho viejo no suelta trote.

Y el hijo, no menos ponzoñoso agregó:

- Como ella está justamente en edad de merecer habrá que darle una manito.

Tan luego él que andaba hecho una chuspa y como huevo sin galladura. Todo porque la Catalina tenía 15 pobrezas y tío Joschi 72. Si. Así como lo oye. Uno de los vecinos de su tiempo le decía a tío Joschi:

- No le aflojés la cincha al macho, Joschi -Y se lo decía con aunchi y todo.

Los comentarios llegaron a la sonrisa burlona y hasta la mordedura cuando a su turno y antes del año la Catalina tuvo mellizos. Y los tuvo en una trilla, casi sin atención, pues la auxiliaron las mujeres que trabajan con ella silbando para llamar al viento y aventando el trigo.

No había tiempo ni para creerlo.

- Las gallinas también ponen del viento -había dicho la Lonjuda.

- Como no les dan calambres en la lengua -había defendido uno de los sobrinos de tío Joschi.

Y tío Joschi andaba hecho unas pascuas. Pues como suele decirse los dichosos ven el mundo mejor.- Y para desbaratar

un poco los supuestos a las dos niñas las han reconocido apenas las han visto.

Tenían la cara del padre, de tío Joschi, en persona.

- Pensar que hay corazones que se comen al hombre -dijo al pasar una hermana de tío Joschi.

Vivían pishi-pishi, pero felices en un rancho de la loma, en la Banda de las Lechuzas. Hasta que una noche apareció en el alero el pischo tapia con su chistido de muerte. Lo hizo resonar tres veces en la altanoche. La Catalina y tío Joschi se estremecieron. Se santiaguaron. Ya en noches anteriores habían escuchado por las viñas cercanas un silbido laaargo.

Al día siguiente tío Joschi amaneció enfermo. Se sentía repentinamente viejo y sin fuerzas. Nadie sabía ni siquiera él mismo, su edad. Se calculaban unos cien años fáciles. La culpa tomó para unos tamales que seguramente le habían caído pesados el día anterior. En el rancho se sentía ya el olor a la muerte.

Había que matar ahorita mismo a la gallina que había cantado esa mañana. Llamaron al curandero colla, pero todo fue inútil. Tío Joschi murió nomás. Pero se murió nomás. Una de las mellicitas había muerto años ha y la que quedó se había casado y vivía en Cuipán, ya con hijos.

Después la Catalina se fue al norte, a la cosecha de la zafra, con otro hombre. Es cierto que era medio bumbula y caminaba como remando, igual que su madre. La despedida con sus vecinos fue muy triste. Como era costumbre, el día de su partida en el enganche, se barrió bien la casa y se guardó la basura en un latón. No se la debía ni tirar ni quemar ni volver a barrer hasta que hubiera noticia de los viajeros.

Al cabo de quince días la Catalina decidió regresar a su pueblo. No se amañaba ni el hombre que la tenía la trataba bien.



Tomó a su hijito de apenas meses en los brazos, pero al llegar a la estación de Orán el tren ya se ponía en movimiento. La Catalina lo corrió como una cuadra sin alcanzarlo y luego cuerdas y más cuerdas hasta que ya cayó sin fuerzas, gritando su sueño de volver al pueblo natal. Cuando la recogieron estaba ya agonizando.

EL MILAGRO DE LA VIRGEN

Ninguna hoja se mueve sin la voluntad de Dios, solía decir con sabiduría lenta la abuela Dorila. Y como le pidiéramos un cuento, comenzó: Al amparo de un rancho apartado y solito, fuera del pueblo, vivía un hombre ciego, entrado en años, con la compañía de dos hijos, todavía niños casi. Un varoncito y una niña. La madre había muerto hacía ya cuanta. Todos los días los mandaba a cuidar en el campo una majadita de pocas ovejas que les proporcionaba lana y carne, de vez en cuando. Un día empezó a notar que los niños volvían cada vez un poquito más tarde que de costumbre. Le entró a hormiguar una pica. Los llamó y les preguntó cuál era la razón de esa tardanza. Los niños se miraron entre sí y se quedaron sin contestar, sorprendidos y temerosos. Conocían el rigor de su padre y a pesar de su ceguera le tenían un gran respeto. Como él insistiera tuvieron que confesar la verdad: se entretenían jugando con una ñaña que llevaba una señora muy generosa, a la que no conocían, pero que los quería mucho. Empujado por la curiosidad el hombre se hizo llevar hasta el lugar de los juegos. Allí estaba la señora con su niño. Le mostraron a su padre unos troncos sobre los que se entretenían saltando y jineteando. Entonces el ciego, enfurecido porque no podía ver ni a la señora con su niño ni a los palos, sacó el cuchillo y lo descargó sobre los troncos. Saltó una astilla y con gran susto de los niños lastimó a la señora. Sin lamentarse ni decir nada ella se tocó la herida, mojó sus dedos en la sangre y, después de pedir

permiso, los hizo pasar por los ojos del ciego. Y entonces ocurrió el milagro: recuperó de inmediato la vista. Y lo que entonces vio fue, en lugar de una señora de carne y hueso, a la Virgen. El hombre le prometió levantarle en aquel lugar un altar de madera. Y se comprometió a respetar su pedido que nunca la llevaran en andas.

LA ASUNCIÓN

Volvíamos del Señor de la Peña. Era Semana Santa. Andábamos a caballo porque la Peña queda distante, más allá de Toro Zorcón. Y los senderos están sembrados de piedras. Se podía llegar a lomo de animal hasta el tercer pocito y desde allí sólo a pie. Estaba ya entrada la oración cuando caímos al arroyo de Fimango, que de arroyo sólo tiene nombre. Tal vez por la arena, pero sólo lleva agua tres días al año. Para el verano. Veníamos con un poco de susto porque se contaba que allí solían asustar. Unos que allí salía un perro lanudo, enorme. Otros que de noche aparecía la viuda colgada de un tala. La Asunción venía la última en un tordillo, bastante distanciada de nosotros. Como a unos veinte metros de los demás. De pronto se escuchó como un ruido de cadenas. Nos sacudió el grito despavorido de la Asunción, no tuvimos ni siquiera tiempo de darnos vuelta porque fue uno ese grito y el pasar desbocado de su caballo al lado mismo de nosotros. Con toda la furia, como una ráfaga. Nos quedamos en sí del susto. Como paralizados hasta que atinamos a galopar en su seguimiento. Y fuimos a dar al medio del río. Porque el tordillo fue a parar un poco más allá de la boca del arroyo, inquieto con bríos que nunca le habíamos conocido. Le preguntamos entonces a la Asunción que había pasado. Aturdida por completo, con el rostro desencajado, con los ojos queriendo salirle y entrecortada de sollozos decía; señalando la grupa del caballo: -Aquí... un hombre... Aquí... el diablo -repetía.

Llegamos a la casa en un silencio compartido. La Asunción con la mirada ida, como perdida. Y cuando se bajó del caballo con nuestra ayuda ya no habló más. Quería decir algo y nada le salía de la boca. Quedó muda para el resto de sus días, como decía la abuela:

- Dios nos entrega el tiempo dividido.

En el alma de la Asunción seguramente el caballo se detenía en medio del miedo y del recuerdo.

MARQUITOS UNO

- Pase no más don Marquitos, sin recelo alguno. Como si estuviese en su casa-, le dijo el dueño de casa al verlo receloso, parado en el umbral.

- No... yo no entrando casa no conociendo -contestó apenas, con su hablita chiquita, con ese modo tan suyo de hombre que se estrecha sobre sí mismo. Por el rostro quería subirle una lenta sonrisa. Casi un ademán. Una arruga le cruzaba el rostro donde el tiempo dibujaba su edad. Recién entonces supe conocerlo bien. Él solito se corría de todas partes.

Vivía en la Banda, solita su alma, allí donde el tiempo no existe. Al lado del otro Marcas, su primo, al que él le había dado el número dos.

- La soledad sólo trae castigos- contaba una vez en las cumbres de su voz, algo tartancho.

Afuera de su piel era tan pobre. Y por adentro más. En los últimos tiempos andaba ya medio fiero de la cabeza. Enfermo de tanta soledad y convencido que le habían hecho mal. Un día se le dio por correr a los remolinos, que pasaban uno detrás de otro, con el diablo adentro. Ésto era natural el martes.

Como hay caminos que pierden, una vez había sacado prestado una carreta para acarriar unos rodrigones. Para la viña. En pleno invierno. Andaba ya podando. Porque nada es más fértil que el vientre del invierno porque entonces las plantas hincan sus raíces en la tierra buscando la fuerza. Entones es cuando hay que regarlas bien. Pues como digo, por el pueblo

pasaba julio enamorando las mañanas con su aire de chocoños y coluchas. Los bueyes eran mansos. Pero con el cansancio del camino se había dormido y al caerse lo apretó una de las ruedas de la carrera. Solía contar con tristeza. Desde entonces no caminaba muy bien.

Este día 3 de febrero día del Santo Patrono se había ido tempranito para las fiestas de San Blas. Porque al día de fiesta hay que pillarlo bien amanece. A poco de llegar comió unas empanadas, tomó unos tragos de vino y hacia media mañana, como todos los años, ya se escuchó:

- Ya están peleando los Reynosos -Y como en el cuchillo vive la muerte toda la gente comenzó a correr y disparar de un lado para el otro.

- Yo no soy ningún añilpuño -gritaba uno de los tres hermanos Reynoso. Y Marquitos uno estaba afirmado en uno de los horcones de un rancho cuando el entrevero se vino encima. Y el miedo que venía en el viento y estremecía a todos. Y fue entonces cuando recibió una puñalada perdida de arribita nomás, el pobre. Lo trajeron a la rastra entre dos. Y ahora lo tiene aquí, curándole la herida. Él en silencio. Sólo su hermana murmura entre sollozos.

- Con razón toda la mañana me bailó el ojo izquierda. Era llanto seguro. ¡Y no atinaba a mojarme el ojo con saliva porque así hubiera evitado esta desgracia!

¡Qué extraño que es el aire poblado de sollozos!

LA CENTELLA ASESINA

Fue para el día del Santo. El 3 de Febrero. Mismito. Este año había caído día viernes. Y ya se sabe que los días viernes el tiempo hierve.

Como día de fiesta José María se había levantado bien temprano. Antes del salir el sol, el perro durmiendo panza arriba y el revoloteo de un picaflor en el pequeño jardincito del patio, rodeado de cañas, anunciaban visitas. Y a eso del medio día ya se vio desatar el sulky bajo los árboles cercanos al suegro del Negro Pedro, uno de sus más viejos amigos. Uno que lo había ayudado escondiéndolo en ocasiones de apuro. También uno de los pocos que lo visitaba después de haber salido de la cárcel. Porque hay que contar ahora que José María había estado en ella más de veinte años purgando la muerte de un hombre. Y eso cría un ala de cuervo y hace que la gente sea menos dada. La cosa fue así:

Siendo muy joven José María se había enamorado de una mujer casada. Era en aquella edad en que el amor va tomando un solo rostro. Ella tenía fama de papelera y de rischaca. Cuenta el viento que lo hizo sin querer, perdido por el vino y por los celos. Porque ya se sabe que cada vida es la historia de un rumbo. Y la de José María era entonces un ir y venir entre el amor y el odio. El día en que el matrimonio estaba por viajar al norte se pusieron a tomar los dos hombres, ya chupados discutieron, pelaron los cuchillos y José María se endeudó en el marido. Después de la desgracia anduvo huyendo de la po-

licía mucho tiempo. Y como el hombre perseguido toma la forma de su escondite, cuando lo pillaron ya era un hombre-rincón. Los músculos acurrucados en sus repliegues.

Le midieron veinte años en la cárcel. Cuando los cumplió, salió en libertad y se casó con la viuda. Pero nadie sabe las noches que pasó en esas dos décadas. Días terriblemente iguales. Por las noches la almohada era una travesía. Y cuando al fin podía dormir un poco venían las pesadillas: iba viajando en un tren que de pronto cruzaba entre los cerros por lugares sin rieles o bien cortaba con su cuchillo una víbora colgada de un árbol, levantaba los pedazos y los comía.

Con la viuda tuvieron hijos y vivieron más o menos, según el gusto de la suerte, hasta el día de esta historia.

Después de haber asistido a la misa y a la procesión del Santo regresaron a su casa en Tuyuvil más allacito de Andolucas, y se dieron a comer empanadas. Al principio, ahicito nomás, al lado de la olla, que hervía a carcajadas. Por el llanito cercano los animales retozaban anunciando la lluvia. Y en seguidita nomás se descolgó del cerro una tormenta bravaza. De esas con truenos y relámpagos y cántaros de agua. Tuvieron que entrar al comedor. Y de pronto quedó como de día. Como quebrando ramas se desgajó un rayo y se iluminó el mundo entero. Era una centella, recorrió la habitación, asustó a todos y entró por la boca -según los testigos- en los dos hombres. Quedaron carbonizados. Mudos y quietitos donde estaban sentados.

A los demás, por suerte, nada.

Después comentaban los vecinos:

- No han hecho caso. Tenían que tapar los espejos o darlos vuelta para que no atraigan los rayos.

LA LOCA JUSTINA

A lo largo de la calle los postes de telégrafo dormitaban sus tres metros. La vi cuando se acercaba con sigilo, casi en puntillas en el incendio del mediodía. Inclino suave la cabeza y puso el oído como para escuchar susurros inéditos. De pronto se apartó y bruscamente huyó en carrera despavorida. A la distancia se detuvo. Lloraba presa de agitación y espanto. Le oí decir:

- La esposa del voluntario me despiere desde su mirada.

Con la mirada perdida y fija en el poste retrocedió unos pasos y agregó:

- Cuando la misericordia conocida calentaba las cavidades.

Se volvió hacia mí y bajando la vista dijo, mientras seguía andando:

- La maldad suele echar sangre delante de los malos.

Le decían la loca Justina. Era una espiga envejecida en forma de mujer. Andaba por los cincuenta.

Cuando el aire estaba de setiembre y los durazneros comenzaban a teñirlo de pequeñas alboradas, la Justina dejaba su casa y se entregaba a una andanza sin norte ni término, como buscando en el polvo de sendas y callejones o en los postes del camino algo que había perdido en su juventud. Durante un mes era una mujer reducida a un camino. A la distancia la escuché:

- El arte del vencido abre paso por doquier.

Aunque tales expresiones parecían disparatadas no me im-

presionaron como amontonamiento caprichoso de palabras. Intuía yo un sentido profundo que se me escapaba. Algo había detrás que las vertebraba de un modo oscuro e impreciso. Comencé a averiguar los detalles de su vida. Todos coincidían en la misma noticia.

- Le han hecho mal en un durazno. ¿No ve que cuando florecen estas plantas pierde el juicio?

Pero adentro me trabajaban curiosos interrogantes. Cada vez más cavadores. ¿Acaso no tenía un detrás lógico la presencia de palabras como «arte», «por doquier»? ¿Sobre todo en boca de esta mujer sola y casi desconocida que, vestida de desamparo y de locura, andaba hallando viajes en un pedazo de tiempo? ¿Esa mujer que en el resto del año llevaba una vida ordenada y común?

Me intrigaba el pedazo de tiempo que estaba detenido en ella, ese trecho de vida que la acompañaba muy adentro y se renovaba en su delirio.

Otro día llegó hasta nuestra casa y pidió un poco de agua. La miré desde cerca y desde el fondo de mi lástima. Mojada casi la mirada nos contempló casi un segundo apenas, como a través de un siglo.

Después bajó los ojos en silencio. Y yo me atreví a tocar ese silencio. Sin que nadie le preguntara nada nos dijo ensimismada:

- Un buey pesa en mi lengua.

Y de inmediato recordé al trágico griego. Elaboré mi conjetura: el tiempo que le quitaba la razón le devolvía una memoria. Su suerte estaba ahí, en lo perdido, sucediendo adentro. Aquella misma tarde, aprovechando su ausencia mi osadía penetró en su rancho abandonado. En un viejo baúl, cubierto de polvo, estaban las Fábulas de Pedro, el Bello Gallico, de

César y la Iliada. Allí estaba su juventud universitaria, según lo supe después por un pasajero que la había conocido antes. Allí comenzaba la lengua que iba caminándola, en el más aquí de los recuerdos.

Una versión más cerró las conjeturas:- Había quedado loca por haberse lavado la cabeza andando con la menstruación.

Nunca se sabe bien.

PULPERÍA Y QUÉ COMER

Había traído un negocito de patay, machacos y bateas de amasar desde su pueblo, Los Baldes, uno de los puestos de El Bañado de los Pantanos. Como allí todo se iba secando desde la maldición. Los Baldes era un cementerio de árboles. Sobre todo los algarrobos tenían un color ceniza, dos veces muertos.

Don Alejo tenía la nariz sentada porque una vez había olido esa flor extraña que llaman rosa-olivo.

Con suerte vendió todo. Y se hizo de un tocollón de billetes. Entonces dispuso quedarse no más a vivir en Valle Vicioso. Alquiló una pieza humildona en la casa de Doña Grimanés y puso un bolichito. Según él sería una pulpería y que comer. Después de remendar algunas necesidades la abrió al público. Pero le echó el ojo una de las Guananas, que vivían en Piguala. Los rumores salieron a nombrarla como manasirve y manacashuca. Pero el ojo había sido echado tras el tocollón de billetes que lo había visto sacar un día del bolsillo.

Y bueno, en el talón comienzan los caminos. Y todas las tardecitas, a eso de la oración, don Alejo tomaba para el lado de Piguala. Dicen que volvía a la madrugada. Hasta que cayó a la cama. Lo encontraron caído donde dicen que suelen asustar y que descaminan al que pasa a deshora. Desvariaba repitiendo que las brujas no la dejaban pegar los ojos, que le hacían cosquillas en la llave del pie. Ya habían puesto las tijeras abiertas y clavadas en el suelo debajo de la cama y habían colgado gajos de ruda en la puerta. Hasta tiraron sal en un rincón

del cuarto donde estaba el enfermo. Levantaron sus aguas y le llevaron al curandero colla, un hombre raro y callado que espantaba con su negrura tan negra.

El colla encendió tres fósforos y miró las aguas al través. Le dijo que eran los nervios y que su nariz estaba en un reniego de su madre cuando lo tenía en el vientre. Había que darle un té de corazón de cóndor y de corazón de chiñi seco, hervidos en agua de toronjil. Un corazón de altura y otro un bajo.

Como no alcanzara mejoría alguna lo llevaron a doña Severa.

- Pero si ya está con al zonco hecha una chuspa -dijo la Vacazur.

En la casa de doña Grimanés, ésta le había dicho a su hija cuando la vio barrer la casa de noche:

- ¿A quién le está quitando la vida, hija?

Y al día siguiente la noticia de la muerte de Don Alejo.

- Y pensar que una vez, contaba la Gabriela se sentó cerca y me dijo:

- No se asuste que no la voy a tischir.

Y otra vez se hizo lengua en todo Valle Vicioso la especie de la Voschancona:

- No quiso hacerme caso. Le dijo que no alquilara la casa de doña Grimanés. Está tapiada. Maldita. Y bueno, ya ven.

- ¡Qué esperanza, mujer! -enmendó la viejita Úrsula- ¡Lo han tapiado los billetes! ¡Esa es la razón! ¡No ve que lo encontraron tirado boca abajo, cerca del pozo! ¡Y sin un pesito de los tantos que tenía!

LA MUERTE BLANCA

Soy un cuento demasiado largo -respondía cuando le preguntaban por su vida anterior. Todos lo conocían por «El maestro Javier». Lo de «maestro» por su oficio de albañil. Contaban que había venido de La Costa nadie sabía cuando. «Hace cuanta» se limitaban a decir. Y nada más se sabía. Nada de su familia, de las razones de su llegada, nada de su pasado. Y todos lo querían por ese modo tan suyo de apaciguar. Era un viejito servicial, respetuoso. En mi casa le prestaron una habitación del fondo donde vivía sencillo y comedido. En los platos o en las tazas dejaba siempre su cumplimiento. Asombraba, eso sí, por una extraña sabiduría aprendida no sólo en la vida, sino en los libros. Citaba con frecuencia las Mil y Una Noches, historias de Carlomagno, la Cenicienta. Solía ver el costado profundo de las cosas y los sucesos y desconcertaba por la carga de tiempo y sabiduría que había en sus palabras.

El tiempo es de Dios comentaba ante la desaparición de algún vecino. De noche era diestro en narrar historias donde se atropellaban los héroes. A él le debo un poco de mi nombre.

Juan Bautista ha de llamarse -sentenció el día de mi nacimiento.

Entre sus costumbres más respetadas estaba la de tocar las campanas de la iglesita del pueblo para el Día de las Ánimas. Se cortaba las uñas sólo los días lunes y nunca tiraba el cabello: lo guardaba porque era sagrado. Cuando algún suceso sa-

cuadía a Valle Vicioso, pueblo tan rico en novedades, solía contar:

- Hay días en que se vive mucho.

Cuando contaron que a Don Blas le había salido un perro grande, lanudo, en el callejón de Arauquito, la noche anterior, se limitó a decir:

- La noche es una casa sin balcón.

Era tan dado con la gente que el día que le ocurrió lo que voy a contar ahora todo el mundo entristeció hasta las lágrimas. En la tarde anterior le habían mingado que blanqueara la casa de Don Grimanés y contra la costumbre no había querido tomar ese trabajo. Se negó a apagar la cal. En la noche me contaba el cuento de Caperucita y en aquella parte en que el lobo mostraba los ojos grandes añadió por su cuenta el comentario suyo:

- Porque los ojos siempre ayudan a volar: abiertos por el aire, cerrados por el sueño.

Me estaba lavando todavía el sueño cuando todos se taparon el grito. La noticia ENORME les llenaba la boca. Tanto habían insistido que había ido a trabajar contra su voluntad y un balde de lechigada se había volcado sobre sus ojos, cuando subía al andamio. Llegamos corriendo y en ese momento lo tenían sentado en una silla lavándole los ojos. Con un gemido vago trataba de agarrarse a la luz. La curiosidad amontonaba la mirada de muchos vecinos. En el pueblo no había médico, todo fue inútil. Quedó ciego. Y toda su ceguera de algún modo era también nuestra. Un poco de muerte lo había besado en los ojos, a él que solía ver como pocos el costado profundo de las cosas. Como cuando decía y repetía aquella frase tan simple y tan sabia:

- En todo hay algo bueno.

O estas dos meditaciones no menos profundas.

- Calla, hijo, para que tenga valor tu sufrimiento.

- Nadie gana su suerte.

El incendio que la Voschancona echó a correr se hizo lengua en todo Valle Vicioso.

- Ésto le pasó al pobre viejo por trabajar en esa casa encantada. La casa de la vieja Grimanés. Trae daño a todo el que se acerque a ella.

No se olviden de Don Alejo, de Peñaloza, de Ernesto Reynoso, y tantos otros. Esa casa está tapiada y no me quieren creer.

LA CASA ADETRÁS

Había quedado huérfano de padre a los seis años. Mi hermano mayor tenía entonces nueve y el menor tres. Un día nuestra madre nos reunió para decirnos:

- Gano poco. No me alcanza para mantenerlos así que uno de Uds. tendrá que ir a vivir con un señor que vendrá a buscarlo uno de estos días.

Y el día llegó y un señor llamó a la vieja puerta de tablas de nuestra casita. Mi madre le dijo: rodeada por nosotros:

- Y bueno Ud. elija al que vea que le va a ser más útil.

- Me llevo a este -contestó señalándome.

- A Manuelito -confirmó la voz temblorosa de mi madre. Y bueno... Juntó luego, dolorosamente, mis escasas y pobres ropitas, hizo un pequeño paquete y yo seguí al señor desconocido. El recuerdo me muerde. Al subir al sulky, sentí el desgarramiento de mi separación. Mis hermanos me miraban desde una triste distancia. Al arrancar el carruaje busqué con la mirada a mi madre para verla por última vez. Sólo alcancé a ver que se perdía detrás de la cocinita, tal vez escondiendo sus lágrimas.

La primera noche dormí solo, en un galpón muy grande. Tenía mucho miedo. Lloré toda la noche. ¿Qué harían mi madre y mis hermanos?

Era una chacra enorme y el señor, su dueño, me enseñó a trabajar. Así fui creciendo y con el fruto de mi trabajo fui dejando poco a poco de ser tan pobre. No volví a ver a mi fami-

lia. Me acompañaba sólo en un recuerdo cada vez más vago.

Un día, después de muchos, muchos años, decidí volver para verlos.

Ya no estaba ni mi madre ni mis hermanos. En lugar de la casita humilde había ahora un lujoso caserón. Me sentí, sangrando, infinitamente solo... pero atiné a buscar con la mirada el sitio por donde había desaparecido mi madre aquella tarde distante y perdida para siempre.

LA SUERTE DE DON FÉLIX

Vivía siempre en el centro de todas las tormentas. Su sangre tenía mucha sangre. Le gustaba pelear porque sí no más. Una pólvora le saltaba en el corazón cuando escuchaba una discusión o veía a la distancia un entrevero, como si le subiera el odio de la tierra. Y corría a mezclarse en el remolino de la gresca. Sin preguntar siquiera quiénes peleaban ni por qué.

No hay sitio para poner su carcajada. Se reía de su risa. Una dentro de otra. Con toda la garganta. Y tal vez todo el rostro. Todo ésto en ebriedad. Porque sano era una fuerza mansa. Ancho de dimensión. Cabellos color curiosidad. Era su sangre la que recordaba los cimientos del fuego.

Tenía una runfla de hermanas y cada una de ellas le tenía un hijo para el verano. Era infaltable en las fiestas de Alpasinche y en las de San Blas. Como ir a danzar la guerra. A poco de llegar ya los primeros tragos se le movía el tigre en la sangre. Y a mitad de la mañana, cada punta con su rencor. Luchaba en dos o tres peleas y al día siguiente, cuando la policía lo ponía en libertad, regresaba a su casa gritando su vino. El grito exalta la vida. A cada trecho del camino se acordaba de él y las lomas multiplicaban su «jiiip -jiiip», tirándolo hacia el río. Mirándolo vivir no se podía negar que lo más movedizo que hay en el mundo es la vida.

No trabajaba nunca. Había nacido deseando los años que tuvieran cien domingos. Solía levantar las víboras en la mano. Contaba que había aprendido esa y otras habilidades y secre-

tos en la salamanca.

Todos los viernes por la noche visitaba la salamanca de las Lomitas Pardas. Algunos llegaron a temerle. Lo consideraban un brujo. Contaba que una cuadra antes había que desvertirse y entrar desnudo en la enorme cueva. Luego salivar al Cristo que estaba a la entrada soportar sin miedo alguno las caricias de una serpiente que se envolvía en el cuerpo y al final la presencia agresiva de un chivo. Y ya se podía iniciar el aprendizaje de alguna habilidad. Allí había aprendido a abrir las melodías de su guitarra el Holgao.

Es el día número cuatro. Ahora va a su cita con esta historia. Apurado. No quiere llegar tarde a su partida. De todas partes llama la vida. Hoy no sabe por qué en cada casa ve un recuerdo. Lleno de ayeres. Cada cosa lo demora un poco. Llega a la casa de su compadre, donde se encuentra con su compadre Miguel. Y entre copa y copa se ponen a jugar la taba. Prontamente se agregan otros. El juego es un desafío al azar y es la orilla donde nacen muchas cosas y casos. La discusión llega fácil. El vino está gordo de insultos y de rabia. En un sábado negro con un tigre esperando. Y ya salen al fin a la lucha, afuera de la casa, en la loma, con todo el verano adentro. Don Felix pelea en junta con el compadre Miguel contra un intruso. Don Félix siempre adelante. Y como la muerte también anda de día repartiendo su instante enorme, un grito se mete en una piedra y la piedra va desde atrás, sin fortuna, y le da en la nuca de Don Félix con toda la fuerza. Entonces queda poco tiempo para todo.

Y le hace caer por la última caída. Y se derrumba por la ladera del jasi de los Leizamones Muerto.

Había estado en mil peleas, entre plomos y puñales y, ahora, una simple piedra hace que lo lleve la muerte que llevaba

adentro.

Tierra de nadie el silencio. Se oye la respiración de cada cosa.

En la vecindad el aire era su nombre.

EL VIENTO REZAGADO

Cuando llegamos a Tucumán las plantas reventaban de puro setiembre musical. Bajamos del ómnibus y ante la sorpresa de todos, Barry sacó de uno de sus bolsillos los vientos que había llevado consigo. Y los soltó allí mismo, en la mismísima terminal.

El más joven y juguetón de los vientos dio tres saltos y le arrebató el sombrero a un hombre que pasaba con su valija y su cara de guanaco. Trozó dos o tres esguinces y dejó el sombrero junto a una columna. Los otros vientos tomaron las calles y comenzaron a darle de comer a su pata de perro. Entonces la petiza de nuestra delegación se llevó las manos a su carita de yo no tengo ninguna culpa y protestó porque uno de los vientos más locos y mal educados había traído una basurita de un edificio en demolición y se la había colocado justito, sin pedir permiso en sus ojos acabados.

El más viejo de los vientos se fue naturalmente hasta la plaza principal en busca del mástil, con la esperanza de acariciar un poco la bandera. Pero ya no estaba en el aire y entonces se entretuvo en levantar la falda azul desteñida de una muchacha, con lo que advirtió que su amistad no era con la bandera, sino con el color.

El más alto de los vientos fue a visitar las campanas, dispuesto a conversar sus sonidos y soltarles sus lanes. El más bajo, en cambio, no se cansaba de hacer llaves para las ocho puertas.

Y así anduvieron la noche y el día entero. Cabellos y caballos. Al día siguiente, al disponernos a tomar el ómnibus de regreso, Barry abocinó los labios y con un silbido de alfiler llamó a los vientos.

Atropellándose regresaron presurosos por las distintas calles y entraron en el bolsillo de Barry.

Apenas salimos de la ciudad y tomamos la ruta bordeada de árboles el coche comenzó a desplazarse con una velocidad desusada.

El conductor miraba a todos lados, desconcertado. Nosotros con asombro. En las curvas el conductor hacía esfuerzos denodados por gobernar los frenos. No respondían y apenas lograba mantener el equilibrio del coche. Era impotente para detenerlo.

Nos miraba por el espejo con ojos azorados, como queriendo justificarse ante la recriminación exaltada de todo el pasaje. Llamó al guarda y cuando se disponía a hablarle al oído, llegamos a una curva. El coche se desplazó como una pluma fuera del pavimento y fuimos a dar, de costado, contra unos árboles.

Entre el alboroto de los viajeros, sobre todo, de las mujeres, nos enteramos que, felizmente no había pasado nada grave. Sólo la corpulenta señora Camello se había mordido un pedazo de lengua. Sangraba, pero poco y todo riesgo se evitaría con que no salpicara a nadie.

Entonces Barry se acercó y me contó al oído que uno de los vientos se había quedado en la ciudad y al perseguirnos para darnos alcance se vio obligado a empujar el coche. Gastado por los árboles el viento rezagado entraba sigilosamente en el bolsillo de Barry.

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO	7
HOMENAJE	13

Senda de Trece Curvas

MADRUGADA	17
DOMINGO	18
VIOLÍN	19
DEL AGUA	20
SALINA GRANDE	21
NOCHE	22
TARDE CAMPESINA	23
LLUVIA	24
SERENATA	25
BIOGRAFÍAS	27
DESPUES DE NUESTRO ADIÓS	31
SENCILLAMENTE	41
ÚLTIMAS SENDAS	47
ROMANCE PARA UNA ROSA	49
SONETO	50

Detrás de las raíces

DETRÁS DE LAS RAÍCES	53
EL CANTO PADRE	56
NUESTRO TRIGO	57
PREGUNTAS	58
DELANTE DE LOS RÍOS	59
LA OTRA LUZ	60
TODAVÍA LAS COSAS	61
EL GUITARRERO	62
EL ÁRBOL	64
CANTO AL ALBA	65
PARA UN RECUERDO	66

CON MI TIERRA	67
POR LA VOZ DE FACUNDO	68
CANTO I	69
PRIMAVERA	70
LUCÍA SÁNCHEZ	71
INFANCIA	72
AURELIO ZALAZAR MONTONERO	73
EL TIEMPO	75
ODA A LA NARANJA	76
CUARTO CIELO	77
LA ZAMBA	79
LEJANO EL ADIÓS	81
CANTO AL CHACHO PEÑALOZA	82

Donde quedan mis días

MARÍA	87
COLORES	88
ANTEO	89
DISTANCIA ADENTRO	90
BONIFACIO RAMÍREZ	91
DONDE QUEDAN LOS DÍAS	92
AUTORRETRATO	93
ELBA RUTH	94
CARTA DESDE EL AYER	95
CARTA AL HIJO	96
CHUMBICHA	98
MEMORIA DE LA SANGRE	99
CELEBRACIÓN DE LA JUVENTUD	102
PIEL ADENTRO	103
LAS COSAS	104
A TU LENTO VOLVER	105
ALABANZA DEL PONCHO	106
FELIPE VARELA	107

De pie sobre la luz

DE PIE SOBRE LA LUZ	113
EL CÁNTARO	114
CREDO	115
ESA CASA	116
HERMANDADES	117

LA TIERRA CONTADA	285
VIAJE DE LA LUZ	118
ELEGÍA I	119
ELEGÍA II	120
LA VOZ HACIA TU NOMBRE	121
A QUIEN ES UNA LÁGRIMA	122
ADIVINANZA	123
ESTILOS DEL AGUA	124
NOCTURNO	125
DETRÁS DE LOS SENTIDOS	126
LA POESÍA	127
EL INSTANTE	128
EL AQUÍ	129
INDIO	130
POR MI GAUCHO	131
MÁS ALLÁ DE MAÑANA	132

Cosechas de rocío

LA LLAVE	137
LA CUCHARA	138
DEFINICIONES	139
LA LLOVIZNA	140
DIMENSIONES	141
ECOLOGÍA	142
LA SEMILLA	143
DESDE EL NIÑO	144
LAS PALABRAS	145
EL POTRO	147
PARA EL HIJO	148
MIRADA AL ARCO	149
LAS COSAS Y LAS COSAS	150
PADRE	151
CAPULLITO	152
EL BESO	153

Las Brújulas Brujas

LAS BRÚJULAS, BRUJAS	157
TESTAMENTO	158
EPIFANÍA	159
MI CAUSA	160
AL ABUELO GAUCHO	161

LA ESCOBA	162
ODA A LA SONRISA	163
ADIVINANZAS	164
LA TARDE	165
EL PAÑUELO	166
LOS SIETE PUNTOS CARDINALES	167
EL GRITO	168
VALLE VICIOSO	169
POEMA I	170
POEMA II	171
POEMA III	172
HAY-KU	173
HAY-KU	174
TANKA	175
PRIMER AMOR	176
POEMA IV	177
POEMA V	178
ESTILO DEL VIENTO	179
LAS CINCO ESPIGAS	180

Cuentos de Valle Vicioso

LA CENIZA DE DIOS	183
MANDINGA, EL CONDENADO	185
EL MALOGRADITO	188
LA FROILA	191
SEVERA VACAZUR	194
EL SILBIDO	197
LO QUE ES EL DESTINO, NO!	199
LA CARCAJADA	202
EL CONDENADO	204
UNA Y POR LAS CRUCES	207
EL DEGOLLADITO	209
LAS VOCES DE LAS VÍSPERAS	213
LA CRECIENTE	215

Cuentos a dos voces

DOÑA CHUCRITA	221
ANIANO	223
LA CALAVERA	224
EL HOMBRE CARACOL	226

LA TIERRA CONTADA	287
EL CURA AGUILAR.....	227
JERÓNIMO	230
EL FIN DE DON GUMERSINDO	231
LA VIRGEN DE ANDACOLLA	233
LA DUEÑA DEL NIÑO-DIOS	235
EL CINCO DE AGUA	238

La tierra contada

EL ENCUENTRO	243
LA SUERTE DE TIBURCIO	246
EL DESAFÍO	249
LA LUNA DE TRES MUERTES	251
EL VIAJE SIN REGRESO	255
EL MILAGRO DE LA VIRGEN	259
LA ASUNCIÓN	261
MARQUITOS UNO	263
LA CENTELLA ASESINA	265
LA LOCA JUSTINA	267
PULPERÍA Y QUÉ COMER	270
LA MUERTE BLANCA	272
LA CASA ADENTRO	275
LA SUERTE DE DON FÉLIX	277
EL VIENTO REZAGADO	280

Se terminó de imprimir en abril de 2000
en los talleres de Editorial Canguro
Buenos Aires 207 - La Rioja
República Argentina